G. Le Bon

Psicología de las masas

Gustave Le Bon es considerado uno de los fundadores de la psicología social y uno de los principales exponentes de la Psicología de las muchedumbres, de gran desarrollo en las últimas décadas del siglo XIX. Sus consideraciones acerca del funcionamiento del comportamiento colectivo fueron apreciadas por Sigmund Freud y comentadas extensamente por el padre del psicoanálisis en su obra *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (Psicología de masas y análisis del yo).

Aunque las explicaciones de Le Bon acerca de los mecanismos subyacentes a la psicología de las masas no han recibido posteriormente confirmación empírica, resultaron influyentes tanto en las explicaciones iniciales acerca de los efectos de los medios de comunicación, como en el desarrollo de las estrategias de propaganda por parte de Edward Bernays. Incluso, más recientemente, Ernesto Laclau ha valorado en *La razón populista* algunas intuiciones, presentes en este libro, para el desarrollo de la teoría política contemporánea.

La hipótesis principal que sostiene Le Bon en esta obra es que el individuo sufre siempre una transformación radical al estar inmerso en cualquier situación multitudinaria, algo que ha sido sumamente discutido y —a juicio de investigadores posteriores— invalidado. Por otra parte, algunas de sus tesis parciales han sido puestas de manifiesto, de forma harto inquietante, durante los últimos años. Entre ellas, y como simple muestra, estas dos: el potencial autoritario latente en determinadas grandes colectividades y los procesos involucrados en los fenómenos de desindividuación y anonimato.

He aquí, en definitiva, una obra importante, reveladora, entre otras cosas, de cómo la ideología reaccionaria de un autor condiciona y altera profundamente el estudio de la realidad social. Sin embargo, la lectura de estas páginas es muy aconsejable para todo aquel interesado en el estudio del

comportamiento social y humano, así como para quienes se interesen por el desarrollo histórico de las teorías de la comunicación de masas. Libro que hay que leer con espíritu crítico, pero que finalmente es necesario leer.

Gustave Le Bon

PSICOLOGÍA DE LAS MASAS

ePub r1.0
gatoyfelpudo 23.12.15

Título original: *La psychologie des foules*
Gustave Le Bon, 1895
Traducción: Florencio Jiménez Burillo
Editor digital: gatoyfelpudo
ePub base r1.2

Prólogo del traductor

Gustave Le Bon

Gustave Le Bon nació un 7 de mayo de 1841 en Nogent-le-Rotrou y murió el 15 de diciembre de 1931 en París. Fue médico, etnólogo, psicólogo y sociólogo habiendo estudiado la carrera de Medicina, en la que se doctoró en 1876.

Después de doctorarse de médico se dedicó primero a los problemas de la higiene y luego emprendió numerosos viajes por Europa, África del Norte y Asia. La ampliación de su horizonte intelectual lograda a través de estas experiencias lo llevó a dedicarse intensivamente a la antropología y a la arqueología, actividades éstas que, a su vez, despertaron en él un interés cada vez mayor por las ciencias naturales en general y por la psicología en particular.

En su obra *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples* (Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, 1894) desarrolla la tesis que la Historia es, en una medida sustancial, el producto del carácter racial o nacional de un pueblo, siendo la fuerza motriz de la evolución social más la emoción que la razón.

Si bien no deja de percibir y afirmar que el verdadero progreso ha sido siempre y en última instancia fruto de la obra de minorías operantes y élites intelectuales, tampoco niega los hechos —de observación directa ya en su época— que apuntan a una cada vez mayor importancia e influencia de las masas. En su *La psychologie des foules* (La psicología de las masas) que data de 1895 —y que es, seguramente, su obra más conocida— establece y describe los fenómenos básicos relacionados con el comportamiento de las muchedumbres estableciendo las reglas fundamentales de este comportamiento: pérdida temporal de la personalidad individual consciente del individuo, su suplantación por la «mente colectiva» de la masa, acciones y reacciones dominadas por la unanimidad, la emocionalidad y la irracionalidad.

Lo notorio en este trabajo es que, si bien las investigaciones sobre el comportamiento colectivo han, naturalmente, continuado desde que Le Bon escribiera su obra más conocida, la verdad es que relativamente poco se ha agregado de verdaderamente importante a la tesis original. *La psicología de las masas* tiene, así, aún hoy, después de más de cien años de haber sido escrita, una vigencia y una actualidad sorprendentes.

Los conceptos

Con todo, hay algunos aspectos que el lector de nuestro tiempo debería tener presente puesto que, aún a pesar de la notable aplicabilidad de las ideas y conceptos de Le Bon a

muchas de nuestras cuestiones actuales, cien años no han pasado en vano y, obviamente, existen algunas precisiones que resulta necesario hacer.

En primer lugar, convendría quizás aclarar los conceptos «civilización» y «cultura» y el significado que estos términos tienen dentro del contexto de la cultura francesa clásica. Para gran parte del pensamiento actual el término «cultura» es muchas veces entendido como un concepto genérico que incluye una «civilización» definida, a su vez, más bien en términos tecnológicos y económicos. Para el pensamiento francés clásico, «civilización» es el marco orgánico general dentro del cual la «cultura» es una manifestación de las facultades mentales y espirituales del ser humano. Demás está decir que Le Bon utiliza el término «civilización» más bien en este último sentido.

El otro concepto, sumamente controversial, que Le Bon emplea con frecuencia es el de la raza. Notará el lector que en el texto aparecen varias veces expresiones tales como «raza latina», «raza anglosajona» y, en ocasiones, hasta «raza francesa». Esto, probablemente, llevará a varios lectores actuales a recordar aquella ingeniosa frase de Paul Broca quien al respecto solía comentar: «*La raza latina no existe por la misma razón por la cual tampoco existe un diccionario braquicéfalo*».

Evidentemente, el adjudicar a fenómenos etnobiológicos criterios de clasificación que provienen de categorías lingüísticas no parece ser ni aconsejable ni defendible. Sin embargo, no deberíamos olvidar varias cosas. Por de pronto, que hacia fines del Siglo XIX la palabra «raza» no expresaba exactamente lo mismo que hoy entendemos por ella. No se tenían aún los conocimientos sobre la genética que hoy poseemos, no se sabía absolutamente nada del ADN y su estructura

molecular, y muchos mecanismos de la herencia se suponían bastante más de lo que se conocían.

Por el otro lado —y quizás esto sea lo más importante— Le Bon precisó bastante bien en otros trabajos su particular posición frente al concepto y no debería ser olvidado que a lo largo de *La psicología de las masas* el término de «raza» se refiere a lo que en otra parte denominó como «razas históricas». Traduciendo de algún modo la terminología del Siglo XIX, hoy hablaríamos de etnoculturas, o bien —en el caso de intervenir en el concepto el ingrediente de una organización sociopolítica— de pueblos etnoculturalmente diferenciados.

Otro aspecto que quizás llame la atención del lector actual es la posición que Le Bon adopta frente a la cuestión educativa. El sistema educativo francés —al cual, de la mano de Taine, se le da bastante extensión en esta obra— es ya, en buena medida, una cuestión superada. Sin embargo, la crítica al saber casi exclusivamente obtenido de libros de texto sigue siendo fundamentalmente válida, aún cuando ya no esté de moda la memorización mecánica de estos textos. A pesar de que los oficios actuales exigen una preparación mental y teórica más intensiva que la que requería un obrero de fábrica o un empleado de oficina hacia fines del Siglo XIX, la discrepancia entre teoría y realidad, o abstracción y práctica, sigue siendo enorme en nuestros sistemas educativos presentes.

****

En muchos sentidos *La psicología de las masas* es una obra precursora en su tema. Ya hemos indicado que, a pesar de varios e importantes trabajos de investigación posteriores, no deja de llamar la atención lo relativamente poco que se ha avanzado en este terreno. Pero lo original y adelantado

del pensamiento de Le Bon no se limita a este campo específico.

Llama la atención, por ejemplo, la importancia fundamental que ya en 1895 Le Bon otorgaba al inconsciente. Para tener una idea de lo que estamos indicando, acaso convenga recordar que 1895 es exactamente el mismo año en que Freud recién comenzaba a hacerse conocer publicando, en colaboración con Breuer, su *Studien über Hysterie* (Estudios sobre la Histeria). Tal como, con mucha precisión lo indica H. J. Eysenck: «Los apólogos de Freud lo presentan como si éste hubiera sido el primero en penetrar en los negros abismos del inconsciente [...] Desgraciadamente, nada está más lejos de los hechos. Como ha demostrado Whyte en su libro *El inconsciente antes de Freud*, éste tuvo centenares de predecesores que postularon la existencia de una mente inconsciente, y escribieron sobre ello con abundancia de detalles[1]». Bien mirado, cuando Freud llegó a ocuparse del tema de la psicología de las masas bastante más tarde, no hizo más que expandir la tesis básica de Le Bon, agregándole precisiones y detalles que, si bien pueden resultar útiles, no alteran en absoluto el fondo de la cuestión.

Otra idea precursora interesante es la que Le Bon expone, hacia el final de esta obra, respecto de la curiosa propiedad que parecen tener las civilizaciones en cuanto a pasar por determinados estadios, cumpliendo ciclos sorprendentemente semejantes, al menos en apariencia. Es una idea que Le Bon expresa aquí cuando Spengler tenía exactamente quince años.

Y, por último, tampoco estará nunca de más detenerse a analizar la opinión que hombres como Le Bon tenían de acontecimientos considerandos insignes para nuestro sistema sociopolítico actual. Revisar, desde la óptica de estas opi-

niones, acontecimientos tales como la Revolución Francesa, el papel de Napoleón en la Historia de Francia, la guerra franco-prusiana, las posibilidades reales que ya se percibían en el socialismo dogmático emergente por aquella época, el papel de las masas y de las ideas democráticas, y toda una serie de cuestiones que a pesar del tiempo transcurrido no han perdido actualidad, seguramente ayudará a comprender también la problemática de nuestros tiempos.

Y todo lo que contribuya a comprender lo que nos sucede, a entrever lo que posiblemente nos puede llegar a suceder y a brindarnos ideas útiles sobre lo que podríamos hacer al respecto, debería ser bienvenido por todos los que aún cultivan la cada vez más rara costumbre de la honestidad intelectual.

Prólogo

El siguiente trabajo está dedicado a un examen de las características de las masas.

El genio de una raza está constituido por la totalidad de las características comunes con las cuales la herencia dota a los individuos de esa raza. Sin embargo, cuando una determinada cantidad estos individuos está reunida en una muchedumbre con un propósito activo, la observación demuestra que —por el simple hecho de estar los individuos congregados— aparecen ciertas características psicológicas que se suman a las características raciales, siendo que se diferencian de ellas, a veces en un grado muy considerable.

Las muchedumbres organizadas siempre han desempeñado un papel importante en la vida de los pueblos, pero este papel no ha tenido nunca la envergadura que posee en nuestros días. La sustitución de la actividad consciente de los individuos por la acción inconsciente de las masas es una de las principales características de nuestro tiempo.

Me he propuesto examinar el difícil problema presentado por las masas de un modo puramente científico —esto es: haciendo un esfuerzo por proceder con método y sin dejarme influenciar por opiniones, teorías o doctrinas. Creo que éste es el único modo de descubrir algunas pocas partículas de verdad, especialmente cuando se trata de una cuestión que es objeto de apasionadas controversias como es el caso aquí. Un hombre de ciencia dedicado a verificar un fenómeno no

debe preocuparse por los intereses que su verificación puede afectar. En una reciente publicación, un eminente pensador —M. Goblet d'Alviela— ha observado que, al no pertenecer a ninguna de las escuelas contemporáneas, ocasionalmente me encuentro en oposición a las conclusiones de todas ellas. Espero que este nuevo trabajo merezca una observación similar. El pertenecer a una escuela necesariamente implica abrazar sus prejuicios y sus opiniones preconcebidas.

Aún así, debería explicarle al lector por qué hallará que saco conclusiones de mis investigaciones que, a primera vista, podría pensarse que no se sustentan. Por qué, por ejemplo, aún después de observar la extrema inferioridad mental de las masas —incluyendo asambleas elegidas— afirmo que sería peligroso manipular su organización a pesar de esta inferioridad.

La razón es que una atenta observación de los hechos históricos me ha demostrado invariablemente que en los organismos sociales, al ser éstos en todo sentido tan complicados como los demás seres, no es sabio utilizar nuestro poder para forzarlos a padecer transformaciones repentinas y extensas. La naturaleza recurre, de tiempo en tiempo, a medidas radicales; pero nunca siguiendo nuestras modas, lo cual explica por qué nada es más fatal para un pueblo que la manía por las grandes reformas, por más excelente que estas reformas puedan parecer en teoría. Serían útiles solamente si fuese posible cambiar instantáneamente el genio de las naciones. Este poder, sin embargo, sólo lo posee el tiempo. Los hombres se gobiernan por ideas, sentimientos y costumbres — elementos que constituyen nuestra esencia. Las instituciones y las leyes son la manifestación visible de nuestro carácter; la expresión de sus necesidades. Al ser su consecuencia, las leyes y las instituciones no pueden cambiar este carácter.

El estudio de los fenómenos sociales no puede ser separado del de los pueblos en medio de los cuales han surgido. Desde el punto de vista filosófico, estos fenómenos pueden tener un valor absoluto. En la práctica, sin embargo, sólo tienen un valor relativo.

En consecuencia, al estudiar un fenómeno social, es necesario considerarlo sucesivamente bajo dos aspectos muy diferentes. Al hacerlo, se verá que con mucha frecuencia que lo enseñado por la razón pura es contrario a lo que enseña la razón práctica. Apenas si hay datos —incluidos los físicos— a los cuales esta distinción no sería aplicable. Desde el punto de vista de la verdad absoluta, un cubo o un círculo son figuras geométricas invariables, rigurosamente definidas por ciertas fórmulas. Desde el punto de vista de la impresión que causan a nuestros ojos, estas figuras geométricas pueden adquirir formas muy variadas. Por la perspectiva, el cubo puede transformarse en una pirámide o en un cuadrado; el círculo en una elipse o en una línea recta. Más aún, la consideración de estas formas ficticias es por lejos más importante que la de las formas reales, puesto que son ellas —y ellas solas— las que vemos y a las cuales podemos reproducir en fotografías o en dibujos. En algunos casos hay más verdad en lo irreal que en lo real. Presentar los objetos en su forma geométrica exacta implicaría distorsionar su naturaleza y volverla irreconocible. Si nos imaginamos un mundo en el cual sus habitantes sólo pudiesen copiar o fotografiar objetos pero estuviesen imposibilitados de tocarlos, sería muy difícil para esas personas obtener una idea exacta de la forma de dichos objetos. Más todavía: el conocimiento de estas formas, accesible sólo a un reducido número de personas instruidas, despertaría un interés sumamente restringido.

El filósofo que estudia fenómenos sociales debería tener presente que, al lado de su valor teórico, estos fenómenos poseen un valor práctico y que éste último es el único importante en lo que concierne a la evolución de la civilización. El reconocimiento de este hecho debería volverlo muy circunspecto en relación con las conclusiones que la lógica aparentemente le impondría a primera vista.

Hay también otros motivos que le dictan una reserva similar. La complejidad de los hechos sociales es tal que resulta imposible aprehenderlos en su totalidad y prever los efectos de su influencia recíproca. Parece ser, también, que detrás de los hechos visibles se esconden a veces miles de causas invisibles. Los fenómenos sociales visibles parecen ser el resultado de una inmensa tarea inconsciente que, por regla general, se halla más allá de nuestro análisis. Los fenómenos perceptibles pueden ser comparados con las olas que, sobre la superficie del océano, constituyen la expresión de disturbios profundos acerca de los cuales nada sabemos. En lo que concierne a la mayoría de sus actos, las masas exhiben una singular inferioridad mental. Sin embargo, existen otros actos en los que parecen estar guiadas por aquellas misteriosas fuerzas que los antiguos llamaban destino, naturaleza, o providencia, ésas que llamamos las voces de los muertos, cuyo poder es imposible de ignorar aún cuando ignoremos su esencia. A veces parecería que hay fuerzas latentes en el ser interior de las naciones que sirven para guiarlas. ¿Qué, por ejemplo, puede ser más complicado, más lógico, más maravilloso que un idioma? Y, sin embargo, ¿de dónde pudo haber surgido esta admirablemente organizada manifestación excepto como resultado del genio inconsciente de las masas? Los académicos más doctos, los gramáticos más renombrados, no pueden hacer más que tomar nota de las leyes que

gobiernan los idiomas. Serían totalmente incapaces de crearlos. Aún respecto de las ideas de los grandes hombres, ¿estamos seguros de que son la exclusiva creación de sus cerebros? No hay duda de que esas ideas son siempre creadas por mentes solitarias pero ¿no es acaso el genio de las masas el que ha provisto los miles de granos de polvo que forman el suelo del cual esas ideas han brotado?

Sin duda, las masas son siempre inconscientes; pero esta misma inconsciencia es quizás uno de los secretos de su fuerza. En el mundo natural, seres exclusivamente gobernados por el instinto producen hechos cuya complejidad nos asombra. La razón es un atributo demasiado reciente de la humanidad y todavía demasiado imperfecto como para revelar las leyes del inconsciente y más aún para suplantarlo. La parte que desempeña lo inconsciente en nuestros actos es inmensa y la parte que le toca a la razón, muy pequeña. Lo inconsciente actúa como una fuerza todavía desconocida.

Si deseamos, pues, permanecer dentro de los estrechos pero seguros límites dentro de los cuales la ciencia puede adquirir conocimientos y no deambular por el dominio de la vaga conjetura y las vanas hipótesis, todo lo que debemos hacer es simplemente tomar nota de los fenómenos tal como éstos nos son accesibles y limitarnos a su consideración. Toda conclusión extraída de nuestra observación es, por regla general, prematura; porque detrás de los fenómenos que vemos con claridad hay otros fenómenos que vemos en forma confusa y, quizás, detrás de estos últimos hay aún otros que no vemos en absoluto.

Introducción

La era de las masas

La evolución de la época actual – Los grandes cambios en la civilización son la consecuencia de cambios en el pensamiento nacional – La fe moderna en el poder de las masas – Transformación de la política tradicional de los Estados europeos – Cómo se produce el surgimiento de las clases populares y la forma en que éstas ejercen el poder – Las consecuencias necesarias del poder de las masas – Las masas, incapaces de desempeñar otro papel que el destructivo – La disolución de civilizaciones agotadas es obra de la masa – Ignorancia general acerca de la psicología de las masas – Importancia del estudio de las masas para legisladores y estadistas.

Los grandes disturbios que preceden el cambio en las civilizaciones, tales como la caída del Imperio Romano o la fundación del Imperio Árabe, a primera vista parecen estar determinados más específicamente por transformaciones políticas, invasión extranjera o el derrocamiento de dinastías. Pero un estudio más atento de estos eventos demuestra que, detrás de estas causas aparentes, la causa real parece ser una profunda modificación de las ideas de los pueblos. Las verdaderas revoluciones históricas no son aquellas que nos sorprenden por su grandiosidad y violencia. Los únicos cambios importantes, de los cuales resulta la renovación de las civilizaciones, afectan ideas, concepciones y creencias. Los eventos memorables de la Historia son los efectos visibles de los invisibles cambios en el pensamiento humano. La razón por la cual estos eventos son tan raros es que no hay nada tan estable en una raza como el fundamento hereditario de sus pensamientos.

La época presente constituye uno de esos momentos críticos en los cuales el pensamiento de la humanidad está sufriendo un proceso de transformación.

En la base de esta transformación se encuentran dos factores fundamentales. El primero es el de la destrucción de aquellas creencias religiosas, políticas y sociales en las cuales todos los elementos de nuestra civilización tienen sus raíces. El segundo, es el de la creación de condiciones de existencia y de pensamiento enteramente nuevas, como resultado de los descubrimientos científicos e industriales modernos.

Con las ideas del pasado, aunque semidestruidas, aún muy poderosas, y con las ideas que han de reemplazarlas todavía en proceso de formación, la era moderna representa un período de transición y anarquía.

Todavía no es fácil determinar qué surgirá de este período necesariamente algo caótico. ¿Cuáles serán las ideas sobre las cuales se construirán las sociedades que habrán de seguirnos? Por el momento, no lo sabemos. Sin embargo, aún así, ya está claro que, cualesquiera que sean las líneas a lo largo de las cuales se organice la sociedad futura, las mismas tendrán que tener en cuenta un nuevo poder, la última fuerza soberana sobreviviente de los tiempos modernos: el poder de las masas. Sobre las ruinas de tantas ideas antes consideradas indiscutibles y que hoy han decaído o están decayendo, sobre tantas fuentes de autoridad que las sucesivas revoluciones han destruido, este poder, que es el único que ha surgido en su estela, parece pronto destinado a absorber a los demás. Mientras todas nuestras antiguas creencias están tambaleando y desapareciendo, el poder de la masa es la única fuerza a la cual nada amenaza y cuyo prestigio se halla continuamente en aumento. La era en la cual estamos ingresando será, de verdad, la *era de las masas*.

Apenas hace un siglo atrás, los principales factores que determinaban los hechos eran la tradicional política de los Estados europeos y las rivalidades de los soberanos. La opinión de las masas apenas si contaba y, en la mayoría de los casos, de hecho no contaba en absoluto. Hoy, las que no cuentan son las tradiciones que solían determinar a la política y las tendenciosidades o rivalidades de los gobernantes mientras que, por el contrario, la voz de las masas se ha vuelto preponderante. Es esta voz la que dicta la conducta de los reyes, cuya misión es la de tomar nota de lo que expresa. Actualmente, los destinos de las naciones se elaboran en el corazón de las masas y ya no más en los consejos de los príncipes.

El ingreso de las clases populares a la vida política —lo cual equivale a decir en realidad, su progresiva transformación en clases gobernantes— es una de las características más relevantes de nuestra época de transición. La introducción del sufragio universal, que por largo tiempo no tuvo sino una influencia escasa, no es, como podría pensarse, la característica distintiva de esta transferencia de poder político. El progresivo crecimiento del poder de las masas tuvo lugar al principio por la propagación de ciertas ideas que lentamente se implantaron en la mente de los hombres y después, por la asociación gradual de individuos dedicados a la realización de concepciones teóricas. Ha sido por la asociación que las masas se han procurado ideas referidas a sus intereses —ideas muy claramente definidas aunque no particularmente justas— y han arribado a una conciencia de su fuerza. Las masas están fundando sindicatos ante los cuales las autoridades capitulan una después de la otra, también están las confederaciones laborales las que, a pesar de todas las leyes económicas, tienden a regular las condiciones de trabajo

y los salarios. Las masas ingresan a asambleas que forman parte de gobiernos y sus representantes, careciendo enteramente de iniciativa e independencia, se limitan, la mayoría de las veces, a ser nada más que voceros de los comités que los han elegido.

Hoy en día los reclamos de las masas se están volviendo cada vez más claramente definidos y significan nada menos que la determinación de destruir completamente a la sociedad tal como ésta existe actualmente, con vista a hacerla retroceder a ese primitivo comunismo que fue la condición normal de todos los grupos humanos antes de los albores de la civilización. Las exigencias se refieren a limitación de las horas de trabajo, nacionalización de las minas, ferrocarriles, fábricas y el suelo; la igualitaria distribución de todos los productos, la eliminación de todas las clases superiores en beneficio de las clases populares, etc.

Poco adaptadas a razonar, las masas, por el contrario, son rápidas en actuar. Como resultado de su actual organización, su fuerza se ha vuelto inmensa. Los dogmas a cuyo nacimiento estamos asistiendo pronto tendrán la potencia de los antiguos dogmas, es decir: la fuerza tiránica y soberana que concede el estar más allá de toda discusión. El derecho divino de las masas está a punto de reemplazar al derecho divino de los reyes.

Los escritores que gozan del favor de nuestras clases medias, aquellos que mejor representan sus más bien estrechas ideas, sus opiniones bastante preestablecidas, su más bien superficial escepticismo y su a veces algo excesivo egoísmo, exhiben una profunda alarma ante este nuevo poder que ven crecer. Para combatir el desorden mental de las personas, apelan desesperadamente a aquellas fuerzas morales de la Iglesia por las cuales antes profesaron tanto desprecio. Nos

hablan de la bancarrota de la ciencia, de volver a Roma a hacer penitencia, y nos recuerdan las enseñanzas de la verdad revelada. Estos nuevos conversos se olvidan de que es demasiado tarde. Si hubiesen estado realmente tocados por la gracia, una operación así no podría tener la misma influencia sobre mentes menos dedicadas a las preocupaciones que tanto inquietan a estos recientes adherentes a la religión. Las masas repudian hoy a los dioses que sus admonitores repudiaron ayer y ayudaron a destruir. No hay poder alguno, humano o divino, que pueda obligar una corriente a fluir hacia atrás, de regreso a sus fuentes.

No ha habido ninguna bancarrota de la ciencia y la ciencia no ha participado en la presente anarquía intelectual, ni tampoco en la construcción del nuevo poder que está surgiendo en medio de esta anarquía. La ciencia nos prometió la verdad, o al menos, un conocimiento de las relaciones que nuestra inteligencia puede aprehender. Nunca nos prometió paz ni felicidad. Soberanamente indiferente a nuestros sentimientos, es sorda a nuestras lamentaciones. Está en nosotros aprender a vivir con la ciencia puesto que nada puede devolvernos las ilusiones que ha destruido.

Síntomas universales, visibles en todas las naciones, nos muestran el rápido crecimiento del poder de las masas y no nos permiten admitir la suposición de que este poder cesará de crecer en alguna fecha cercana. Sea cual fuere el destino que este poder nos tiene reservado, tendremos que aceptarlo. Todo razonamiento en contra del mismo es simplemente una vana guerra de palabras. Por cierto, es posible que el advenimiento del poder de las masas marque una de las últimas etapas de la civilización occidental, el completo sumergimiento en uno de esos períodos de confusa anarquía que

siempre parecen destinados a preceder el nacimiento de toda nueva sociedad. Pero ¿podría evitarse este resultado?

Hasta el presente, estas destrucciones completas de una civilización gastada han constituido la tarea más obvia de las masas. Realmente, no es tan sólo en la actualidad en dónde podemos rastrear esto. La Historia nos dice que, desde el momento en que pierden su vigor las fuerzas morales sobre las cuales ha descansado una civilización, su disolución final resulta producida por esas masas inconscientes y brutales que denominamos, bastante justificadamente, como bárbaras. Hasta ahora, las civilizaciones han sido creadas y dirigidas sólo por una pequeña aristocracia intelectual, nunca por muchedumbres. Las masas son solamente poderosas para destruir. Su gobierno es siempre equivalente a una fase de barbarie. Una civilización implica reglas fijas, disciplina, un pasaje del estadio instintivo al racional, previsión del futuro, un elevado grado de cultura —condiciones todas que las masas, libradas a si mismas, invariablemente han demostrado ser incapaces de concretar. Como consecuencia de la naturaleza puramente destructiva de su poder, las masas actúan como esos microbios que aceleran la destrucción de los cuerpos débiles o muertos. Cuando la estructura de una civilización está podrida, son siempre las masas las que producen su caída. Es en tales encrucijadas que su misión principal se hace claramente visible y es allí en dónde, por un tiempo, la filosofía de la cantidad parece ser la única filosofía de la Historia.

¿Tiene nuestra civilización reservado el mismo? Hay razones para creer que éste es el caso, pero todavía no estamos en condiciones de estar seguros.

Sea como fuere, estamos condenados a resignarnos al reino de las masas desde el momento en que la falta de pre-

visión ha derribado sucesivamente todas las barreras que podrían haberlas mantenido bajo control.

Poseemos un conocimiento muy superficial de estas masas que están comenzando a ser el objeto de tanta discusión. Los psicólogos profesionales, al haber vivido lejos de ellas, siempre las han ignorado, y cuando, como ha sucedido últimamente, han dirigido su atención en esta dirección solamente ha sido para considerar los crímenes que las masas son capaces de cometer. Sin duda alguna, las masas criminales existen, pero también habrá que considerar a masas virtuosas, a masas heroicas y a masas de muchas otras clases. Los crímenes de las masas constituyen solamente una fase particular de su psicología. La constitución mental de las masas no puede estudiarse meramente a través de la investigación de sus crímenes, de la misma manera en que no se puede comprender la constitución mental de un individuo a través de la mera descripción de sus vicios.

Sin embargo, es un hecho que todos los gobernantes del mundo, todos los fundadores de religiones o de imperios, los apóstoles de todos los credos, los estadistas eminentes y, en una esfera más modesta, los simples jefes de pequeños grupos de hombres, todos han sido psicólogos inconscientes, poseedores de un conocimiento instintivo y frecuentemente muy certero acerca del carácter de las masas, y ha sido el conocimiento preciso de este carácter lo que les ha permitido a estas personas establecer su predominio tan fácilmente. Napoleón tenía un maravilloso conocimiento de la psicología de las masas de país en el cual reinó pero, a veces, malinterpretó completamente la psicología de las masas pertenecientes a otras razas[2], y fue por esta malinterpretación que se involucró en España —y más notoriamente en Rusia— en conflictos en los cuales su poder recibió aquellos embates

que en poco tiempo lo destruyeron. El conocimiento de la psicología de las masas es hoy en día el último recurso del estadista que no desea gobernarlas —esto se está volviendo una cuestión muy difícil— pero que, en todo caso, no desea ser gobernado demasiado por ellas.

Solamente obteniendo alguna clase de percepción de la psicología de las masas se puede comprender cuán superficial es sobre ellas la acción de leyes e instituciones, cuán impotentes son para sostener cualquier opinión diferente de aquellas que les son impuestas, y que no es posible dirigirlas mediante reglas basadas en teorías de equidad pura sino buscando lo que las impresiona y lo que las seduce. Por ejemplo, si un legislador desease imponer un nuevo impuesto, ¿debería elegir aquél que le parezca más justo? De ninguna manera. En la práctica, el impuesto más injusto puede ser el mejor para las masas. Y si, al mismo tiempo, resulta ser el menos obvio y aparentemente el menos gravoso, tanto más fácilmente será tolerado. Es por esta razón que un impuesto indirecto, por más exorbitante que sea, siempre será aceptado por la masa porque, pagado diariamente en fracciones de centavo sobre objetos de consumo, no interferirá con los hábitos de la masa y pasará desapercibido. Reemplácese lo por un impuesto proporcional sobre salarios o ingresos de cualquier otro tipo, pagadero en una suma íntegra, y aún cuando esta imposición fuese teóricamente diez veces menos gravosa que el otro, seguramente será causa de una protesta unánime. Esto obedece al hecho que una suma relativamente grande, que aparecerá como inmensa y que excitará a la imaginación, ha sido sustituida por las imperceptibles fracciones de algunos centavos. El nuevo impuesto solamente parecería alto si hubiese sido ahorrado centavo a centavo, pero este

procedimiento económico implica una cantidad de previsión del que las masas son incapaces.

El ejemplo precedente es uno de los más simples. Su exactitud puede ser percibida con facilidad. No escapó a la atención de un psicólogo como Napoleón pero nuestros legisladores modernos, ignorantes como son de las características de la masa, resultan incapaces de apreciarlo. La experiencia todavía no les ha enseñado lo suficiente que las personas nunca amoldan sus conductas a los dictados de la razón pura.

Hay muchas otras aplicaciones prácticas que pueden hacerse a partir de la psicología de las masas. Un conocimiento de esta ciencia arroja la más vívida luz sobre un gran número de fenómenos históricos y económicos que serían totalmente incomprensibles sin él. Tendré ocasión de mostrar que la razón por la cual el más notorio de los historiadores modernos, Taine, ha entendido a veces tan imperfectamente los eventos de la gran Revolución Francesa es que nunca se le ocurrió estudiar el genio de las masas. Taine, para el estudio de este complicado período se impuso como guía el método descriptivo al cual recurren los naturalistas, pero las fuerzas morales están casi por completo ausentes en los casos que los naturalistas tienen que estudiar. Y son precisamente estas fuerzas las que constituyen las verdaderas fuentes principales de la Historia.

Consecuentemente, mirándolo meramente desde el lado práctico, el estudio de la psicología de las masas merece ser intentado. Y aún cuando el interés obedeciese tan sólo a la pura curiosidad, seguiría mereciendo atención. Es tan interesante descifrar los motivos de las acciones de los hombres como lo es el determinar las características de un mineral o de una planta. Nuestro estudio del genio de las masas puede

ser meramente una breve síntesis, un simple resumen de nuestras investigaciones. No debe serle exigido más que unas pocas percepciones sugestivas. Otros trabajarán el suelo más intensivamente. Hoy, sólo tocamos la superficie de un terreno todavía casi virgen.

LIBRO I:
La Mente de las Masas

Capítulo I: Características generales de las masas. Ley psicológica de su unidad mental

¿Qué constituye una masa desde el punto de vista psicológico? – Una aglomeración numéricamente grande de individuos no es suficiente para formas una masa – Características especiales de masas psicológicas – La orientación hacia una dirección fija de las ideas y sentimientos de los individuos que componen una masa así, y la desaparición de su personalidad individual – La masa siempre está dominada por consideraciones de las que no tiene conciencia – La desaparición de la actividad cerebral y el predominio de la actividad medular – La depreciación de la inteligencia y la completa transformación de los sentimientos – Los sentimientos transformados pueden ser mejores o peores que los de los individuos de los cuales la masa se compone – Una masa es tan fácilmente heroica como criminal.

En su sentido ordinario, la palabra «masa» o «muchedumbre» significa una reunión de individuos de cualquier nacionalidad, profesión o sexo, sean cuales fueren las causas que los han juntado. Desde el punto de vista psicológico, la expresión «masa» adquiere un significado bastante diferente. Bajo ciertas circunstancias, y sólo bajo ellas, una aglomeración de personas presenta características nuevas, muy diferentes a las de los individuos que la componen. Los sentimientos y las ideas de todas las personas aglomeradas adquieren la misma dirección y su personalidad consciente se desvanece. Se forma una mente colectiva, sin duda transitoria, pero que presenta características muy claramente definidas. La aglomeración, de este modo, se ha convertido en lo

que, a falta de una expresión mejor, llamaré una masa organizada. Forma un único ser y queda sujeta a la *ley de la unidad mental de las masas*.

Es evidente que no es por el simple hecho de estar accidentalmente el uno al lado del otro que un cierto número de individuos adquiere el carácter de una masa organizada. Mil individuos accidentalmente reunidos en un espacio público, sin ningún objeto determinado, de ninguna manera constituyen una masa desde el punto de vista psicológico. A fin de adquirir las características especiales de una masa como la señalada, es necesaria la influencia de ciertas causas predisposicionantes cuya naturaleza deberemos determinar.

La desaparición de la personalidad consciente y la orientación de los sentimientos y los pensamientos en una dirección definida —que son las características primarias de una masa a punto de volverse organizada— no siempre involucran la presencia de un número de individuos en un sitio determinado. Miles de individuos aislados, en ciertos momentos y bajo la influencia de ciertas emociones violentas —tales como, por ejemplo, un gran evento nacional— pueden adquirir las características de una masa psicológica. En ciertos momentos, media docena de personas puede constituir una masa psicológica; algo que puede no suceder con cientos de personas reunidas por accidente. Por el otro lado, toda una nación, aún cuando no exista una aglomeración visible, puede convertirse en masa bajo la acción de ciertas influencias.

La masa psicológica, una vez constituida, adquiere ciertas características generales, provisorias pero determinables. A estas características generales se le agregan características particulares que varían de acuerdo con los elementos de los cuales la masa se compone y que pueden modificar su constitución mental. Las masas psicológicas, pues, son suscepti-

bles de ser clasificadas, y cuando nos ocupemos de esta materia veremos que una masa heterogénea —es decir: una masa compuesta por elementos disímiles— presenta ciertas características comunes con masas homogéneas —es decir: masas compuestas de elementos más o menos similares (sectas, castas, clases)— y al lado de estas características comunes, hay particularidades que permiten diferenciar a los dos tipos de masa.

Sin embargo, antes de ocuparnos de las diferentes categorías de masas, primero debemos examinar las características que les son comunes a todas. Nos pondremos a trabajar como el naturalista que comienza por describir las características comunes a todos los miembros de una familia antes de dedicarse a las particulares que permiten la diferenciación de géneros y especies incluidos en esa familia.

No es fácil describir la mente de las masas con exactitud porque su organización varía no solamente de acuerdo con la raza y la composición, sino también de acuerdo con la naturaleza y la intensidad de los estímulos bajo cuyos efectos las masas se hallan. Sin embargo, la misma dificultad se presenta en el estudio psicológico de un individuo. Solamente en las novelas se encuentran personajes que transitan toda su vida con un carácter invariable. Es sólo la uniformidad del medioambiente la que crea la aparente uniformidad de los caracteres. En otra parte he demostrado que todas las constituciones mentales contienen caracteres en potencia que pueden manifestarse como consecuencia de un súbito cambio en el medioambiente. Esto explica cómo, en medio de los más salvajes miembros de la Convención Francesa, se podía encontrar a ciudadanos inofensivos que, bajo condiciones normales, hubieran sido pacíficos notarios o virtuosos magistrados. Una vez pasada la tormenta, retomaron su carácter nor-

mal de ciudadanos tranquilos, respetuosos de la ley. Napoleón encontró entre ellos a sus sirvientes más dóciles.

Siendo imposible aquí estudiar todos los sucesivos grados de organización de las masas, nos dedicaremos más específicamente a aquellas que han alcanzado la fase de organización completa. De este modo veremos en qué se pueden convertir las masas, pero no aquello que invariablemente son. Es solamente en esta fase avanzada de organización que ciertas características nuevas y especiales se superponen sobre el invariable y dominante carácter de la raza, teniendo después lugar el giro, al cual ya hemos aludido, de todos los sentimientos y pensamientos de la colectividad en una dirección única. También, es solamente bajo tales circunstancias que comienza a jugar lo que más arriba he llamado la *ley psicológica de la unidad mental de las masas.*

Entre las características psicológicas de las masas hay algunas que pueden presentarse en común con las de individuos aislados y, por el contrario, otras que les son absolutamente peculiares y que solamente se encuentran dentro de colectividades. Son estas características especiales que estudiaremos antes que nada a fin de demostrar su importancia.

La peculiaridad más sobresaliente que presenta una masa psicológica es la siguiente: sean quienes fueren los individuos que la componen, más allá de semejanzas o diferencias en los modos de vida, las ocupaciones, los caracteres o la inteligencia de estos individuos, el hecho de que han sido transformados en una masa los pone en posesión de una especie de mente colectiva que los hace sentir, pensar y actuar de una manera bastante distinta de la que cada individuo sentiría, pensaría y actuaría si estuviese aislado. Hay ciertas ideas y sentimientos que no surgen, o no se traducen en acción, excepto cuando los individuos forman una masa. La

masa psicológica es un ser provisorio formado por elementos heterogéneos que se combinan por un momento, exactamente como las células que constituyen un cuerpo viviente forman por su reunión un nuevo ser que exhibe características muy diferentes de las que posee cada célula en forma individual.

Contrariamente a la opinión que uno se sorprende de encontrar proviniendo de la pluma de un filósofo tan agudo como Herbert Spencer, en el agregado que constituye una masa no hay ninguna clase de sumatoria o de promedio establecido entre sus elementos. Lo que realmente tiene lugar es una combinación seguida de la creación de nuevas características, al igual que en química ciertos elementos puestos en contacto —bases y ácidos, por ejemplo— se combinan para formar una nueva sustancia con propiedades bastante diferentes de las que han servido para formarla.

Es fácil demostrar cuanto difiere la individualidad de la masa del individuo aislado que la compone, pero es menos fácil descubrir las causas de esta diferencia.

En todo caso, para una visión genérica es necesario, en primer lugar, recordar la verdad establecida por la psicología moderna en cuanto a que los fenómenos inconscientes juegan un papel preponderante no sólo en la vida orgánica sino también en las operaciones de la inteligencia. La vida consciente de la mente tiene una importancia pequeña en comparación con su vida inconsciente. El más sutil analista, el más agudo observador, apenas si tiene éxito en descubrir una cantidad muy pequeña de los motivos inconscientes que determinan su conducta. Nuestros actos conscientes son el resultado de un sustrato inconsciente creado en la mente, en su mayor parte por influencias hereditarias. Este sustrato se halla constituido por las innumerables características comu-

nes transmitidas de generación en generación que forman el genio de una raza. Detrás de las causas alegadas de nuestros actos, es indudable que hay todavía muchas más causas secretas que nosotros mismos ignoramos. La mayor parte de nuestras acciones cotidianas es el resultado de motivos ocultos que escapan a nuestra observación.

Es más especialmente respecto de esos elementos inconscientes que constituyen el genio de una raza que todos los individuos pertenecientes a ella se parecen los unos a los otros, mientras que es principalmente respecto de los elementos conscientes de su carácter —fruto de la educación y de condiciones hereditarias aún más excepcionales— que se diferencian entre si. Personas absolutamente disímiles en materia de inteligencia poseen instintos, pasiones y sentimientos que son muy similares. En cuestiones de todo lo que pertenece a la esfera del sentimiento —religión, política, moralidad, afectos y antipatías, etc.— los hombres más eminentes raramente sobrepasan el nivel del más ordinario de los individuos. Desde el punto de vista intelectual puede existir un abismo entre el gran matemático y su zapatero; pero desde el punto de vista del carácter la diferencia es frecuentemente escasa o inexistente.

Son precisamente estas cualidades generales del carácter, gobernadas por fuerzas de las cuales no somos conscientes, y poseídas por la mayoría de los individuos normales de una raza en un grado bastante similar —son precisamente estas cualidades, decía, que se convierten en la propiedad común de las masas. En la mente colectiva las aptitudes intelectuales de los individuos se debilitan y, por consiguiente, se debilita también su individualidad. Lo heterogéneo es desplazado por lo homogéneo y las cualidades inconscientes obtienen el predominio.

El simple hecho de que las masas posean en común cualidades ordinarias explica por qué nunca pueden ejecutar actos que demandan un alto nivel de inteligencia. Las decisiones relativas a cuestiones de interés general son puestas ante una asamblea de personas distinguidas, pero estos especialistas en diferentes aspectos de la vida resultan ser incapaces de tomar decisiones superiores a las que hubiera tomado un montón de imbéciles. La verdad es que sólo pueden poner a disposición del trabajo en común aquellas cualidades mediocres que le corresponden por derecho de nacimiento a todo individuo promedio. En la masa es la estupidez y no la perspicacia lo que se acumula. No es, como tantas veces se repite, que todo el mundo tiene más perspicacia que Voltaire sino, seguramente, es Voltaire el que tiene más perspicacia que todo el mundo si por «todo el mundo» debemos entender a las masas.

Si los individuos de una masa se limitaran a poner a disposición del común aquellas cualidades ordinarias de las cuales cada uno de ellos tiene cierta cantidad, la resultante sería meramente un promedio y no, como hemos dicho que es en realidad el caso, la creación de características nuevas. ¿Cómo se crean estas nuevas características? Pues, esto es lo que ahora investigaremos.

Hay diferentes causas que determinan la aparición de las características peculiares de las masas y que no poseen los individuos aislados. La primera es que el individuo que forma parte de una masa adquiere, por simples consideraciones numéricas, un sentimiento de poder invencible que le permite ceder ante instintos que, de haber estado solo, hubiera forzosamente mantenido bajo control. Estará menos dispuesto a autocontrolarse partiendo de la consideración que una masa, al ser anónima y, en consecuencia, irresponsable, hace que el

sentimiento de responsabilidad que siempre controla a los individuos desaparezca enteramente.

La segunda causa, que es el contagio, también interviene en determinar la manifestación de las características especiales de las masas y, al mismo tiempo, también en determinar la tendencia que las mismas seguirán. El contagio es un fenómeno cuya presencia es fácil de establecer pero que no es fácil de explicar. Tiene que ser clasificado entre los fenómenos de un orden hipnótico que estudiaremos en breve. En una masa, todo sentimiento y todo acto es contagioso; y contagioso a tal grado que un individuo se vuelve dispuesto a sacrificar su interés personal en aras del interés colectivo. Ésta es una actitud muy contraria a su naturaleza y de la cual el ser humano es escasamente capaz, excepto cuando forma parte de una masa.

Una tercera causa, y por lejos la más importante, es la que determina en los individuos de una masa esas características especiales que a veces son bastante contrarias a las que presenta el individuo aislado. Me refiero a la sugestionabilidad, de la cual, incluso, el contagio arriba mencionado no es más ni menos que un efecto.

Para entender este fenómeno es necesario tener presente ciertos descubrimientos psicológicos recientes. Hoy en día sabemos que, por medio de varios procesos, un individuo puede ser puesto en una condición tal que, habiendo perdido su personalidad consciente, obedece todas las sugerencias del operador que le ha privado de ella y comete actos en manifiesta contradicción con su carácter y sus hábitos. Las observaciones más minuciosas parecen probar que un individuo, sumergido durante cierta cantidad de tiempo en una masa en acción, pronto se encuentra —ya sea por consecuencia de la influencia magnética producida por la masa o por

alguna otra causa que ignoramos— en un estado especial que se asemeja mucho al estado de fascinación en el que se encuentra el individuo hipnotizado que está en las manos de un hipnotizador. Habiendo sido paralizada la actividad mental en el caso del sujeto hipnotizado, éste se convierte en esclavo de todas las actividades inconscientes que el hipnotizador dirige a su voluntad. La personalidad consciente ha desaparecido por completo; la voluntad y el discernimiento se han perdido. Todos los sentimientos y pensamientos se inclinan en la dirección determinada por el hipnotizador.

Tal es también, aproximadamente, el estado del individuo que forma parte de una masa psicológica. Ya no es consciente de sus actos. En su caso, como en el del sujeto hipnotizado, al tiempo que algunas facultades son destruidas, otras pueden ser llevadas a un alto grado de exaltación. Bajo la influencia de una sugestión, la persona acometerá la realización de actos con una impetuosidad irresistible. Esta impetuosidad es tanto más irresistible en el caso de las masas que en el del sujeto hipnotizado, cuanto que, siendo la sugestión la misma para todos los miembros de la masa, gana en fuerza por reciprocidad. Los individuos en la masa que quizás posean una personalidad suficientemente fuerte como para resistir la sugestión son demasiado escasos en número como para luchar contra la corriente. A lo sumo podrán intentar desviarla por medio de sugestiones distintas. Es de esta manera, por ejemplo, que una expresión feliz, una imagen oportunamente evocada, ocasionalmente ha disuadido a una masa de los actos más sangrientos.

Vemos, pues, que la desaparición de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente y el contagio de sentimientos e ideas puestas en una única dirección, la tendencia a transformar inmediatamente las ideas

sugeridas en acción; éstas son, como vemos, las principales características del individuo formando parte de una masa. Ya no es él mismo sino que se ha convertido en un autómata que ha dejado de estar guiado por su propia voluntad.

Más aún; por el simple hecho de formar parte de una masa organizada, un hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización. Aislado, es posible que sea un individuo cultivado; en una masa será un bárbaro —esto es: una criatura que actúa por instintos. Poseerá la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también el entusiasmo y el heroísmo de los seres primitivos a los que tenderá a parecerse cada vez más por la facilidad con la que se dejará impresionar a través de palabras e imágenes —que no provocarían acción alguna en cada uno de los individuos aislados que componen la masa— y a ser inducido a cometer acciones contrarias a sus más evidentes intereses y sus hábitos mejor conocidos. Un individuo en una masa es un grano de arena entre otros granos de arena que el viento arremolina a su voluntad.

Es por este motivo que se pueden ver jurados dictando sentencias que cada miembro del jurado desaprobaría individualmente; así es como asambleas parlamentarias sancionan leyes y medidas que cada uno de sus miembros desaprobaría en lo personal. Tomados por separado, los hombres de la Convención eran ciudadanos ilustrados con hábitos pacíficos. Unidos en una masa, no vacilaron en adherir a las propuestas más salvajes, en guillotinar individuos clarísimamente inocentes y, contrariamente a sus intereses, a renunciar a su inviolabilidad y a diezmarse a si mismos.

No es solamente por sus acciones que un individuo en una masa se diferencia esencialmente de si mismo. Incluso antes de perder completamente su independencia, sus ideas y sus sentimientos han sufrido una transformación; y esta trans-

formación es tan profunda que es capaz de cambiar al avaro en un despilfarrador, a un escéptico en un creyente, a la persona honesta en un criminal, y al cobarde en un héroe. La renuncia a todos los privilegios que la nobleza votó en un momento de entusiasmo durante la celebrada noche del 4 de Agosto de 1789, ciertamente jamás habría sido consentida por ninguno de sus miembros tomados por separado.

La conclusión a extraer de lo precedente es que la masa es siempre intelectualmente inferior al individuo aislado pero que, desde el punto de vista de los sentimientos y de las acciones que estos sentimientos provocan, la masa puede, dependiendo de las circunstancias, ser mejor o peor que el individuo. Todo depende de la sugestión a la cual la masa se halla expuesta. Éste es el punto que ha sido completamente malinterpretado por escritores que solamente han estudiado a las masas desde un punto de vista criminal. Sin duda alguna, una masa es frecuentemente criminal, pero también muchas veces es heroica. Son las masas y no tanto los individuos que pueden ser inducidas a correr un riesgo de muerte para asegurar el triunfo de un credo o de una idea; que pueden ser inflamadas con entusiasmo por la gloria y el honor; que pueden ser conducidas —casi sin armas como en la época de las Cruzadas— a recuperar la tumba de Cristo de las manos del infiel o, como en el '93, a defender a la patria[3]. Un heroísmo como ése es sin duda inconsciente en alguna medida, pero de esa clase de heroísmo está hecha la Historia. Si los pueblos fuesen tenidos en cuenta únicamente por los hechos cometidos a sangre fría, los anales del mundo registrarían sólo muy pocos de ellos.

Capítulo II:
Los sentimientos y la moral de las masas

1. Impulsividad, inestabilidad e irritabilidad de las masas.

La masa está a merced de todas las causas estimulantes exteriores y refleja sus incesantes variaciones – Los impulsos a los cuales la masa obedece son tan imperiosos que aniquilan el sentido para el interés personal – La premeditación está ausente de las masas – Influencias raciales.

2. Las masas son crédulas y fácilmente influenciables por sugestión.

La obediencia de las masas a las sugestiones – Las imágenes evocadas en la mente de las masas son aceptadas por ellas como realidades – Por qué estas imágenes son idénticas para todos los individuos que componen una masa – Varios ejemplos de ilusiones a las que están sujetos los individuos de una masa – La imposibilidad de dar crédito al testimonio de las masas – La unanimidad de numerosos testigos es una de las peores pruebas que pueden ser invocadas para establecer un hecho – El escaso valor de las obras de historia.

3. La exageración y la espontaneidad de los sentimientos de las masas.

Las masas no admiten dudas o incertidumbres y siempre recurrirán a extremos – Sus sentimientos son siempre excesivos.

4. La intolerancia, la dictatorialidad y el conservativismo de las masas.

Las razones para estos sentimientos – La servilidad de las masas frente a una autoridad fuerte – Los instintos momentáneamente revolucionarios de las masas no les impiden ser extremadamente conservadoras – Masas instintivamente hostiles al cambio y al progreso.

5. La moralidad de las masas.

La moralidad de las masas, de acuerdo a las sugestiones bajo las cuales actúan, puede ser muy inferior o muy superior que la de los individuos que las componen – Explicaciones y ejemplos – Masas raramente guiadas por aquellas consideraciones de intereses que son muy frecuentemente los motivos exclusivos del individuo aislado – El papel moralizador de las masas.

Habiendo indicado de un modo general las características principales de las masas, nos queda el estudiar estas características en detalle.

Debe ser remarcado que entre las características especiales de las masas hay varias —tales como impulsividad, irritabilidad, incapacidad de razonar, la ausencia de juicio y de espíritu crítico, aparte de otras— que casi siempre se observan en seres pertenecientes a formas inferiores de la evolución. Sin embargo, meramente indico esta analogía al pasar; su demostración excede el marco de este trabajo. Además, sería inútil para personas familiarizadas con la psicología de seres primitivos y difícilmente aportaría convicción a los ignorantes de esta materia.

Procederé ahora a la consideración sucesiva de las diferentes características que pueden ser observadas en la mayoría de las masas.

1. Impulsividad, movilidad e irritabilidad de las masas

Al estudiar las características fundamentales de una masa, afirmamos que ésta es guiada casi exclusivamente por motivos inconscientes. Sus acciones están por lejos más bajo la influencia de la médula espinal que bajo la del cerebro. En este sentido, una masa es muy similar a seres bastante primitivos. Las acciones pueden se perfectas en lo que respecta a su ejecución pero, puesto que no están dirigidas por el cerebro, el individuo se comporta de acuerdo con lo que pueden llegar a disponer los estímulos a los cuales está expuesto. Una masa está a merced de todos los estímulos externos y refleja las incesantes variaciones de los mismos. Es la esclava de los impulsos que recibe. El individuo aislado puede estar sometido a las mismas causas estimulantes que el hombre en una masa, pero, puesto que su cerebro le muestra lo poco aconsejable que sería ceder ante estas causas, se abstiene de seguirlas. Esta verdad puede ser expresada psicológicamente diciendo que el individuo aislado posee la capacidad de dominar sus actos reflejos mientras que una masa carece de esta capacidad.

Los impulsos variables a los cuales obedece la masa pueden ser, de acuerdo a sus estímulos causales, generosas o crueles, heroicas o cobardes, pero siempre serán tan imperiosos que el interés del individuo, incluso el interés de autoconservación, no las dominará. Siendo los estímulos que ac-

túan sobre las masas tan variados y siendo que las masas siempre las obedecen, el resultado es que las masas son, por consecuencia, extremadamente inestables. Esto explica cómo es que las vemos pasar de un momento a otro, de la ferocidad más sanguinaria a la más extrema generosidad y al más extremo heroísmo. Una masa puede fácilmente hacer el papel de verdugo pero, con la misma facilidad, el de un mártir. Son las masas las que han suministrado el torrente de sangre que constituye el prerrequisito para el triunfo de todo credo. No es necesario retrotraerse a las eras heroicas para ver de qué son capaces las masas en esta última dirección. Nunca mezquinan sus vidas en una insurrección y, no hace mucho, un general, volviéndose súbitamente popular, podría haber fácilmente hallado cien mil hombres dispuestos a sacrificar sus vidas por su causa de habérselo demandado[4].

Cualquier manifestación de premeditación por parte de las masas está, por lo tanto, fuera de discusión. Pueden estar animadas sucesivamente por los sentimientos más contrarios, pero siempre estarán bajo la influencia de los estímulos del momento. Son como las hojas que una tempestad arremolina y desparrama en todas direcciones para luego dejarlas caer. Cuando más adelante estudiemos ciertas masas revolucionarias, daremos algunos ejemplos de la variabilidad de sus sentimientos.

La inestabilidad de las masas las hace muy difíciles de gobernar, especialmente cuando una medida de la autoridad pública ha caído en sus manos. Si las necesidades de la vida cotidiana no constituirían una suerte de regulador invisible de la existencia, las democracias apenas si podrían existir. Aún así, a pesar de que los deseos de las masas son frenéticos, no resultan durables. Las masas son tan incapaces de querer como de pensar por largo tiempo.

Una masa no es solamente impulsiva e inestable. Como un salvaje, no está preparada para admitir nada que pueda interponerse entre su deseo y la realización de este deseo. Menos todavía será capaz de entender un obstáculo de esa índole a causa del irresistible poder que le otorga su fuerza numérica. La noción de imposibilidad desaparece para el individuo que está en una masa. Un individuo aislado sabe muy bien que él solo no puede prenderle fuego a un palacio o desvalijar un negocio y, si fuera tentado a hacerlo, resistiría fácilmente la tentación. Haciéndose parte de una masa, percibirá el poder que le otorga el número y será suficiente con sugerirle ideas de muerte o de saqueo para hacerle ceder inmediatamente a la tentación. Un obstáculo inesperado será destruido con furia frenética. Si el organismo humano permitiese la perpetuidad de una pasión furiosa, podría decirse que la condición normal de una masa refrenada en sus deseos es justamente ese estado de pasión furiosa.

Las características fundamentales de la raza, que constituyen la fuente invariable de la cual surgen todos nuestros sentimientos, siempre ejercen una influencia sobre la irritabilidad de las masas, su impulsividad y su inestabilidad, al igual que sobre todos los sentimientos masivos que estudiaremos. Todas las masas son, indudablemente, siempre irritables e impulsivas, pero con grandes variaciones de grado. Por ejemplo, la diferencia entre una masa latina y una anglosajona es notable. Los hechos más recientes de la Historia de Francia arrojan una vívida luz sobre este punto. Hace veinticinco años, la mera publicación de un telegrama informando acerca del insulto que supuestamente habría ofendido a un embajador fue suficiente para producir una explosión de furia a la que siguió inmediatamente una guerra terrible. Algunos años más tarde, el anuncio telegráfico de un revés insig-

nificante en Langdon provocó una nueva explosión que trajo consigo el derrocamiento instantáneo de un gobierno. Simultáneamente, un revés mucho más serio sufrido por la expedición inglesa en Khartoum produjo solamente una leve emoción en Inglaterra y ningún ministerio resultó afectado. En todas partes las masas se distinguen por tener características femeninas, pero las masas latinas son las más femeninas de todas. Quienquiera que confíe en ellas, puede rápidamente obtener un destino brillante, pero al hacerlo estará perpetuamente bailando al borde de un precipicio con la certeza de ser despeñado por él algún día.

2. La sugestionabilidad y la credulidad de las masas

Al definir a las masas dijimos que una de sus características generales era la de una excesiva sugestionabilidad y hemos mostrado hasta qué punto las sugestiones son contagiosas en toda aglomeración humana; un hecho que explica la rápida orientación de los sentimientos de una masa en una dirección definida. Por más indiferente que se la suponga, una masa, por regla general, se halla en un estado de atención expectante que facilita la sugestión. La primer sugestión que le sea formulada se implantará inmediatamente, por medio de un proceso de contagio, en los cerebros de todos los reunidos y la orientación idéntica de los sentimientos de la masa será inmediatamente un hecho consumado.

Al igual que en el caso de las personas bajo la influencia de la sugestión, la idea que ha penetrado en el cerebro tiende a transformarse en acción. Sea que la acción implique prenderle fuego a un palacio o involucre un autosacrificio, la masa se prestará a ella con la misma facilidad. Todo dependerá de la naturaleza del estímulo desencadenante y ya no, como en el caso del individuo aislado, de las relaciones existentes entre la acción sugerida y la suma total de las razones que pueden esgrimirse en contra de su realización.

En consecuencia, una masa perpetuamente balanceándose al borde de la inconsciencia, pronta a ceder a todas las sugestiones, poseyendo toda la violencia de sentimiento propia de

los seres que no pueden apelar a la influencia de la razón, desprovista de toda facultad crítica, no puede ser más que excesivamente crédula. Lo improbable no existe para una masa y es necesario tener esta circunstancia bien presente para comprender la facilidad con la cual las leyendas y las historias más improbables resultan creadas y propagadas[5].

La creación de leyendas que tan fácilmente consiguen circular en las masas no es sólo consecuencia de su extrema credulidad. También es el resultado de las prodigiosas perversiones que los eventos sufren en la imaginación de una multitud. El evento más simple que cae bajo la observación de una masa muy pronto resulta totalmente transformado. Una masa piensa por medio de imágenes y la imagen misma inmediatamente llama a otras imágenes que no tienen ninguna conexión lógica con la primera. Podemos fácilmente concebir este estado pensando en la fantástica sucesión de ideas que se nos ocurren a veces cuando traemos a la mente cualquier hecho. Nuestra razón nos muestra la incoherencia que hay entre esas imágenes pero una masa es casi ciega para esta verdad y confunde el hecho real con la distorsión que su imaginación le ha sobreimpreso. Una masa apenas si percibe la diferencia entre lo subjetivo y lo objetivo. Acepta como reales las imágenes evocadas en su mente aunque con gran frecuencia tengan una relación muy distante con el hecho observado.

Parecería ser que son innumerables las formas en que una masa distorsiona cualquier hecho del cual es testigo, desde el momento en que los individuos que componen el conjunto poseen muy distintos temperamentos. Pero no es éste el caso. Como resultado del contagio, las distorsiones son de la misma clase y toman la misma forma para todos los individuos congregados.

La primera distorsión de la verdad, cometida por uno de los individuos del conjunto constituye el punto de partida para la sugestión contagiosa. Antes de que San Jorge se apareciese a todos los Cruzados sobre los muros de Jerusalén, seguramente fue visto en primer lugar por uno de los presentes. Por la vía de la sugestión y el contagio, el milagro señalado por una única persona fue inmediatamente aceptado por todos.

Tal es siempre el mecanismo de las alucinaciones colectivas tan frecuentes en la Historia —alucinaciones que parecen tener todas las características exigidas de autenticidad desde el momento en que son fenómenos observados por miles de personas.

Para combatir lo que precede, la calidad mental de los individuos que componen la masa no debe ser esgrimido. Esta calidad no tiene importancia. Desde el momento en que forma parte de una masa, la persona instruida y el ignorante son igualmente incapaces de observar.

Esta tesis puede parecer paradójica. Para demostrarla más allá de toda duda sería necesario investigar un gran número de hechos históricos y varios volúmenes serían insuficientes para el propósito.

Aún así, como no quiero dejar al lector bajo la impresión de que estoy haciendo afirmaciones indemostradas, le daré algunos ejemplos tomados al azar del inmenso número de los que podrían ser citados.

El siguiente hecho, seleccionado entre las alucinaciones colectivas de las cuales la masa es la víctima, es uno de los más típicos porque se hallan en él individuos de toda clase, desde los más ignorantes hasta los más altamente educados. Dicho sea de paso, ha sido relatado por Julian Feliz, un te-

niente naval, en su libro *Corrientes Oceánicas* y previamente fue citado en la *Revue Cientifique.*

La fragata *Belle Poule* se encontraba navegando en mar abierto con el propósito de encontrar al crucero *Le Berceau* del cual había sido separada por una violenta tormenta. Era pleno día y a pleno sol. De pronto, el vigía dio la voz anunciando que había visto una embarcación precaria; la tripulación miró en la dirección señalada y todo el mundo, tanto oficiales como marineros, claramente vieron una balsa remolcada por botes, cubierta de hombres que estaban dando señales de pedir ayuda. Así y todo, esto no fue más que una alucinación colectiva. El almirante Desfosses hizo bajar un bote para rescatar a los náufragos.

Al irse aproximando al objeto avistado, los marineros y los oficiales a bordo del bote vieron «masas de hombres en movimiento, estirando sus brazos pidiendo ayuda, y oyeron el sordo y confuso ruido de un gran número de voces». Cuando llegaron de hecho al objeto, se encontraron lisa y llanamente en presencia de algunas ramas de árboles cubiertas de hojas que habían sido arrastradas mar adentro desde la costa cercana. Ante una evidencia tan palpable, la alucinación se desvaneció.

El mecanismo de una alucinación colectiva del tipo que hemos explicado se ve claramente en acción a través de este ejemplo. Por un lado tenemos a una multitud en atención expectante. Por el otro lado tenemos una sugestión hecha por el vigía anunciando la vista de una embarcación de náufragos en el mar, una sugestión que, por un proceso de contagio, fue aceptada por todos los presentes, tanto oficiales como marineros.

No es necesario que una multitud sea numerosa para que se destruya la facultad de ver lo que está sucediendo ante sus

propios ojos y para que los hechos reales sean sustituidos por alucinaciones no relacionadas con ellos. Ni bien algunos pocos individuos se reúnen ya constituyen una masa y, aún cuando sean hombres distinguidos y educados, asumen todas las características de las masas en relación con las cuestiones que se encuentren más allá de su profesión. La facultad de observación y el espíritu crítico que cada uno de ellos posee individualmente desaparecen al instante. Un ingenioso psicólogo, el Sr. Davey, nos ofrece un muy curioso ejemplo sobre el punto, recientemente citado en los *Annales des Sciences Psychiques* y que merece ser citado aquí. El Sr. Davey, luego de convocar a una reunión de distinguidos observadores, entre ellos uno de los más prominentes científicos de Inglaterra, el Sr. Wallace, ejecutó en su presencia y después de haberles permitido examinar los objetos y colocar sellos en los lugares que quisieran, todos los fenómenos espiritistas regulares como ser, la materialización de espíritus, la escritura sobre tablillas etc. Después de obtener de estos distinguidos observadores informes escritos admitiendo que los fenómenos observados solamente pudieron haber ocurrido por medios sobrenaturales, les reveló que habían sido el resultado de trucos muy simples. «*El aspecto más sorprendente de la investigación de Monsieur Davey* —escribe el autor de este informe— *no es lo maravilloso de los trucos en si mismos sino la extrema debilidad de los informes redactados sobre ellos por los testigos no iniciados. Queda claro que testigos, incluso numerosos, pueden dar testimonios circunstanciales completamente erróneos pero cuyo resultado es que, si sus descripciones se aceptan como exactas, los fenómenos que describen resultan inexplicables por medio de trucos. Los métodos inventados por Mr. Davey fueron tan simples que uno se asombra de que haya tenido el atrevimiento de utilizarlos; pero tenía tal poder sobre*

la mente de la masa, que logró persuadir a los presentes de que vieron lo que no veían». Aquí, como siempre, tenemos el poder del hipnotizador sobre el hipnotizado. Más aún, cuando se ve a este poder en acción sobre mentes de un nivel superior y expresamente invitadas a ser escépticas, se comprende cuán fácil es engañar a masas ordinarias.

Los ejemplos similares son innumerables. En el momento de escribir estas líneas, los diarios están llenos de la historia de dos pequeñas niñas halladas ahogadas en el Sena. Para comenzar, estas niñas fueron identificadas de la manera más irrefutable por media docena de testigos. Todas las afirmaciones fueron tan enteramente coincidentes que no quedó duda alguna en la mente del juez de instrucción. Éste funcionario hizo extender el certificado de defunción pero, justo en el momento en que se iba a proceder al entierro de las niñas, una simple casualidad reveló que las supuestas víctimas estaban vivas y que, más aún, las mismas tenían solamente una remota semejanza con las niñas ahogadas. Al igual que en varios de los ejemplos previamente citados, la afirmación del primer testigo —víctima de una ilusión él mismo— fue suficiente para influenciar a los demás.

En casos similares, el punto de partida para la sugestión es siempre la ilusión producida en un individuo por reminiscencias más o menos vagas, seguida del contagio como resultado de la afirmación de esta ilusión inicial. Si el primer observador es muy impresionable, frecuentemente será suficiente que el cadáver que cree reconocer presente —aparte de toda verdadera resemblanza— alguna peculiaridad, como ser una cicatriz, o algún detalle íntimo que pueda evocar la idea de otra persona. Esta idea evocada puede luego convertirse en el núcleo de una especie de cristalización que invade el entendimiento y paraliza toda facultad crítica. Lo que el

observador ve luego ya no es el objeto mismo sino la imagen evocada en su mente. Es de esta manera que se explican el reconocimiento equivocado de un muerto por su propia madre, como ocurrió en el siguiente caso, algo antiguo pero recientemente reflotado por los diarios. En esta historia se pueden rastrear precisamente las dos especies de sugestiones cuyo mecanismo acabo de indicar.

> El niño fue reconocido por otro niño que se equivocó. Así comenzó la serie de reconocimientos errados.
>
> Ocurrió una cosa extraordinaria. Al día siguiente de que un escolar reconociese el cadáver una mujer exclamó: «¡Por Dios! ¡Es mi hijo!».
>
> La mujer fue llevada hasta el cuerpo, examinó las ropas y observó una cicatriz en la frente.
>
> «Ciertamente —dijo— es mi hijo que desapareció durante el pasado Julio. Me fue robado y ha sido asesinado».
>
> La mujer era portera en la Rue du Four y su nombre era Chavandret. Fue citado su cuñado y, al ser interrogado, respondió: «Ése es el pequeño Filibert». Varias personas que viven en la misma calle reconocieron al niño hallado en La Villette como Filibert Chavandret. Entre ellas estuvo el maestro del niño que basó su identificación en una medalla que el chico llevaba.
>
> Sin embargo, los vecinos, el cuñado, el maestro y la madre estaban equivocados. Seis semanas más tarde fue establecida la verdadera identidad del niño. El chico, oriundo de Bordeaux, había sido asesinado allí y traído a París por una empresa de transportes[6].

Merece ser destacado que estas identificaciones en la mayoría de los casos resultan efectuadas por mujeres y niños — lo cual equivale a decir: por las personas más impresionables. Nos muestran, al mismo tiempo, el valor que tienen estos testigos en una corte judicial. En especial en lo que se refiere a los niños, sus declaraciones no deberían nunca ser admitidas. Los magistrados tienen el hábito de repetir que los niños no mienten. Si poseyesen una cultura psicológica tan sólo un poco menos rudimentaria de lo que es el caso sa-

brían que, por el contrario, los niños mienten invariablemente. La mentira es indudablemente inocente, pero sigue siendo una mentira a pesar de todo. Sería mejor decidir el destino de una persona tirando una moneda al aire —como con tanta frecuencia se ha hecho— que hacerlo basándose en la evidencia de un niño.

Retornando a la facultad de observación que poseen las masas, nuestra conclusión es que sus observaciones colectivas son tan erróneas como pueden serlo y que con mucha frecuencia representan la ilusión de un individuo quien, por un proceso de contagio, ha sugestionado a sus compañeros. Es posible multiplicar a placer los casos que demuestran lo aconsejable que es considerar con el más profundo escepticismo la evidencia suministrada por las masas. Hace veinticinco años miles de personas estuvieron presentes en la célebre carga de caballería de la batalla de Sedan y, sobre la base de los testimonios oculares contradictorios disponibles, todavía sigue siendo imposible determinar quien comandaba esa acción. El general inglés Lord Wolseley ha demostrado en un libro reciente que se han cometido gravísimos errores en la apreciación de los incidentes más importantes ocurridos durante la batalla de Waterloo —hechos que, no obstante, han sido atestiguados por cientos de testigos[7].

Hechos como éstos nos muestran el valor del testimonio de las masas. Hay tratados que incluyen la unanimidad de numerosos testigos en la categoría de las pruebas más firmes que pueden ser invocadas para fundamentar la exactitud de un hecho. Sin embargo, lo que sabemos de la psicología de las masas nos muestra que los tratados tendrían que ser reescritos en este punto. Los hechos sobre los cuales existe la mayor cantidad de dudas son precisamente aquellos que han sido observados por el mayor número de personas. El decir

que un hecho ha sido verificado simultáneamente por miles de testigos equivale a decir, por regla general, que el hecho real fue muy distinto del relato aceptado que de él se tiene.

De lo que precede resulta claro que las obras de Historia deben ser consideradas como un producto de la más pura imaginación. Constituyen relatos arbitrarios de hechos mal observados, acompañados de explicaciones que son el resultado de la reflexión. Escribir esta clase de libros implica la más absoluta pérdida de tiempo. Si el pasado no nos hubiera legado obras literarias, artísticas y arquitectónicas, en realidad no sabríamos absolutamente nada acerca de los tiempos idos. ¿Poseemos una sola palabra cierta concerniente a las vidas de los más grandes hombres que han desempeñado un papel preponderante en la Historia de la humanidad —hombre como Hércules, Buda o Mahoma? Con toda probabilidad, no la tenemos.

De hecho y más aún, sus vidas reales poseen escasa importancia para nosotros. Nuestro interés consiste en saber cómo fueron nuestros grandes hombres tal como éstos nos son presentados por la leyenda popular. Son los héroes legendarios y de ninguna manera los héroes reales los que han impresionado las mentes de las masas.

Desafortunadamente, las leyendas —aún cuando hayan sido documentadas en libros de un modo preciso— no poseen estabilidad interna. La imaginación de la masa las transforma continuamente como resultado del transcurso del tiempo y especialmente como consecuencia de causas raciales. Existe un enorme abismo que separa al sanguinario Jehová del Antiguo Testamento, del Dios del Amor de Santa Teresa; y el Buda reverenciado en China no tiene rasgos en común con el venerado en la India.

No es necesario que los héroes se encuentren separados de nosotros por siglos enteros para que su leyenda se transforme debido a la imaginación de la masa. En ocasiones esta transformación tiene lugar en apenas algunos años. En nuestros días hemos visto como la leyenda de uno de los más grandes héroes de la Historia fue modificada varias veces en menos de cincuenta años. Bajo los Borbones Napoleón se convirtió en una especie de idílico filántropo liberal, en un amigo de los humildes quien, de cuerdo a los poetas, habría de ser largamente recordado en los hogares modestos. Treinta años después, este héroe amable se convirtió en un sanguinario déspota quien, después de usurpar el poder y destruir la libertad, provocó la masacre de tres millones de hombres para satisfacer su ambición. Actualmente estamos asistiendo a una nueva transformación de la leyenda. Cuando haya soportado la influencia de algunas docenas de siglos, los hombres ilustrados del futuro, enfrentados a estos contradictorios relatos, quizás hasta lleguen a dudar de la existencia misma del héroe de la misma manera en que algunos de ellos hoy dudan de la de Buda, y no verán en él más que un mito solar o un desarrollo de la leyenda de Hércules. Sin duda se consolarán fácilmente por esta incertidumbre puesto que, mejor iniciados de lo que estamos hoy en día en las características y en la psicología de las masas, sabrán que la Historia es escasamente capaz de preservar la memoria de cualquier cosa que no sea un mito.

3. La exageración y la ingenuidad de los sentimientos de las masas

Tanto si los sentimientos exhibidos por una masa son buenos o malos, en todos los casos presentan el doble carácter de ser muy simples y muy exagerados. En este aspecto, como en tantos otros, un individuo en una masa se parece a los seres primitivos. Incapaz de distinciones sutiles, percibe las cosas como un todo y se vuelve ciego ante las gradaciones intermedias. La exageración de los sentimientos de una masa aumenta por el hecho de que cualquier sensación, una vez exhibida, se comunica muy rápidamente por un proceso de sugestión y contagio, aumentando considerablemente su fuerza por la evidente aprobación de la cual es objeto.

La simpleza y la exageración de los sentimientos de las masas tienen por resultado que una multitud no conoce ni duda ni incertidumbre. Al igual que las mujeres, inmediatamente se vuelca a extremos. Una sospecha, ni bien es anunciada, se transforma en evidencia incontrovertible. El inicio de una antipatía o desaprobación, que en el caso del individuo aislado no ganaría fuerza, se convierte en odio furioso cuando se trata del individuo dentro de la masa.

La violencia de los sentimientos de las masas también se incrementa, especialmente en masas heterogéneas, por la ausencia de todo sentido de responsabilidad. La certeza de impunidad —una certeza que se vuelve tanto más fuerte mientras más numerosa sea la masa— y la noción de una conside-

rable fuerza impulsora debida al número, hacen posibles para las masas, sentimientos y acciones imposibles para el individuo aislado. Dentro de las masas, las personas estúpidas, ignorantes y envidiosas resultan liberadas de su sensación de insignificancia e impotencia volviéndose poseídas, por el contrario, de una noción de poderío brutal, temporal pero inmenso.

Desafortunadamente, esta tendencia de las masas a la exageración con frecuencia se manifiesta a través de malos sentimientos. Los mismos son un residuo atavístico de los instintos del hombre primitivo que, en el individuo aislado y responsable, el miedo al castigo obliga a reprimir. Es por esto que las masas resultan tan fácilmente inducidas a cometes los peores excesos.

Aún así, esto no significa que masas hábilmente influenciadas no sean capaces de heroísmo, o devoción, y de poner de manifiesto las más elevadas virtudes. Incluso son capaces de manifestar más de estas cualidades que el individuo aislado. Pronto tendremos ocasión de volver sobre este punto cuando estudiemos la moralidad de las masas.

Dada la exageración de sus sentimientos, una masa se impresiona solamente por sentimientos excesivos. Un orador que quiera movilizar a una masa deberá hacer un uso abusivo de afirmaciones violentas. El exagerar, el afirmar, el recurrir a repeticiones y el nunca intentar demostrar cosa alguna por medio de razonamientos, son los métodos de argumentación bien conocidos por los oradores de actos públicos.

Más aún, una masa exigirá una exageración similar en los sentimientos de sus héroes. Las cualidades visibles de los mismos deben ser siempre amplificadas. Ha sido certeramente observado que, sobre el escenario, una masa exige del hé-

roe de la obra un grado de coraje, moralidad y virtud que nunca se encuentra en la vida real.

De un modo acertado se le ha dado importancia al punto de vista con que las cosas son vistas en el teatro. Tal punto de vista existe, sin duda, pero sus reglas en su mayor parte no tienen nada que ver con el sentido común ni con la lógica. El arte de apelar a las masas es indudablemente de un orden inferior pero requiere aptitudes bastante especiales. Muchas veces leyendo los guiones es imposible explicar el éxito de la obra. Los gerentes de los teatros, cuando aceptan las obras, por regla general están muy inseguros respecto de su éxito porque, para juzgar la cuestión, debería ser posible para ellos transformarse a si mismos en una masa[8].

Charley's Aunt, rechazada por todos los teatros y finalmente puesta en escena por un agente de bolsa, tuvo doscientas representaciones en Francia y más de mil en Londres. Sin la arriba citada explicación acerca de la imposibilidad de los empresarios teatrales de hacer mentalmente las veces de una masa, serían inexplicables los errores de juicio de parte de individuos competentes que están más que interesados en no cometer tales graves errores. Éste es un tema que no puedo tratar aquí pero que podría tentar la pluma de algún escritor, familiarizado con los asuntos teatrales y que fuese al mismo tiempo un sutil psicólogo —un escritor como, por ejemplo, M. Francisque Sarcey.

Aquí, una vez más, si pudiésemos embarcarnos en consideraciones más extensas, mostraríamos la preponderante influencia de consideraciones raciales. Una obra que provoca el entusiasmo de la masa de un país a veces no tiene éxito en otro, o bien tiene un éxito sólo parcial y convencional, porque no pone en operación influencias capaces de actuar sobre un público alterado.

No necesito agregar que en las masas la tendencia a la exageración se presenta solamente en el caso de los sentimientos y no se presenta en absoluto en cuestiones de inteligencia. Ya he demostrado que, por el simple hecho de formar parte de una masa, el nivel intelectual de un individuo desciende inmediata y considerablemente. Un magistrado ilustre, M. Trade, también ha verificado este hecho en su investigación sobre crímenes cometidos por muchedumbres. Es, entonces, solamente respecto de los sentimientos que las masas pueden ascender a niveles muy altos o, por el contrario, descender a niveles muy bajos.

4. La intolerancia, la dictatorialidad y el conservativismo de las masas

Las masas sólo conocen sentimientos simples y extremos; las opiniones, las ideas y las creencias que les son sugeridas resultan aceptadas o rechazadas por ellas como un todo. Las aceptan como verdades absolutas o bien como no menos absolutos errores. Éste es siempre el caso de creencias inducidas por un proceso de sugestión en lugar de haber sido engendradas por razonamiento. Todos somos conscientes de la intolerancia que acompaña a las creencias religiosas y del imperio despótico que éstas ejercen sobre la mente de las personas.

Existiendo la duda acerca de lo que constituye la verdad o el error y teniendo, por el otro lado, una clara noción de su fuerza, una masa estará tan dispuesta a otorgar una validez autoritaria a sus inspiraciones como lo estará a ser intolerante. Un individuo podrá aceptar la contradicción y la discusión; una masa no lo hará jamás. En una reunión pública la más leve contradicción de parte del orador será inmediatamente recibida con gritos de furia y violentas invectivas, muy pronto seguidas de golpes y expulsión si el orador persiste en su argumento. Sin la presencia de representantes de la autoridad, quien contradice a la masa sería, de hecho, muchas veces asesinado.

La dictatorialidad y la intolerancia son comunes a todas las categorías de masa, pero se presentan con variados gra-

dos de intensidad. Aquí, una vez más, reaparece la noción fundamental de raza que domina todos los sentimientos y todos los pensamientos de los hombres. Es especialmente en las masas latinas que el autoritarismo y la intolerancia se manifiestan en la mayor medida. De hecho, su desarrollo es tal en las masas de origen latino que han destruido por completo ese sentimiento de independencia del individuo tan poderoso en las anglosajonas. Las masas latinas se preocupan solamente de la independencia colectiva de la secta a la cual pertenecen y la característica típica de su concepción de independencia es la necesidad que experimentan de imponer sus creencias, de un modo inmediato y violento, a aquellos que están en desacuerdo. En las razas latinas, los jacobinos de todas las épocas, de los de la Inquisición para abajo, nunca han sido capaces de arribar a un concepto diferente de libertad.

El autoritarismo y la intolerancia son sentimientos de los cuales las masas tienen una noción muy clara; los conciben con facilidad, y los asumen con la misma espontaneidad con la que los ponen en práctica una vez que les han sido impuestas. Las masas exhiben un dócil respeto por la fuerza y se dejan impresionar tan sólo débilmente por la amabilidad que, para ellas, es escasamente algo más que una forma de debilidad. Sus simpatías nunca han sido concedidas a gobernantes benévolos sino a tiranos que los han oprimido vigorosamente. Es a estos últimos a quienes siempre han erigido las más imponentes estatuas. Es cierto que están prontas a pisotear al déspota despojado de su poder pero esto es porque, habiendo perdido su fuerza, ha vuelto a ocupar su puesto entre los débiles que son despreciados porque no deben ser temidos. El tipo de héroe amado por las masas siempre se

parecerá a un César. Su insignia las atrae, su autoridad las impresiona y su espada les inspira temor.

Una masa siempre se rebelará contra una autoridad pusilánime y se inclinará servilmente ante una autoridad fuerte. Si la fuerza de una autoridad es intermitente, la masa, siempre obediente a sus propios sentimientos extremos, pasará alternativamente de la anarquía a la servidumbre y de la servidumbre a la anarquía.

Sin embargo, creer en el predominio de instintos revolucionarios en las masas sería malentender por completo su psicología. Es tan sólo su tendencia a la violencia lo que nos engaña en este punto. Sus explosiones de rebeldía y destrucción son siempre muy transitorias. Las masas están demasiado gobernadas por consideraciones inconscientes y, por consiguiente, demasiado sujetas a influencias hereditarias mundanas como para no ser extremadamente conservadoras. Abandonadas a si mismas, muy pronto se cansan del desorden e instintivamente se vuelcan hacia la servidumbre. Fue el más orgulloso y el más intransigente de los jacobinos el que aclamó a Bonaparte con la mayor de las energías cuando éste suprimió toda libertad e hizo sentir severamente su mano de hierro.

Es difícil entender a la Historia, y a las revoluciones populares en particular, si uno no tiene en cuenta suficientemente los instintos profundamente conservadores de las masas. Es cierto que pueden estar deseosas de cambiarle el nombre a las instituciones y, para lograr estos cambios, a veces hasta producen revoluciones extremadamente violentas. Pero la esencia de estas instituciones es demasiado la expresión de las necesidades hereditarias de la raza como para que invariablemente no la respeten. Su incesante movilidad sólo ejerce influencia sobre cuestiones bastante superficiales. De he-

cho poseen instintos conservadores tan indestructibles como los de todos los seres primitivos. Su respeto fetichista por todas las tradiciones es absoluta; su horror inconsciente ante toda novedad capaz de cambiar las condiciones esenciales de su existencia está muy profundamente arraigado. Si las democracias hubiesen tenido el poder que detentan en la actualidad en la época en que se inventaron los complejos dispositivos mecánicos, o la máquina de vapor y los ferrocarriles, la difusión concreta de estos inventos, o bien hubiera sido imposible, o bien hubiera sido lograda al costo de revoluciones y reiteradas masacres. Ha sido afortunado para el progreso de la civilización que el poder de las masas comenzara a producirse sólo una vez que los grandes descubrimientos de la ciencia y de la industria ya habían sido logrados.

5. La moralidad de las masas

Tomando la palabra «moralidad» en su sentido de constante respeto por determinadas convenciones sociales y la represión permanente de impulsos egoístas, se hace bastante evidente que las masas son demasiado impulsivas para ser morales. Sin embargo, si incluimos en el término «moralidad» el despliegue transitorio de ciertas cualidades tales como abnegación, autosacrificio, desinterés, devoción y la necesidad de equidad, podríamos decir que, por el contrario, las masas pueden llegar a exhibir a veces una muy alta moralidad.

Los escasos psicólogos que han estudiado a las masas sólo las han considerado desde el punto de vista de sus actos criminales y, al notar lo frecuentes que son estos actos, han llegado a la conclusión que el nivel moral de las masas es muy bajo.

Indudablemente, con frecuencia éste es el caso, pero ¿por qué? Simplemente porque nuestros instintos salvajes, destructivos, son una herencia adormecida en todos nosotros desde eras primitivas. En la vida del individuo aislado sería peligroso para él gratificar estos instintos, mientras que la absorción dentro una masa irresponsable, en la cual consecuentemente se le asegura la impunidad, le otorga entera libertad para seguirlos. En el curso ordinario de los acontecimientos, al ser incapaces de ejercer estos instintos destructivos sobre nuestro prójimo, nos limitamos a ejercerlos sobre

animales. La pasión tan ampliamente difundida por las cacerías por un lado y los actos de ferocidad de las masas por el otro, proceden de la misma y única fuente. Una masa que lentamente sacrifica a una víctima indefensa demuestra tener una ferocidad muy cobarde; pero para el filósofo esta ferocidad esta muy estrechamente relacionada con la de los cazadores que se amontonan de a docenas por el placer de tomar parte en la persecución y en la matanza de un desgraciado zorro por parte de sus lebreles.

Una masa puede ser culpable de asesinato, incendio, y de cualquier otro tipo de crimen, pero también es capaz de muy elevados actos de devoción, sacrificio y desinterés; de actos mucho más elevados en verdad que aquellos de los cuales es capaz el individuo aislado. Las apelaciones a los sentimientos de gloria, honor y patriotismo son particularmente aptas para influenciar al individuo que forma parte de una masa y muchas veces al extremo de obtener de él el sacrificio de su vida. La Historia es rica en ejemplos análogos a los brindados por los Cruzados y los voluntarios de 1793. Sólo las colectividades son capaces de gran desinterés y de gran devoción. ¡Cuán numerosas son las masas que heroicamente enfrentaron la muerte por creencias, ideas y frases que apenas si entendieron! Las masas que van a la huelga lo hacen mucho más obedeciendo una orden que por obtener un aumento en el magro salario que perciben por su trabajo. El interés personal es muy raramente un motivo poderoso para las masas mientras que es casi el motivo exclusivo para la conducta del individuo aislado. Seguramente no ha sido el interés personal el que ha guiado a las masas a tantas guerras, incomprensibles por regla para su inteligencia —guerras en las que se han dejado masacrar tan fácilmente como la alondra hipnotizada por el espejo del cazador.

Incluso en el caso de malhechores con frecuencia sucede que el sólo hecho de estar en una muchedumbre los imbuye momentáneamente de muy estrictos principios de moralidad. Taine llama la atención sobre el hecho de que los perpetradores de las masacres de Septiembre depositaron sobre las mesas de los comités las billeteras y las joyas halladas sobre sus víctimas y con las cuales fácilmente se hubieran podido quedar. La masa aullante, hormigueante y harapienta que invadió las Tullerías durante la revolución de 1848 no tocó ninguno de los objetos que produjeron su asombro, siendo que uno solo de ellos le habría significado el pan de muchos días.

La moralización del individuo por la masa no es, ciertamente, una regla constante, pero es una regla frecuentemente observada. Se la observa incluso en circunstancias mucho menos graves que las recién citadas. He indicado que en el teatro la masa exige del héroe de la obra virtudes exageradas y es una observación común que una asamblea, aunque esté compuesta de elementos inferiores, se comporta por regla general de un modo muy formal. El desclasado, el mantenido y el rudo con frecuencia prorrumpen en murmullos ante una escena o ante una expresión levemente inconvenientes, aún cuando las mismas sean muy inofensivas en comparación con su conversación habitual.

Si, pues, las masas con frecuencia se abandonan a bajos instintos, también a veces dan el ejemplo de actos de elevada moralidad. Si el desinterés, la resignación, la devoción absoluta a ideas, reales o quiméricas, son virtudes morales, entonces puede decirse que las masas frecuentemente poseen estas virtudes en un grado raramente alcanzado por los más sabios filósofos. Es indudable que las practican inconscientemente, pero esto poco importa. No deberíamos quejarnos de-

masiado de que las masas estén más bien guiadas por consideraciones inconscientes y no dadas al razonamiento. Si en ciertos casos hubieran razonado y consultado sus intereses inmediatos, es posible que no hubiera surgido una civilización sobre nuestro planeta y la humanidad no tendría Historia.

Capítulo III:
Las ideas, el poder de raciocinio y la imaginación de las masas

1. Las ideas de las masas

Ideas fundamentales y accesorias – Como ideas contradictorias pueden existir simultáneamente – La transformación que las ideas elevadas deben sufrir antes de ser accesibles para las masas – La influencia social de las ideas es independiente del grado de verdad que puedan contener.

2. El poder de raciocinio de las masas.

Las masas no son influenciables mediante el razonamiento – El razonamiento de las masas es siempre de un orden muy inferior – Existe solamente una apariencia de analogía o sucesión en las ideas que asocian.

3. La imaginación de las masas

La fuerza de la imaginación de las masas – Las masas piensan en imágenes, y estas imágenes se suceden sin ningún vínculo de conexión – Las masas están especialmente interesadas en lo maravilloso – Las leyendas y lo maravilloso son los verdaderos pilares de la civilización – La imaginación popular ha sido siempre la base del poder de los estadistas – La manera en que los hechos son capaces de impactar en la imaginación de las masas se presentan para ser observadas.

1. Las ideas de las masas

Al estudiar en un trabajo anterior el papel desempeñado por las ideas en la evolución de las naciones, demostramos que toda civilización es el resultado de un pequeño número de ideas fundamentales que rara vez se renuevan. Demostramos como estas ideas son implantadas en la mente de las masas, con qué dificultad se lleva a cabo el proceso, y el poder que esas ideas en cuestión poseen una vez que dicho proceso ha culminado. Finalmente, vimos cómo grandes perturbaciones históricas son, por regla, el resultado de cambios en esas ideas fundamentales.

Habiendo tratado el asunto con suficiente extensión en otra parte, no volveré sobre el mismo ahora sino que me limitaré a decir algunas palabras sobre la cuestión de las ideas tal como éstas son accesibles para las masas y sobre la forma en que ellas las conciben.

Pueden ser divididas en dos clases. En una pondremos ideas accidentales y pasajeras creadas por la influencia del momento: obnubilación por un individuo o por una doctrina, por ejemplo. En la otra clasificaremos las ideas fundamentales a las que el medioambiente, las leyes de la herencia y la opinión pública otorgan una gran estabilidad: ideas como éstas son las creencias religiosas del pasado y las ideas sociales y democráticas de la actualidad.

Estas ideas fundamentales se parecen al volumen de agua de una corriente que lentamente fluye por su cauce; las ideas

transitorias son como pequeñas olas, siempre cambiantes, que agitan su superficie siendo más visibles que el desplazamiento de la corriente misma aún cuando no tengan real importancia.

Al día de hoy las grandes ideas fundamentales, que fueron fundamentales para nuestros padres, se están tambaleando cada vez más. Han perdido toda solidez y, al mismo tiempo, las instituciones edificadas sobre ellos se hallan severamente sacudidas. Cada día se forma una gran cantidad de esas ideas transitorias menores de las cuales acabo de hablar, pero, por todo lo que vemos, muy pocas entre ellas parecen estar dotadas de vitalidad y destinadas a adquirir una influencia preponderante.

Cualesquiera que sean las ideas sugeridas a las masas, las mismas podrán ejercer una influencia efectiva solamente a condición de que asuman una forma muy absoluta, simple y de compromiso nulo. Así, se presentan bajo la forma de imágenes y son accesibles para las masas sólo bajo esta forma. Las ideas semejantes a imágenes no están interconectadas por ningún vínculo lógico de analogía o sucesión y pueden ponerse la una en lugar de la otra como las diapositivas de una linterna mágica que el operador retira de la ranura en la que han estado colocadas una arriba de la otra. Esto explica cómo se puede observar que las ideas más contradictorias se hallen presente en las masas. De acuerdo a las vicisitudes del momento, una masa caerá bajo la influencia de una o varias ideas almacenadas en su entendimiento y, en consecuencia, será capaz de cometer los actos más disímiles. Su completa carencia de espíritu crítico le impedirá percibir estas contradicciones.

El fenómeno no es exclusivo de las masas. También puede ser observado en individuos aislados, y no solamente en se-

res primitivos sino en el caso de todos aquéllos —los fervientes sectarios de una fe religiosa, por ejemplo— quienes por uno u otro lado de su inteligencia son semejantes a seres primitivos. He observado la presencia del fenómeno, con una curiosa extensión, en el caso de hindúes educados, instruidos en nuestras universidades europeas, que se han graduado en ellas. Un cierto número de ideas occidentales se había superpuesto a sus inmodificables y hereditarias ideas fundamentales o sociales. De acuerdo con la ocasión del momento, aparecía uno u otro conjunto de ideas, cada uno con su especial secuela de actos y expresiones, con lo cual el mismo individuo presentaba las más flagrantes contradicciones. Estas contradicciones son más aparentes que reales puesto que solamente las ideas hereditarias tienen suficiente influencia sobre el individuo aislado como para constituirse en motivos de conducta. Sólo cuando, como consecuencia del hibridaje de diferentes razas, una persona queda colocada entre diferentes tendencias hereditarias es que sus actos pueden volverse realmente en un todo contradictorios de un momento a otro. Sería inútil insistir aquí sobre estos fenómenos, si bien su importancia es capital. Soy de la opinión que al menos diez años de viajes y observaciones serían necesarios para llegar a comprenderlos.

Siendo las ideas accesibles para las masas solamente luego de haber tomado una forma muy simple, es frecuente que tengan que sufrir las más profundas transformaciones para volverse populares. Especialmente cuando estamos tratando con ideas filosóficas o científicas algo elevadas es que podemos observar cuán extensas modificaciones se requieren a fin de rebajarlas al nivel de la inteligencia de las masas. Estas modificaciones dependen de la naturaleza de las masas, o de la raza a la cual las masas pertenecen, pero su tendencia es

siempre al empequeñecimiento y en la dirección de una simplificación. Esto explica el hecho de que, desde el punto de vista social, en realidad apenas si hay algo parecido a una jerarquía de ideas —es decir, ideas de una mayor o menor eminencia. No importa cuán grande o cierta haya sido una idea en sus orígenes; será desprovista de todo lo que constituía su grandeza y excelencia por el puro hecho de que haber sido puesta dentro del ámbito intelectual de las masas ejerciendo alguna influencia sobre las mismas.

Más aún, desde el punto de vista social, el valor jerárquico de una idea, su mérito intrínseco, no tiene importancia. La cuestión a considerar es el efecto que produce. Las ideas cristianas de la Edad Media, las ideas democráticas del siglo pasado, o las ideas sociales de hoy, ciertamente no son muy elevadas. Consideradas filosóficamente, sólo pueden ser concebidas como errores un tanto lamentables, y sin embargo su poder ha sido y será inmenso, y figurarán por largo tiempo entre los factores más esenciales que determinan la conducta de los Estados.

Incluso cuando una idea ha atravesado las transformaciones que la hacen accesible para las masas, sólo ejercerá su influencia si, por varios procesos que examinaremos en otra parte, se ha convertido realmente en un sentimiento; algo para lo cual se requiere mucho tiempo.

Porque no debe suponerse que, simplemente por el hecho de que la virtud de una idea haya sido comprobada, la misma puede provocar una acción productiva aún en mentes cultivadas. Este hecho puede ser rápidamente apreciado notando lo leve que resulta la influencia de hasta la demostración más clara sobre la mayoría de los hombres. La evidencia, si es muy palmaria, puede ser aceptada por una persona educada pero el converso rápidamente será traído de regreso a sus

concepciones originales por su ser inconsciente. Véalo de nuevo después de pasados unos pocos días y volverá a esgrimir de nuevo sus viejos argumentos en exactamente los mismos términos. En realidad, está bajo la influencia de ideas anteriores que se han vuelto sentimientos y son solamente esas ideas las que influyen sobre los más recónditos motivos de nuestros actos y expresiones. No puede ser de otro modo en el caso de las masas.

Cuando, por varios procesos, una idea ha terminado por penetrar en la mente de las masas, la misma posee un irresistible poder y produce una serie de efectos a los cuales es inútil oponerse. Las ideas filosóficas que terminaron en la Revolución Francesa tardaron casi un siglo en implantarse en la mente de la masa. Es conocida la fuerza irresistible que tuvieron una vez que echaron raíces. El vuelco de toda una nación hacia la conquista de la igualdad social y la conquista de derechos abstractos y libertades ideales causó el tambalear de todos los tronos produciendo profundos disturbios en el mundo occidental. Durante veinte años las naciones se vieron involucradas en conflictos intestinos y Europa fue testigo de hecatombes que hubieran aterrorizado a Gengis Khan y a Tamerlán. Nunca el mundo ha visto a tal escala lo que puede resultar de la promulgación de una idea.

Se necesita un largo tiempo para que las ideas se establezcan en la mente de las masas, pero por lo menos un tiempo igual de largo es necesario para erradicarlas. Es por esta razón que las masas, en lo concerniente a las ideas, se encuentran siempre varias generaciones por detrás de los filósofos y las personas instruidas. Todos los estadistas son hoy bien conscientes de la mezcla de errores contenida en las ideas fundamentales a las que me he referido poco antes, pero como la influencia de estas ideas aún sigue siendo muy pode-

rosa, se encuentran obligados a gobernar de acuerdo a principios en cuya verdad han cesado de creer.

2. El poder de raciocinio de las masas

No se puede decir absolutamente que las masas no razonan y que no pueden ser influenciadas por razonamientos.

Sin embargo, los argumentos que emplean y los que son capaces de influenciarlas son, desde un punto de vista lógico, de una clase tan inferior que sólo por vía de analogía se las puede describir como razonamientos.

El raciocinio inferior de las masas se basa, al igual que el raciocinio de un orden superior, en la asociación de ideas, pero entre las ideas asociadas por las masas hay sólo vínculos aparentes de analogía o sucesión. El modo de razonar de las masas se parece al del esquimal quien, sabiendo por experiencia que el hielo —un cuerpo transparente— se disuelve en la boca, saca como conclusión que el vidrio —un cuerpo igual de transparente— también debería disolverse en la boca; o al del salvaje que se imagina que comiéndose el corazón de un enemigo valiente adquirirá su valentía; o al del obrero que, habiendo sido explotado por un empleador, inmediatamente concluye que todos los empleadores explotan a sus hombres.

Las características del razonamiento de las masas son, por un lado, la asociación de cosas disímiles que poseen una conexión meramente aparente entre si, y por el otro, la inmediata generalización de casos particulares. Son argumentos de este tipo los que ofrecen a las masas quienes saben como manejarlas. Son los únicos argumentos por medio de los

cuales las masas pueden ser influenciadas. Una cadena de argumentos lógicos es totalmente incomprensible para las masas y es por eso que está permitido decir que no razonan, o que razonan falsamente y no pueden ser influenciadas por medio de razonamientos. Al leer ciertos discursos, a veces uno se asombra de su debilidad siendo que, a pesar de ello, los mismos han tenido una enorme influencia sobre las masas que los han escuchado. Lo que se olvida es que su intención fue la de persuadir colectividades y no la de ser leídos por filósofos. Un orador, en íntimo contacto con la muchedumbre, puede evocar imágenes que la seducirán. Si tiene éxito, su objetivo estará logrado y veinte volúmenes de disertaciones —siempre el resultado de la reflexión— no valen lo que unas pocas frases que apelan a los cerebros que había que convencer.

Sería superfluo agregar que la impotencia de las masas para razonar correctamente les impide manifestar rastro alguno de espíritu crítico, esto es, les impide ser capaces de discernir la verdad del error o formarse un juicio preciso en cualquier materia. Los juicios aceptados por las masas son meramente juicios impuestos sobre ellas y jamás juicios adoptados después de una discusión. En esta materia, los individuos que no sobrepasan el nivel de una masa son numerosos. La facilidad con la que ciertas opiniones obtienen una aceptación general resulta más especialmente de la imposibilidad experimentada por la mayoría de las personas de formarse una opinión íntima y singular basada sobre un razonamiento propio.

3. La imaginación de las masas

Al igual que en el caso de las personas en quienes el poder de raciocinio está ausente, la imaginación figurativa de las masa es muy poderosa, muy activa y muy susceptible de ser vivamente impresionada. Las imágenes evocadas en su mente por un personaje, por un evento, un accidente, son casi tan vívidas como la realidad. Hasta cierto punto las masas están en la posición del durmiente cuya razón, temporalmente suspendida, permite el surgimiento en la mente de imágenes de extrema intensidad que se disiparían rápidamente si estuviesen sometidas a la acción de la reflexión. Las masas, al ser incapaces tanto de la reflexión como del raciocinio, carecen de la noción de improbabilidad; y es de destacar que, en un sentido general, las cosas más improbables son las más notables.

Por esto es que resulta ser siempre el aspecto maravilloso y legendario de los eventos lo que más especialmente impresiona a las masas. Cuando se analiza a una civilización, se observa que, en realidad, sus verdaderos pilares son lo maravilloso y lo legendario. A lo largo de la Historia, las apariencias han desempeñado un papel mucho más importante que la realidad y en la Historia lo irreal posee siempre un ímpetu más grande que lo real.

Al ser solamente capaces de pensar por imágenes, las masas sólo pueden ser impresionadas por imágenes. Son única-

mente imágenes las que las aterrorizan o las atraen volviéndose motivaciones para la acción.

Por esta razón las representaciones teatrales, en las cuales la imagen se muestra en su forma más claramente visible, siempre tienen una enorme influencia sobre las masas. Pan y circos espectaculares constituían para los plebeyos de la antigua Roma el ideal de felicidad y no pedían nada más. A lo largo de las eras posteriores esto apenas si ha variado. Nada tiene un efecto mayor sobre la imaginación de las masas de cualquier categoría que las representaciones teatrales. Toda la audiencia experimenta al mismo tiempo las mismas emociones y si estas emociones no se transforman inmediatamente en acciones es porque hasta el más inconsciente de los espectadores no puede ignorar que está siendo víctima de ilusiones y que ha llorado o reído con aventuras imaginarias. Algunas veces, sin embargo, los sentimientos sugeridos por las imágenes son tan fuertes que tienden, como las sugestiones habituales, a transformarse en acciones. Ha sido frecuentemente narrada la historia del dueño de un teatro popular quien, como consecuencia de montar exclusivamente dramas sombríos, se vio obligado a hacer proteger al actor que hacía el papel de villano a la salida del teatro para defenderlo de la violencia de los espectadores, indignados ante los crímenes que el traidor había cometido, por más que los mismos fuesen imaginarios. En mi opinión aquí tenemos uno de los indicios más notables del estado mental de las masas y especialmente de la facilidad con la que son sugestionadas. Lo irreal tiene casi tanta influencia sobre ellas como lo real. Poseen una manifiesta tendencia a no distinguir entre ambos.

El poder de los conquistadores y la potencia de los Estados están ambos basados sobre la imaginación popular. Las masas son conducidas especialmente trabajando sobre su imagi-

nación. Todos los grandes hechos históricos, el surgimiento del budismo, del cristianismo, del Islam, la Reforma, la Revolución Francesa y, en nuestros tiempos, la amenazante invasión del socialismo son las consecuencias directas o indirectas de fuertes impresiones producidas sobre la imaginación de las masas.

Más aún, todos los grandes estadistas de todos los tiempos y de todos los países, incluyendo los déspotas más absolutos, han considerado a la imaginación popular como la base de su poder y nunca han intentado gobernar oponiéndose a ella. «*Fue convirtiéndome en católico* —dijo Napoleón al Consejo de Estado— *que terminé la guerra de la Vendée. Volviéndome musulmán conseguí poner un pie en Egipto. Haciéndome ultramontano me conquisté a los sacerdotes italianos y si tuviese que gobernar una nación de judíos reconstruiría el templo de Salomón*». Nunca, desde quizás Alejandro y César, un hombre ha comprendido mejor cómo es que se impresiona la imaginación de la masa. Su constante preocupación fue excitarla. La tuvo presente en sus arengas, en sus discursos, en todos sus actos. En su lecho de muerte todavía seguía estando en sus pensamientos.

¿Cómo se ha de impresionar la imaginación de las masas? Pronto lo veremos. Por el momento limitémonos a decir que el desafío no será superado jamás tratando de trabajar sobre la inteligencia o la facultad de raciocinio, es decir, por el camino de la demostración. De ningún modo fue por sutil retórica que Antonio tuvo éxito en hacer que el populacho se levantase contra los asesinos de César. Fue leyéndole su testamento a la multitud y señalando hacia su cadáver.

Cualquier cosa que excita la imaginación de las masas se presenta bajo la forma de una imagen sorprendente y muy clara, libre de toda explicación accesoria, o simplemente te-

niendo por acompañamiento algunos pocos maravillosos o misteriosos hechos: los ejemplos de esto podrían ser una gran victoria, un gran milagro, un gran crimen o una gran esperanza. Las cosas tienen que ser puestas ante la masa como un todo y su génesis jamás debe ser indicada. Cien pequeños crímenes o pequeños accidentes no golpearán la imaginación de las masas en lo más mínimo mientras que un único gran crimen, o un único gran accidente, las impresionará profundamente, aún cuando los resultados sean infinitamente menos desastrosos que los de los cien pequeños accidentes tomados en conjunto. La epidemia de gripe que hace apenas algunos años causó la muerte de cinco mil personas en París solamente impactó escasamente sobre la imaginación popular. La razón de ello fue que esta verdadera hecatombe no se corporizó en ninguna imagen visible, pudiéndosela ver tan sólo por la información estadística suministrada semanalmente. Un accidente que hubiera causado la muerte de solamente quinientas —y no cinco mil— personas, pero en un solo día y en público, constituyendo un evento manifiestamente visible como, por ejemplo, la caída de la Torre Eiffel, hubiera producido, por el contrario, una impresión enorme sobre la imaginación de la muchedumbre. La probable pérdida de un trasatlántico a vapor que, ante la falta de novedades, se supuso hundido en medio del océano impresionó profundamente la imaginación de la masa por toda una semana. Sin embargo, las estadísticas oficiales demuestran que 850 barcos a vela y 203 barcos a vapor se perdieron solamente en 1894. La masa, no obstante, nunca se ocupó de estas pérdidas sucesivas, aún cuando resultaron mucho más importantes en cuanto a pérdida de vidas y de bienes que lo que posiblemente pudo haber sido la pérdida del trasatlántico.

No son los hechos por si mismos los que impactan en la imaginación popular sino la forma en que suceden y en la que son comunicados. Es necesario que por condensación —si es que puedo expresarme de esta forma— produzcan una imagen sorprendente que llene y tome posesión del cerebro. Conocer el arte de impresionar la imaginación de las masas es conocer, simultáneamente, el arte de gobernarlas.

Capítulo IV:
La forma religiosa que toman todas las convicciones de las masas

Qué se entiende por sentimiento religioso – Es independiente de la adoración de una divinidad – Sus características – La fuerza de las convicciones que adoptan una forma religiosa – Varios ejemplos – Los dioses populares nunca desaparecieron – Las nuevas formas bajo las cuales se las revive – Formas religiosas de ateísmo – Importancia de estas nociones desde el punto de vista histórico – La Reforma, San Bartolomé, el Terror y todos los eventos análogos son el resultado de los sentimientos religiosos de las masas y no de la voluntad de individuos aislados.

Hemos visto que las masas no razonan, que aceptan o rechazan ideas como un todo, que no toleran ni discusión ni contradicciones, y que las sugestiones a las que se las somete invaden la totalidad de su entendimiento y tienden inmediatamente a transformarse en acciones. Hemos mostrado cómo, masas adecuadamente influenciadas, están prontas a sacrificarse por los ideales que les han sido inspirados. También hemos visto que sólo tienen sentimientos violentos y extremos, que, en su caso, la simpatía rápidamente se vuelve adoración y que la antipatía, casi tan pronto como es suscitada, se convierte en odio. Estas indicaciones generales ya nos proporcionan un presentimiento de la naturaleza de las convicciones de las masas.

Cuando se examinan estas convicciones, ya sea las de épocas marcadas por una ferviente fe religiosa o por grandes alzamientos políticos como los del siglo pasado, se hace evidente que siempre toman una forma peculiar que no puedo

definir mejor que dándole el nombre de un sentimiento religioso.

Este sentimiento posee características muy simples, tales como el culto a un ser que se supone superior, miedo ante el poder adjudicado a este ser, sumisión ciega a sus órdenes, incapacidad para discutir sus dogmas, el deseo de difundirlos, y la tendencia a considerar enemigos a todos los que no los aceptan. Sea que este sentimiento se aplique a un Dios invisible, o bien a un ídolo de piedra o madera, a un héroe o a una concepción política, siempre que presente las características citadas, será religioso en esencia. Lo sobrenatural y lo milagroso se encontrarán presentes en la misma medida. Las masas siempre adjudican un poder misterioso a la fórmula política o al líder victorioso que momentáneamente ha suscitado su entusiasmo.

Una persona no es religiosa solamente cuando adora a una divinidad sino cuando pone todos los recursos de su mente, la completa sumisión de su voluntad, y el íntegro fanatismo de su alma, al servicio de una causa o de un individuo que se convierte en la meta y en la guía de sus pensamientos y acciones.

Intolerancia y fanatismo son los compañeros necesarios del sentimiento religioso. Inevitablemente serán exhibidos por quienes se creen en posesión del secreto de la felicidad terrena. Es posible hallar estas dos características en todos los hombres agrupados cuando están inspirados por una convicción de cualquier clase. Los jacobinos del reino del Terror eran, en el fondo, tan religiosos como los católicos de la Inquisición y su cruel ardor procedió de la misma fuente.

Las convicciones de las masas toman esas características de ciega sumisión, feroz intolerancia y la necesidad de violenta propaganda que son inherentes al sentimiento religioso

y es por esta razón que puede decirse que todas sus creencias poseen una forma religiosa. El héroe aclamado por una masa es verdaderamente un dios para esa masa. Napoleón fue un dios como ése durante quince años y ninguna divinidad tuvo fieles más ardientes ni envió hombres a la muerte con mayor facilidad. Los Dioses cristianos y paganos nunca ejercieron un imperio más absoluto sobre las mentes que cayeron bajo su influencia.

Todos los fundadores de credos, religiosos o políticos, los instituyeron solamente porque tuvieron éxito en inspirar en las masas esos sentimientos fanáticos que tienen por resultado el que los hombres hallan su felicidad en el culto y en la obediencia, hallándose listos para ofrendar sus vidas por su ídolo. Éste ha sido el caso en todas las épocas. Fustel de Coulanges, en su excelente trabajo sobre la Galia romana, destacó con justa razón que el Imperio Romano de ninguna manera estuvo mantenido por la fuerza sino por la admiración religiosa que inspiraba. «*Sería algo sin parangón en toda la Historia del mundo* —observó con acierto— *que una forma de gobierno popularmente detestada durase cinco siglos... Sería inexplicable que las treinta legiones del Imperio pudiesen forzar a obedecer a cien millones de personas*». La razón de su obediencia fue que el Emperador, quien personificaba la grandeza de Roma, era adorado como una divinidad por consenso público. Había altares en honor al Emperador hasta en los más pequeños poblados de sus dominios. «*De un extremo a otro del Imperio, se vio surgir en aquellos días una nueva religión que tenía por divinidades a los Emperadores mismos. Algunos años antes de la era cristiana, la totalidad de la Galia, representada por sesenta ciudades, construyó en común un templo cerca del pueblo de Lyon en honor a Augusto... Sus sacerdotes, elegidos por las ciudades galas unidas, fueron los*

principales personajes de sus países... Es imposible atribuir todo esto al miedo y al servilismo. Naciones enteras no son serviles, especialmente no por tres siglos. No fueron los cortesanos los que adoraron al príncipe, fue Roma, y no fue solamente Roma, sino Galia, España, Grecia y Asia».

Hoy en día, la mayoría de los grandes hombres que ha capturado la mente de las personas ya no tiene altares, pero tiene estatuas, o sus retratos se encuentran en las manos de sus admiradores, y el culto del cual son objeto no es notoriamente diferente del brindado a sus antecesores. La comprensión de la filosofía de la Historia sólo puede obtenerse a través de la apreciación de este punto fundamental de la psicología de las masas. Una masa exige un dios antes que cualquier otra cosa.

No debe suponerse que éstas son supersticiones de una época pasada, definitivamente desterradas por la razón. El sentimiento nunca se ha rendido en su eterno conflicto con la razón. Las masas ya no querrán escuchar las palabras «divinidad» y «religión» en nombre de las cuales durante tanto tiempo fueron esclavizadas. Pero jamás han poseído tantos fetiches como en los últimos cien años y las antiguas divinidades nunca poseyeron tantas estatuas y altares erigidos en su honor. Quienes en años recientes han estudiado el movimiento popular conocido bajo el nombre de «Boulangismo[9]» han tenido oportunidad de ver con qué facilidad reviven los instintos religiosos de las masas. No hubo una sola fonda en el país que no poseyera un retrato del héroe. Se le adjudicó el poder de remediar todas las injusticias y todos los males, y miles de hombres hubieran dado sus vidas por él. Grande hubiera sido su lugar en la Historia si su carácter hubiese estado al nivel de su legendaria reputación.

En consecuencia, constituye un lugar común inútil afirmar que una religión es necesaria para las masas porque todos los credos, sean políticos, divinos o sociales, solamente arraigan en ellas con la condición de asumir siempre la forma religiosa —una forma que obvia los peligros de la discusión. Si fuese posible inducir a las masas a adoptar el ateísmo, esta creencia exhibiría todo el ardor intolerante de un sentimiento religioso y, en sus formas externas, pronto se convertiría en un culto. La evolución de la pequeña secta de los positivistas nos ofrece una curiosa prueba sobre este punto. A los positivistas les pasó muy rápidamente lo mismo que le sucedió al nihilista cuya historia relata ese profundo pensador que es Dostoiewsky. Iluminado un buen día por la luz de la razón, rompió las imágenes de las divinidades y los santos que adornaban el altar de una capilla, apagó los cirios y, sin perder un minuto de tiempo, reemplazó los objetos destruidos con las obras de filósofos ateos tales como Buchner y Moleschott, después de lo cual muy devotamente volvió a encender los cirios. El objeto de sus creencias religiosas había sido cambiado, pero ¿puede decirse en verdad que cambiaron sus sentimientos religiosos?

Ciertos hechos históricos —y son precisamente los más importantes— lo repito: no pueden ser comprendidos a menos que se haya logrado apreciar la forma religiosa que las convicciones de las masas siempre asumen a la larga. Hay fenómenos sociales que deben ser estudiados por lejos mucho más desde el punto de vista del psicólogo que desde el del naturalista. El gran historiador Taine sólo estudió la Revolución como un naturalista y es por ello que la verdadera génesis de los hechos con frecuencia se le ha escapado. Ha observado los hechos a la perfección, pero al no haber estudiado la psicología de las masas, no siempre ha podido ras-

trear sus causas. Habiéndole impresionado los hechos por su aspecto sanguinario, anárquico y feroz, apenas si ha visto en los héroes del gran drama algo más que una horda de salvajes epilépticos abandonándose a sus instintos sin freno alguno. La violencia de la Revolución, sus masacres, su necesidad de propaganda, sus declaraciones de guerra contra todas las cosas, todo ello sólo puede ser explicado adecuadamente entendiendo que la Revolución fue meramente el establecimiento de un nuevo credo religioso en la mente de las masas. La Reforma, la masacre de San Bartolomé, las guerras de religión francesas, la Inquisición, el reino del Terror, son todos fenómenos de idéntica clase producidos por masas animadas por esos sentimientos religiosos que necesariamente guían a quienes, imbuidos por ellos, extirpan sin piedad, por el fuego y por la espada, a quienquiera que se oponga al establecimiento de la nueva fe. Los métodos de la Inquisición son los de todos aquéllos cuyas convicciones son genuinas y firmes. Sus convicciones no merecerían estos adjetivos si recurriesen a otros métodos.

Alzamientos análogos a los que acabo de citar son sólo posibles cuando es el espíritu de las masas el que los produce. Los déspotas más absolutos no podrían causarlos. Cuando los historiadores nos dicen que la masacre de San Bartolomé fue la obra de un rey, demuestran ser tan ignorantes de la psicología de las masas como de la de los soberanos. Manifestaciones de este orden sólo pueden proceder del espíritu de las masas. El poder más absoluto del monarca más despótico apenas si podrá hacer más que acelerar o retardar el momento de su aparición. La masacre de San Bartolomé, o las guerras religiosas, fueron tan escasamente obra de reyes, como el reino del Terror la obra de Robespierre, Danton o Saint Just. En el fondo de estos eventos siempre se hallará operan-

do el espíritu de las masas y nunca el poder de los poderosos.

LIBRO II:
Las opiniones y creencias de las Masas

Capítulo I:
Factores remotos de la opinión y de las creencias de las masas

Factores preparatorios de las creencias de las masas – El Origen de las creencias de las masas es la consecuencia de un proceso preliminar de elaboración – Estudio de los diferentes factores de estas creencias.

1. Raza

La influencia predominante que ejerce – Represente las sugestiones de los ancestros.

2. Tradiciones

Son la síntesis del espíritu de la raza – La importancia social de las tradiciones – Cómo, después de haber sido necesarias, se vuelven nocivas – Las masas son las mantenedoras más obstinadas de ideas tradicionales.

3. Tiempo

Prepara sucesivamente el establecimiento de las creencias y luego su destrucción. Es a través de la ayuda de este factor que el orden puede surgir del caos.

4. Instituciones políticas y sociales

Ideas erróneas de su parte – Su extremadamente débil influencia – Son efectos y no causas – Las naciones son incapaces de elegir lo que les parecen ser las mejores instituciones – Las instituciones son etiquetas que cubren las cosas más disímiles bajo un mismo título – Cómo las instituciones llegan a ser creadas – Para ciertas naciones algunas instituciones, tales como la centralización obligatoria, son teóricamente malas.

5. Instituciones y educación

Falsedad de las ideas predominantes acerca de la influencia de la instrucción sobre las masas – Indicaciones estadísticas – El efecto desmoralizador del sistema latino de educación – La parte que la instrucción puede desempeñar – Ejemplos suministrados por varios pueblos.

Habiendo estudiado la constitución mental de las masas y habiéndonos familiarizado con sus modos de sentir, pensar y razonar, procederemos ahora a examinar cómo surgen y se establecen sus opiniones y creencias.

Los factores que determinan estas opiniones y creencias son de dos clases: remotos e inmediatos.

Factores remotos son aquellos que vuelven a las masas capaces de adoptar ciertas convicciones y ser absolutamente refractarias a aceptar otras. Estos factores preparan el terreno sobre el cual se verán germinar ciertas ideas cuya fuerza y consecuencias causan asombro, aunque sean espontáneas sólo en apariencia. El estallido y la puesta en práctica de ciertas ideas entre las masas presenta a veces un carácter súbito que sorprende. Pero éste es tan sólo un efecto superficial detrás del cual hay que buscar una acción preliminar y preparatoria de larga duración.

Los factores inmediatos son aquellos que, apareciendo sobre la superficie de este largo trabajo preparatorio y sin el cual permanecerían sin efecto, actúan como el origen de la acción persuasiva que es ejercida sobre las masas; esto es, son los factores por los cuales la idea toma forma y es liberada con todas sus consecuencias. Las resoluciones por las cuales las colectividades son súbitamente arrastradas surgen de estos factores inmediatos; es debido a ellos que estalla un disturbio, o se decide una huelga, o enormes mayorías invisten a un hombre con el poder de derrocar a un gobierno.

La acción sucesiva de estas dos clases de factores puede ser rastreada en todos los grandes hechos históricos. La Revolución Francesa —tanto como para citar sólo uno de los más sobresalientes— tuvo entre sus factores remotos los escritos de los filósofos, las imposiciones de la nobleza, y el progreso del pensamiento científico. La mente de las masas,

preparada de esta manera, fue luego fácilmente despertada por factores inmediatos tales como los discursos de los oradores, y la resistencia del partido monárquico a reformas insignificantes.

Entre los factores remotos hay algunos de naturaleza general que encontramos subyaciendo a todas las creencias y opiniones de las masas. Son la raza, las tradiciones, el tiempo, las instituciones y la educación.

Procederemos, pues, a estudiar la influencia de estos diferentes factores.

1. Raza

Este factor, la raza, debe ser puesto en primer término porque sobrepasa, por lejos, en importancia a todos los demás. Lo hemos estudiado suficientemente en otro trabajo, por lo que no es necesario volver a tratarlo. En un volumen previo mostramos qué es una raza histórica y cómo los caracteres que posee —una vez formados como resultado de las leyes de la herencia— tienen tal poder, que sus creencias, sus instituciones, sus artes —en una palabra: todos los elementos de su civilización— son meramente la expresión manifiesta de su genio. Demostramos cómo el poder de la raza es tal que ningún elemento puede pasar de un pueblo a otro sin sufrir las más profundas transformaciones[10].

El medioambiente, las circunstancias y los eventos representan las sugestiones sociales del momento. Pueden tener una influencia considerable pero la misma es siempre momentánea si resulta contraria a las sugestiones de la raza, es decir: contraria a las que hereda una nación por la serie completa de sus antepasados.

En varios capítulos de este trabajo tendremos ocasión de referirnos nuevamente a esta influencia racial y a mostrar que la misma es tan grande que domina las características peculiares del genio de las masas. De este hecho se concluye que las masas de diferentes países muestran diferencias muy considerables en cuanto a creencias o conductas y no pueden ser influenciadas de la misma manera.

2. Tradiciones

Las tradiciones representan las ideas, las necesidades y los sentimientos del pasado. Son la síntesis de la raza y pesan sobre nosotros con inmensa fuerza.

Las ciencias biológicas se han transformado desde que la embriología ha demostrado la influencia del pasado en la evolución de los seres vivos; y las ciencias históricas no sufrirán un cambio menor cuando esta concepción se vuelva más generalizada. Por el momento, no es suficientemente general y muchos estadistas siguen sin estar más avanzados que los teóricos del siglo pasado quienes creían que una sociedad podía romper con su pasado y ser completamente reconstruida siguiendo los lineamientos sugeridos solamente por la luz de la razón.

Un pueblo es un organismo creado por el pasado y, al igual que cualquier otro organismo, sólo puede ser modificado por lentas acumulaciones hereditarias.

Es la tradición la que guía a los hombres, y más especialmente cuando están en una muchedumbre. Los cambios que se pueden hacer en sus tradiciones con facilidad, sólo afectan, como he repetido varias veces, algunos nombres y algunas formas externas.

No hay que lamentar esta circunstancia. Ni un genio nacional ni una civilización serían posibles sin tradiciones. Consecuentemente, las dos grandes preocupaciones del hombre desde que existe han sido crear una red de tradicio-

nes para después dedicarse a destruirla cuando sus efectos benéficos se han gastado. La civilización es imposible sin tradiciones y el progreso es imposible sin la destrucción de esas tradiciones. La dificultad —y es una dificultad enorme— consiste en hallar el adecuado equilibrio entre estabilidad y variabilidad. Si un pueblo permite que sus costumbres arraiguen demasiado profundamente, ya no podrá cambiar y se vuelve como China, incapaz de mejorar. Las revoluciones violentas, en este caso, son inútiles porque lo que sucederá es que, o bien los eslabones rotos de la cadena volverán a ser unidos y el pasado reanudará su imperio sin cambios, o bien los fragmentos de la cadena permanecerán sueltos y la decadencia pronto seguirá a la anarquía.

Lo ideal para un pueblo, por consiguiente, será preservar las instituciones del pasado, cambiándolas meramente poco a poco. Este ideal es difícil de realizar. En tiempos antiguos los romanos, y en los modernos los ingleses, son casi los únicos que lo han conseguido.

Son precisamente las masas las que se apegan más tenazmente a las ideas tradicionales y se oponen a su cambio con la mayor obstinación. Éste es probablemente el caso de las masas que constituyen castas. Ya he insistido sobre el espíritu conservador de las masas y mostrado que la rebelión más violenta simplemente termina en un cambio de palabras y de términos. A fines del siglo pasado, en presencia de iglesias destruidas, de sacerdotes expulsados del país o guillotinados, podría haberse pensado que las viejas ideas religiosas habían perdido toda su fuerza. Sin embargo, apenas pasaron algunos años y el abolido sistema del culto público tuvo que ser reestablecido en atención a una demanda universal.

El informe del ex-Convencional Fourcroy, citado por Taine, es muy claro sobre este punto.

> Lo que se ve por todas partes respecto del mantenimiento del Domingo y la concurrencia a las iglesias demuestra que la mayoría de los franceses desea volver a sus viejas costumbres y que ya no es oportuno resistir esta tendencia natural... La gran mayoría de los hombres se encuentra en necesidad de tener religión, culto público y sacerdotes. *Es un error cometido por algunos filósofos modernos, por quienes yo mismo he sido confundido*, el creer que la posibilidad de la instrucción sea tan general como para destruir prejuicios religiosos que, para un gran número de personas desdichadas, constituye una fuente de consuelo... A la masa del pueblo, por lo tanto, debe permitírsele tener sus sacerdotes, sus altares y su culto público.

Bloqueadas por un momento, las antiguas tradiciones habían retomado su impulso.

No hay ejemplo que demuestre mejor el poder de la tradición sobre la mente de las masas. Los ídolos más poderosos no moran en templos, ni los déspotas más tiranos en palacios; ambos, tanto los unos como los otros, pueden romperse en un instante. Pero los señores invisibles que reinan en nuestro más íntimo ser están protegidos de todo intento de revuelta y sólo ceden ante el lento desgaste de los siglos.

3. Tiempo

En los problemas sociales, al igual que en los biológicos, el tiempo es uno de los factores más enérgicos. Es el único gran creador y el único gran destructor. Es el tiempo el que ha hecho montañas con granos de arena y elevado la oscura célula de las eras geológicas a la dignidad humana. La acción de los siglos es suficiente para transformar cualquier fenómeno dado. Ha sido observado con acierto que una hormiga, disponiendo del tiempo suficiente, podría hacer desaparecer el Mount Blanc. Un ser que poseyera la fuerza mágica de variar el tiempo a voluntad tendría el poder atribuido por los creyentes a Dios.

Aquí, sin embargo, sólo tendremos que ocuparnos de la influencia del tiempo sobre la génesis de las opiniones de las masas. Desde este punto de vista, su acción sigue siendo inmensa. Dependen de ella fuerzas tales como la raza, que no pueden formarse sin él. Causa el nacimiento, el crecimiento y la muerte de creencias. Es por la acción del tiempo que adquieren su fuerza y es también por su acción que la pierden.

Es especialmente el tiempo el que prepara las opiniones y las creencias de las masas, o por lo menos el suelo en el cual habrán de germinar. Es por esto que ciertas ideas resultan realizables en una época y no en otra. Es el tiempo el que acumula ese inmenso detritus de creencias y pensamientos sobre el cual las ideas de un período dado emergen. No crecen aleatoriamente o por casualidad; las raíces de cada una

de ellas se prolongan hacia un largo pasado. Cuando florecen, es el tiempo el que ha preparado su florecimiento y para llegar a obtener una noción de su génesis siempre es necesario buscar hacia atrás, en el pasado. Son hijas del pasado y madres del futuro, pero completamente esclavas del tiempo.

Consecuentemente, el tiempo es nuestro auténtico amo y es suficiente con dejarlo en libertad de acción para ver como todas las cosas se transforman. En la actualidad nos sentimos muy inseguros respecto de las amenazantes aspiraciones de las masas y las destrucciones y alzamientos que las mismas anuncian. «*Ninguna forma de gobierno* —apunta muy apropiadamente M. Lavisse— *fue fundada en un día. Las organizaciones políticas y sociales son obras que requieren siglos. El sistema feudal existió por siglos en un estado informe, caótico, antes de encontrar sus leyes; la monarquía absoluta también existió durante siglos antes de alcanzar métodos regulares de gobierno, y estos períodos de expectativa fueron extremadamente problemáticos*».

4. Instituciones políticas y sociales

La idea de que las instituciones pueden remediar los defectos de las sociedades, que el progreso nacional es la consecuencia del perfeccionamiento de las instituciones y los gobiernos, y que los cambios sociales pueden conseguirse por decreto —esta idea, es todavía generalmente aceptada. Fue el punto de partida de la Revolución Francesa y las teorías sociales de la actualidad se basan en ella.

Las experiencias más reiteradas han sido incapaces de destruir este grave delirio. Filósofos e historiadores han tratado en vano de probar su absurdidad y no han tenido dificultad alguna en demostrar que las instituciones son el resultado de ideas, sentimientos y costumbres, y que las ideas, los sentimientos y las costumbres no pueden ser cambiadas reformando códigos legislativos. Una nación no elige sus instituciones a voluntad, de la misma manera en que no elige el color de su pelo o de sus ojos. Las instituciones y los gobiernos son el producto de la raza. No son los creadores de una época sino que son creadas por ella. Las personas no son gobernadas de acuerdo a sus caprichos momentáneos sino como su carácter determina que deben ser gobernados. Se requieren siglos para formar un sistema político y hacen falta siglos para cambiarlo. Las instituciones no tienen una virtud intrínseca: en si mismas no son ni buenas ni malas. Las que son buenas en un momento dado para un pueblo dado pueden ser extremadamente dañinas para otra nación.

Más aún, de ninguna manera está en el poder de un pueblo la posibilidad de cambiar realmente sus instituciones. Sin duda, al costo de violentas revoluciones puede llegar a cambiar sus nombres; pero en su esencia permanecerán inmodificadas. Los nombres son meras etiquetas triviales con las cuales un historiador que va al fondo de las cosas apenas si debe ocuparse. Es de esta forma, por ejemplo, que Inglaterra, el país más democrático del mundo, vive a pesar de todo en un régimen monárquico mientras que los países en los que impera el despotismo más opresivo son las repúblicas hispanoamericanas, a pesar de sus constituciones republicanas[11]. Los destinos de los pueblos están determinados por su carácter y no por sus gobiernos. He intentado establecer este criterio en una de mis anteriores obras, ofreciendo ejemplos categóricos.

Perder el tiempo con constituciones prefabricadas es, en consecuencia, una tarea pueril; es el esfuerzo inútil de un retórico ignorante. La necesidad y el tiempo se encargan de elaborar constituciones si somos lo suficientemente sabios como para permitir que estos dos factores actúen. Éste es el plan que han adoptado los anglosajones, como nos lo enseña su gran historiador, Macaulay, en un pasaje que todos los políticos de países latinos deberían aprender de memoria. Después de exponer todo el bien que puede ser logrado por leyes que, desde el punto de vista de la razón pura, parecen ser un caos de absurdidades y contradicciones, este autor compara la totalidad de las constituciones que fueron sacudidas por las convulsiones de los pueblos latinos con la de Inglaterra y señala que esta última sólo ha cambiado muy lentamente, parte por parte, bajo la influencia de necesidades inmediatas y nunca debido a razonamientos especulativos.

> El pensar nada en simetrías y mucho en conveniencias; no remover nunca una anomalía solamente porque es una anomalía; no innovar nun-

ca excepto cuando aparece una injusticia; no innovar nunca excepto en la extensión necesaria para deshacerse de la injusticia; no presentar nunca un proyecto de envergadura mayor al del caso particular que es necesario tratar; éstas son las reglas que han guiado las deliberaciones en nuestros doscientos cincuenta parlamentos, desde las épocas de Juan hasta la era de Victoria.

Sería necesario tomar una por una las leyes y las instituciones de cada pueblo para exponer hasta qué punto son la expresión de las necesidades de cada raza siendo que, por ese motivo, resulta imposible transformarlas violentamente. Es posible, por ejemplo, enredarse en disertaciones filosóficas sobre las ventajas y desventajas de la centralización; pero cuando vemos a un pueblo compuesto por razas muy diferentes dedicar mil años a esfuerzos tendientes a lograr esta centralización; cuando observamos que una gran revolución, que ha tenido por objetivo la destrucción de todas las instituciones del pasado, ha sido forzada a respetar esta centralización y que incluso la ha fortalecido; bajo estas circunstancias deberíamos admitir que constituye el resultado de necesidades imperiosas, que es una condición para la existencia de la nación en cuestión, y que deberíamos sentir lástima por el pobre alcance mental de los políticos que hablan de destruirla. Si por alguna casualidad tuviesen éxito en su intento, éste éxito sería inmediatamente la señal para una terrible guerra civil[12] la cual, incluso, volvería inmediatamente a restaurar un nuevo sistema de centralización aún más opresivo que el antiguo.

La conclusión a extraer de lo que precede es que no debe buscarse en las instituciones el medio para influenciar profundamente el genio de las masas. Cuando vemos a ciertos países, como los Estados Unidos, alcanzar un alto grado de prosperidad bajo instituciones democráticas mientras que otros, como las repúblicas hispanoamericanas, se encuentran existiendo en un lamentable estado de anarquía bajo institu-

ciones absolutamente similares, deberíamos admitir que estas instituciones son tan extrañas a la grandeza de las primeras como a la decadencia de las otras. Las personas son gobernadas por su carácter y todas las instituciones que no estén íntimamente modeladas sobre este carácter representan meramente una vestimenta prestada, un disfraz transitorio. No hay duda de que se han producido, y se seguirán produciendo, guerras sanguinarias y violentas revoluciones para imponer instituciones a las cuales se les atribuye —como a las reliquias de los santos— el poder sobrenatural de crear el bienestar. Se puede decir, entonces, que las instituciones accionan sobre la mente de la masa en la medida en que engendran estos levantamientos. Pero, en realidad, no son las instituciones las que accionan de esta manera desde que sabemos que, triunfantes o derrotadas, no posen virtud alguna por si mismas. Son sus ilusiones y sus palabras las que han influenciado la mente de la masa, y especialmente las palabras —palabras que son tan poderosas como quiméricas y cuyo sorprendente ímpetu pronto demostraremos.

5. Instrucción y educación

En un lugar destacado entre las ideas predominantes de la época presente se encuentra la noción de que la instrucción es capaz de cambiar a los hombres de forma considerable y tiene por infalible consecuencia el mejorarlos y hasta el de hacerlos iguales. Por el simple hecho de ser constantemente repetida, esta afirmación ha terminado por convertirse en uno de los más firmes dogmas democráticos. Hoy sería tan difícil atacarlo como otrora lo hubiera sido el atacar los dogmas de la Iglesia.

Sin embargo, sobre este punto, al igual que en muchos otros casos, las ideas democráticas se encuentran en profundo desacuerdo con los resultados de la psicología y la experiencia. Muchos eminentes filósofos, Herbert Spencer entre ellos, no tienen ninguna dificultad en demostrar que la instrucción ni hace a los hombres más morales ni tampoco más felices; que no cambia ni sus instintos ni sus pasiones hereditarias y que a veces —y para que esto suceda sólo necesita estar mal dirigida— resulta más perniciosa que útil. Las estadísticas han confirmado este criterio al mostrarnos que la criminalidad aumenta con la generalización de la instrucción, o bien y en todo caso, con cierto tipo de instrucción, y que los peores enemigos de la sociedad, los anarquistas, se reclutan entre los abanderados de los colegios; mientras que en un reciente trabajo, un distinguido magistrado como M. Adolphe Guillot, ha hecho la observación que actualmente

hay 3000 criminales educados por cada 1000 iletrados y que en cincuenta años el porcentaje de criminales en la población subió de 227 a 552 por cada 100 000 habitantes, lo cual constituye un aumento del 133 por ciento. Junto con sus colegas, también ha notado que la criminalidad aumenta particularmente entre las personas jóvenes para quienes, como es sabido, la escolaridad gratuita y obligatoria ha reemplazado —en Francia— el aprendizaje de oficios.

Seguramente no es que —y nadie ha mantenido jamás esta proposición— una instrucción bien dirigida no pueda brindar resultados prácticos muy útiles, si bien no en el sentido de elevar el nivel moral, por lo menos en el de desarrollar una capacidad profesional. Desafortunadamente los pueblos latinos, especialmente durante los últimos veinticinco años, han basado sus sistemas de instrucción sobre principios muy equivocados y, a pesar de las observaciones de las mentes más eminentes tales como Breal, Fustel de Coulanges, Taine y muchos otros, persisten en sus lamentables errores. Yo mismo, en un trabajo publicado hace algún tiempo, demostré que el sistema de educación francés transforma a la mayoría de los que han pasado por él en enemigos de la sociedad y recluta numerosos discípulos para las peores formas de socialismo.

El principal peligro de este sistema de educación —muy apropiadamente calificado como latino— consiste en el hecho de que está basado sobre el error psicológico fundamental de que la inteligencia se desarrolla mediante la memorización de libros de texto. Adoptando este punto de vista, se ha hecho el intento de forzar el conocimiento de la mayor cantidad posible de libros de texto. Desde la escuela primaria, hasta que abandona la universidad, un joven no hace más que almacenar libros en su memoria sin que alguna vez

su juicio o su iniciativa personal entren en juego. Para él, la educación consiste en recitar de memoria y en obedecer.

> Aprender lecciones. Sabiendo de memoria una gramática o un compendio, repitiendo bien e imitando bien —escribe un exministro Público de Educación, M. Jules Simon— es una forma ridícula de educación en la cual cada esfuerzo es un acto de fe que admite tácitamente la infalibilidad del maestro y cuyos resultados son un menoscabo de nosotros mismos volviéndonos impotentes.

Si esta educación fuese meramente inútil, uno podría limitarse a expresar su compasión por los desgraciados niños que, en lugar de cursar estudios útiles en la escuela primaria, resultan instruidos en la genealogía de los hijos de Clotaire, los conflictos entre Neustria y Austrasia, o las clasificaciones zoológicas. Pero el sistema presenta un peligro por lejos mayor. Les otorga a quienes han sido sometidos a él un violento desagrado por la clase de vida en la que nacieron y un intenso deseo de escapar de ella. El trabajador ya no desea seguir siendo trabajador, ni el campesino continuar siendo campesino, mientras los más humildes miembros de la clase media no admiten ninguna carrera posible para sus hijos excepto la de funcionarios pagados por el Estado. En lugar de preparar hombres para la vida, las escuelas francesas solamente los preparan para ocupar funciones públicas en las cuales el éxito puede ser obtenido sin ninguna necesidad de autodirección o la más mínima chispa de iniciativa personal. En el fondo de la escala social, el sistema crea un ejércitos de proletarios descontentos con su suerte y siempre listos para la revuelta mientras que en la cúspide instituye una burguesía frívola, escéptica y crédula al mismo tiempo, que tiene una supersticiosa confianza en el Estado al cual considera como una especie de Divina Providencia pero sin olvidarse de exhibir hacia ella una incesante hostilidad, siempre poniendo las faltas propias ante la puerta del gobierno, e incapaz de la más mínima empresa sin la intervención de las autoridades.

El Estado que, a la par de los libros de texto, fabrica a todos estos portadores de diplomas, sólo puede utilizar una pequeña parte de ellos, y está forzado a dejar a los demás sin empleo. Por consiguiente, está obligado a resignarse a alimentar a los primeros y a tener a los otros como enemigos. Desde la cúspide hasta la base de la pirámide social, desde el empleado más humilde hasta el profesor y el prefecto, esta inmensa masa esgrimiendo diplomas pone sitio a las profesiones. Mientras un hombre de negocios tiene la mayor de las dificultades en encontrar un agente que lo represente en las colonias, miles de candidatos solicitan los más modestos puestos oficiales. Tan sólo en el departamento de Seine hay 20 000 maestros y maestras sin empleo; todas personas que, despreciando los campos y los talleres, miran hacia el Estado para ganarse la vida. Al ser restringido el número de elegidos, el de los descontentos es forzosamente inmenso. Los últimos están listos para cualquier revolución, quienesquiera que sean sus jefes y sean cuales fueren sus objetivos. La adquisición de un conocimiento que no consigue ser empleado es el método seguro de empujar a una persona hacia la revuelta[13].

Evidentemente es demasiado tarde para volver sobre nuestros pasos. Solamente la experiencia, esa suprema educadora de los pueblos, se encargará de mostrarnos nuestro error. Sólo ella será lo suficientemente poderosa como para demostrar la necesidad de reemplazar nuestros odiosos libros de texto y nuestros lamentables exámenes por una instrucción industrial capaz de inducir a nuestros jóvenes a volver a los campos, a los talleres, y a la empresa colonial que hoy rehuyen a toda costa.

La instrucción profesional que todas las mentes ilustradas están hoy demandando fue la instrucción recibida en el pa-

sado por nuestros ancestros. Sigue vigente en la actualidad en las naciones que gobiernan al mundo por su fuerza de voluntad, su iniciativa y su espíritu de empresa. En una serie de notables páginas cuyos pasajes principales reproduciré más adelante, un gran pensador. M. Taine, ha expuesto claramente que nuestro anterior sistema de educación fue aproximadamente el que está de moda hoy en día en Inglaterra y en América, y haciendo un notable paralelo entre el sistema latino y el anglosajón, ha destacado claramente las consecuencias de ambos métodos.

Uno podría consentir, quizás forzadamente, en continuar aceptando todas las desventajas de nuestra educación clásica —aún a pesar de que no produce más que personas descontentas y hombres no aptos para sus puestos en la vida— si la adquisición superficial de tanto conocimiento, la pulcra repetición de memoria de tantos libros de texto, elevara el nivel de inteligencia. Pero ¿realmente eleva este nivel? ¡He aquí que no! Las condiciones para triunfar en la vida son la posesión de un juicio certero, experiencia, iniciativa y carácter —todas cualidades que no otorgan los libros. Los libros son diccionarios a los cuales es útil consultar pero de los cuales es perfectamente inútil guardar grandes porciones en el cerebro.

¿Cómo es posible para la instrucción profesional desarrollar la inteligencia en una medida bastante superior al alcance de la instrucción clásica? Esto ha sido muy bien expuesto por M. Taine.

> Las ideas —dice— se forman solamente en su entorno natural y normal; la promoción del crecimiento se efectúa por las innumerables impresiones que solicitan los sentidos que el joven recibe diariamente en el taller, en la mina, en los tribunales, en el estudio, en la obra en construcción; a la vista de las herramientas, los materiales y las operaciones; en la presencia de clientes, trabajadores y labor, del trabajo bien o mal hecho, costoso o lu-

crativo. De este modo se obtienen esas sutiles percepciones del ojo, los oídos, las manos y hasta el sentido del olfato que, adquiridas involuntariamente y elaboradas en silencio, toman forma dentro del que aprende y le sugieren tarde o temprano ésta o aquella nueva combinación, simplificación, economía, mejora o invento. El joven francés está privado, precisamente a una edad en la que serían más fructíferos, de todos estos preciosos contactos, de todos estos indispensables elementos de asimilación.

Durante siete u ocho años interminables, se lo encierra en una escuela y se lo segrega de esa experiencia personal directa que le daría una clara y exacta noción de las personas y de las cosas, y de las múltiples maneras de manejarlas.

[...] Por lo menos nueve de cada diez han perdido su tiempo y sus esfuerzos durante varios de los años de sus vidas —años importantes, incluso decisivos. Entre ellos hay que contar, en primer lugar, la mitad o las dos terceras partes de quienes se presentan a los exámenes —y me refiero a los que son rechazados—; y después, entre quienes tienen éxito en obtener una graduación, un certificado o un diploma, todavía queda una mitad o dos tercios —y me refiero a los que son explotados. Se les ha exigido demasiado al requerirles que en un día determinado, sobre una silla o delante de un pizarrón, sean por dos horas consecutivas y respecto de un grupo de ciencias, repertorios vivientes de todo el saber humano. De hecho, fueron eso, o casi, por cerca de dos horas ese día en particular; pero un mes más tarde ya no lo serán. Ya no pasarían otra vez el examen. Sus adquisiciones, demasiado numerosas y demasiado pesadas, constantemente se escapan de sus cerebros y no resultan reemplazadas. Su vigor mental ha declinado, su fértil capacidad para crecer se ha secado, aparece el hombre plenamente desarrollado y con frecuencia es un hombre gastado. Asentado, casado, resignado a andar en círculos, e indefinidamente en el mismo círculo, se encierra en la limitada función con la que cumple adecuadamente; pero nada más. El balance final es que, con seguridad, los ingresos no justificarán los gastos. En Inglaterra o en América dónde, como en Francia antes de 1789, se adoptó el procedimiento contrario, el balance es equilibrado o superior.

El ilustre psicólogo nos muestra a continuación la diferencia entre nuestro sistema y el de los anglosajones. Éstos no poseen nuestras innumerables escuelas especiales. Entre ellos la instrucción no está basada en el aprendizaje de libros sino en lecciones sobre objetos. El ingeniero, por ejemplo, se entrena en un taller y nunca en una escuela; un método que permite a cada individuo alcanzar el nivel que le permite su

inteligencia. Se convierte en trabajador o en capataz si no puede seguir adelante, en ingeniero si sus aptitudes lo llevan tan lejos. Esta forma de proceder es mucho más democrática y de un beneficio mucho mayor para la sociedad que el hacer que toda la carrera de un individuo dependa de un examen que dura un par de horas, rendido a la edad de diecinueve o veinte años.

> En el hospital, la mina, la fábrica, la oficina del arquitecto o del abogado, el estudiante, que comienza muy joven, transita su aprendizaje paso a paso, de la misma manera en que lo hace un jurista o un artista en su estudio. En forma previa, antes de hacer un comienzo práctico, ha tenido la oportunidad de hacer algún curso resumido de instrucción tanto como para disponer de una estructura preparada para almacenar las observaciones que pronto hará. Más allá de eso y por regla general, podrá beneficiarse de una variedad de cursos técnicos que puede seguir en sus horas libres de manera de coordinarlos, paso a paso, con la experiencia diaria que está juntando. Bajo un sistema así, las capacidades prácticas aumentan y se desarrollan en la exacta proporción de las facultades del estudiante y en la dirección requerida por su futura tarea y por el trabajo en especial para el cual desea estar preparado de allí en más. De esta manera, en Inglaterra o en los Estados Unidos un hombre joven pronto llega a una posición en la que puede desarrollar su capacidad al máximo. A los veinticinco años de edad, y mucho antes si el material y las partes están allí, ya no es simplemente un ejecutor útil sino que es capaz, también, de iniciativas espontáneas; no es solamente la parte de una máquina sino también su motor. En Francia, dónde impera el sistema contrario —en Francia que con cada generación se está pareciendo cada vez más a China— la suma total de las fuerzas perdidas es enorme.

El gran filósofo llega a la siguiente conclusión respecto de la creciente incongruencia entre nuestro sistema latino de educación y los requerimientos de la vida práctica:

> En las tres etapas de la instrucción que comprenden la niñez, la adolescencia y la juventud, la preparación teórica y pedagógica por medio de libros en los bancos de la escuela se ha prolongado y se ha sobrecargado en vista del examen final, la graduación, el diploma y el certificado, y solamente en vista de ello, y por los peores métodos, por la aplicación de un régimen antinatural y antisocial, por la postergación excesiva del aprendizaje práctico, por nuestro sistema de colegios pupilos, por entrenamiento artificial y amontonamiento mecánico, por sobrecarga de trabajo, sin

> pensar en el tiempo que habrá de seguir, sin pensar en la edad adulta y en las funciones del hombre, sin consideraciones por el mundo real al cual el joven pronto será arrojado, por la sociedad en la que nos movemos y a la cual deberá adaptarse o resignarse a ella de antemano, por la lucha en la que se halla envuelta la humanidad y en la cual, para defenderse y mantenerse de pié, tiene que haber sido previamente equipado, armado, entrenado y endurecido. Este equipamiento indispensable, esta adquisición de mayor importancia que cualquier otra, este fuerte sentido común, fibra y fuerza de voluntad, es lo que nuestras escuelas no le ofrecen al joven francés. Por el contrario, lejos de calificarlo para su futuro y definitivo estado, lo descalifican. En consecuencia, su entrada al mundo y sus primeros pasos en el campo de la acción son muy frecuentemente una sucesión de penosas caídas cuyo efecto es que permanece herido y lastimado por mucho tiempo, a veces inhabilitado de por vida. La prueba es severa y peligrosa. En su transcurso, el equilibrio mental y moral se ve afectado y corre el riesgo no ser restablecido. Una desilusión demasiado súbita y demasiado completa ha sobrevenido. Las decepciones han sido demasiado grandes, las desilusiones demasiado intensas[14].

Una comparación útil puede hacerse entre las páginas de Taine y las observaciones sobre la educación americana recientemente hechas por M. Paul Bourget en su excelente libro, *Outre-mer*. Él también, después de haber observado que nuestra educación meramente produce burgueses de mente estrecha carentes de iniciativa y fuerza de voluntad, o bien anarquistas —«*esos igualmente dañinos tipos de hombre civilizado que degeneran ya sea en banalidad impotente o en destructividad demencial*»— él también, decía, establece una comparación, que no puede ser objeto de mucha controversia, entre nuestros liceos franceses (escuelas públicas), esas fábricas de degeneración, y las escuelas americanas que preparan admirablemente a un hombre para la vida. La brecha existente entre naciones verdaderamente democráticas y aquellas que tienen la democracia en sus discursos pero de ningún modo en sus pensamientos, surge claramente en esta comparación.

Con lo que precede ¿nos hemos desviado de la psicología de las masas? Seguramente no. Si deseamos comprender las

ideas y las creencias que están germinando en las masas de la actualidad y que surgirán mañana, es necesario saber cómo ha sido preparado el terreno. La instrucción dada a la juventud de un país permite conocer lo que ese país será algún día. La educación conferida a la generación actual justifica las previsiones más pesimistas. Es parcialmente por la instrucción y la educación que la mente de las masas resulta mejorada o deteriorada. En consecuencia, era necesario mostrar cómo esta mente ha sido modelada por el sistema de moda y cómo la masa de los indiferentes y los neutrales se ha convertido progresivamente en un ejército de los descontentos, listos a obedecer todas las sugestiones de los utopistas y los retóricos. Es en las aulas que los socialistas y los anarquistas pueden ser hallados hoy en día, es allí en dónde se está pavimentando el camino del período de decadencia que se aproxima para los pueblos latinos.

Capítulo II:
Los factores inmediatos de la opinión de las masas

1. Imágenes, palabras y fórmulas

El poder mágico de palabras y fórmulas – El poder de las palabras ligadas a las imágenes que evocan, independientemente de su verdadero significado – Estas imágenes varían de época en época y de raza en raza – El uso y abuso de las palabras – Ejemplos de las considerables variaciones en el sentido de palabras usualmente empleadas – La utilidad política de bautizar cosas viejas con nombres nuevos cuando las palabras que las designaban causan una impresión desfavorable sobre las masas – Variaciones del sentido de las palabras como consecuencia de diferencias raciales – Los diferentes significados de la palabra «democracia» en Europa y en América.

2. Ilusiones

Su importancia – Se las halla en la raíz de todas las civilizaciones – La necesidad social de las ilusiones – Las masas siempre las prefieren antes que a las verdades.

3. Experiencia

Solamente la experiencia puede fijar en la mente de las masas las verdades que se han vuelto necesarias y destruir las ilusiones que se han hecho peligrosas – La experiencia sólo es efectiva bajo la condición de que sea frecuentemente repetida – El costo del requisito de la experiencia para persuadir a las masas.

4. Razón

La nulidad de su influencia sobre las masas – Las masas sólo pueden ser influenciadas por sus sentimientos inconscientes – El papel de la lógica en la Historia – Las causas secretas de los eventos improbables.

Acabamos de investigar los factores remotos y preparatorios que le otorgan a la mente de las masas una receptividad

especial, haciendo posible en ella el crecimiento de ciertos sentimientos y de ciertas ideas. Ahora nos resta estudiar los factores capaces de actuar de manera directa. En el siguiente capítulo veremos cómo estos factores deberían ponerse en vigor a fin de que produzcan sus plenos efectos.

En la primer parte de este trabajo estudiamos los sentimientos, las ideas y los métodos de razonamiento de los cuerpos colectivos, y del conocimiento así adquirido evidentemente sería posible deducir de un modo general los medios para conseguir impresionar sus mentes. Ya sabemos qué es lo que impacta en la imaginación de las masas y nos hemos familiarizado con el poder y la contagiosidad de las sugestiones y, de ellas, especialmente las que son presentadas bajo la forma de imágenes. Sin embargo, puesto que las sugestiones pueden proceder de muy diversas fuentes, los factores capaces de actuar sobre las mentes de las masas pueden diferir considerablemente. Es necesario, pues, estudiarlas por separado. No es un estudio innecesario. Las masas son, en cierto modo, como la esfinge de la antigua fábula: es necesario, o bien llegar a una solución de los problemas presentados por su psicología, o bien resignarnos a ser devorados por ellas.

1. Imágenes, palabras y fórmulas

Al estudiar la imaginación de las masas hemos visto que la misma está particularmente abierta a las impresiones producidas por las imágenes. Estas imágenes no siempre están a mano, pero es posible evocarlas mediante el juicioso empleo de palabras y fórmulas. Utilizadas con arte, las mismas poseen en sobria verdad aquél misterioso poder otrora atribuido a ellas por los adeptos de la magia. En la mente de las masas ocasionan el nacimiento de las tempestades más formidables a las que, a su vez, también son capaces de calmar. Se podría levantar una pirámide de lejos más alta que la de Cheops con los huesos de los hombres que han sido víctimas del poder de las palabras y las fórmulas.

El poder de las palabras está relacionado con las imágenes que evocan, y es bastante independiente de su real significado. Las palabras cuyo sentido está peor definido son a veces las que poseen la mayor influencia. Tales son, por ejemplo, los términos democracia, socialismo, igualdad, libertad etc. cuyo significado es tan vago que gruesos volúmenes no alcanzan para establecerlo con precisión. Aún así, es cierto que un poder verdaderamente mágico está adosado a esas cortas sílabas, como si contuvieran la solución a todos los problemas. Sintetizan las aspiraciones inconscientes más diversas y la esperanza de su realización.

La razón y los argumentos son incapaces de combatir ciertas palabras y fórmulas. Se las pronuncia con solemnidad en

presencia de las masas y, ni bien han sido pronunciadas, una expresión de respeto se hace visible en cada rostro y todas las cabezas se inclinan. Por muchos resultan consideradas como fuerzas naturales, como poderes sobrenaturales. Evocan imágenes grandiosas y vagas en la mente de las personas pero la misma vaguedad que las envuelve en la oscuridad aumenta su misterioso poder. Son las misteriosas divinidades ocultas detrás del tabernáculo al cual los devotos sólo se aproximan con miedo y temblando.

Las imágenes evocadas por las palabras, al ser independientes de su sentido, varían de época en época y de pueblo en pueblo mientras que las fórmulas se mantienen idénticas. Ciertas imágenes transitorias se relacionan con ciertas palabras: la palabra actúa meramente como si fuese el pulsador de un timbre eléctrico que las evoca.

No todas las palabras y todas las fórmulas poseen el poder de evocar imágenes, mientras que hay otras que alguna vez tuvieron este poder, pero lo han perdido en el transcurso del uso y han dejado de despertar alguna respuesta en la mente. Se convierten en vanos sonidos cuya utilidad principal es relevar a la persona que los emplea de la obligación de pensar. Armados de una pequeña cantidad de fórmulas y de lugares comunes aprendidos mientras fuimos jóvenes, poseemos todo lo que se necesita para desplazarnos por la vida sin la cansadora necesidad de tener que reflexionar sobre algo en absoluto.

Si se estudia cualquier idioma en particular, se observa que las palabras que lo componen varían en forma relativamente lenta durante el transcurso de las épocas mientras que las imágenes que estas palabras evocan, o los significados adosados a las palabras, cambian incesantemente. Ésta es la razón por la cual, en otro trabajo, llegué a la conclusión que

la traducción absoluta de un idioma, especialmente el de una lengua muerta, es totalmente imposible. ¿Qué hacemos en realidad, cuando sustituimos una expresión del latín, el griego o el sánscrito por una palabra francesa, o incluso cuando tratamos de comprender un libro escrito en nuestro propio idioma hace dos o tres siglos? Simplemente ponemos las imágenes y las ideas con las cuales la vida moderna ha dotado a nuestra inteligencia en el lugar de nociones e imágenes absolutamente distintas que la vida antigua creó en la mente de razas expuestas a condiciones de existencia que no tienen ninguna analogía con las nuestras. Cuando los hombres de la Revolución se imaginaron que estaba copiando a los griegos y a los romanos, ¿qué estaban haciendo si no dándole a antiguas palabras un sentido que las mismas nunca tuvieron? ¿Qué semejanza puede existir entre las instituciones de los griegos y aquellas designadas en la actualidad por las mismas palabras? Una república de aquella época era una institución esencialmente aristocrática, formada por una reunión de pequeños déspotas que gobernaban sobre una masa de esclavos mantenidos en la más absoluta servidumbre. Estas aristocracias comunales, basadas en la esclavitud, no hubieran podido existir ni por un momento sin ella.

Y la palabra «libertad», de nuevo, ¿qué significado pudo haber tenido en forma alguna similar al que le atribuimos hoy en día, durante un período en el cual la posibilidad de la libertad de pensamiento no era siquiera sospechada y no había crimen mayor ni más excepcional que el de discutir a los diosas, las leyes y las costumbres de la ciudad? ¿Qué significaba una palabra como «patria» para un ateniense o para un espartano, a menos que fuese el culto de Atenas o Esparta, y de ninguna manera el de Grecia, compuesta por ciudades rivales, siempre en guerra las unas contra las otras? ¿Qué sig-

nificado tuvo la misma palabra «patria» entre los antiguos galos, divididos en tribus y razas rivales, poseyendo diferentes lenguajes y religiones, y que fueron tan fácilmente conquistados por César porque éste siempre encontró aliados entre ellos? Fue Roma la que hizo un país de la Galia otorgándole una unidad política y religiosa. Sin ir tan lejos, apenas hace dos siglos, ¿se puede creer que esta misma noción de patria fue concebida con el mismo significado que el que hoy tiene por príncipes franceses como el gran Conde, que se aliaban con el extranjero en contra de su soberano? Y de nuevo otra vez, la misma palabra ¿no tuvo acaso un sentido muy diferente al moderno para los emigrantes realistas franceses quienes pensaron que obedecían las leyes del honor al luchar contra Francia siendo que, desde su punto de vista, realmente las obedecieron porque la ley feudal obligaba al vasallo con su señor y no con la tierra, de modo tal que allí en dónde se hallaba el soberano, allí estaba la verdadera patria?

Son numerosas las palabras cuyo significado ha cambiado profundamente de época en época —palabras que sólo podemos llegar a comprender en el sentido en que antes fueron entendidas luego de un largo esfuerzo. Con razón se ha dicho que es necesario mucho estudio tan sólo para llegar a comprender lo que significaron para nuestros abuelos palabras tales como «rey» y la «familia real». ¿Cuál podría, entonces, ser el caso con términos aún mucho más complejos?

Las palabras, pues, tienen sólo significados móviles y transitorios que cambian de época en época y de pueblo en pueblo; y cuando por su intermedio deseamos ejercer una influencia sobre la masa, el requisito es conocer el sentido que esa masa les da en un determinado momento, y no el signifi-

cado que tuvieron antes o que pueden seguir teniendo para individuos de una constitución mental diferente.

Así, cuando las masas, como consecuencia de alzamientos políticos o cambios de creencia, han llegado a adquirir una profunda antipatía hacia las imágenes suscitadas por ciertas palabras, el primer deber del verdadero estadista es cambiar las palabras sin, por supuesto, meter mano en las cosas mismas ya que estas últimas se hallan demasiado íntimamente unidas a la constitución heredada como para ser transformadas. Hace mucho tiempo, el sensato Tocqueville observó que la obra del consulado y del imperio consistió más particularmente en revestir con nuevas palabras la mayor parte de las antiguas instituciones —esto es: en reemplazar palabras que evocaban imágenes desagradables en la imaginación de la masa por otras palabras cuya novedad impedía tales evocaciones. La *taille* o *tallage* se convirtió en un «impuesto sobre la tierra»; la «gabela» en el impuesto sobre la sal; los «subsidios» se hicieron contribuciones indirectas y deberes consolidados; el impuesto sobre las compañías comerciales y los gremios pasó a llamarse «licencias», etc.

Una de las funciones más esenciales de los estadistas consiste, así, en bautizar con palabras populares o, en todo caso, indiferentes, las cosas que la masa no puede soportar bajo sus antiguos nombres. El poder de las palabras es tan grande que es suficiente designar con términos bien elegidos las cosas más odiosas para hacerlas aceptables a las masas. Taine observa con razón que fue invocando la libertad y la fraternidad —palabras muy populares en su época— que los jacobinos fueron capaces de «*instalar un despotismo digno de Dahomey, un tribunal similar al de la Inquisición y producir una hecatombe humana similar a las del antiguo México*». El arte de los que gobiernan, al igual que en el caso del arte de

los abogados, consiste sobre todo en la ciencia del empleo de las palabras. Una de las mayores dificultades de este arte es que, en una y la misma sociedad, los mismos términos muy frecuentemente tienen diferentes significados para las diferentes clases sociales, las cuales emplean aparentemente las mismas palabras pero nunca hablan el mismo idioma.

En los ejemplos precedentes ha sido especialmente el tiempo el que ha intervenido como el factor principal en el cambio del sentido de las palabras. Sin embargo, si también hacemos intervenir a la raza, veremos que durante el mismo período, entre personas igualmente civilizadas pero de diferente raza, las mismas palabras con frecuencia corresponden a ideas extremadamente disímiles. Es imposible entender estas diferencias sin haber viajado mucho y por esta razón no insistiré sobre ello. Me limitaré a observar que son precisamente las palabras más utilizadas las que entre diferentes pueblos poseen los más diferentes significados. Tal es el caso, por ejemplo, de las palabras «democracia» y «socialismo» de uso tan frecuente hoy en día.

En realidad, corresponden a ideas y a imágenes bastante contradictorias en la mente latina y en la anglosajona. Para los pueblos latinos, la palabra «democracia» significa más específicamente la subordinación de la voluntad y de la iniciativa del individuo a la voluntad e iniciativa de la comunidad representada por el Estado. Es el Estado el que termina siendo encargado, en un grado cada vez más grande, con la dirección de todo, la centralización, el monopolio y la fabricación de todo. Es al Estado al que apelan constantemente todos los partidos políticos sin excepción, sean radicales, socialistas o monárquicos. Entre los anglosajones y especialmente en América, la misma palabra «democracia» significa, por el contrario, el intenso desarrollo de la voluntad del indi-

viduo y la subordinación más completa posible del Estado al cual, con la excepción de la policía, el ejército y las relaciones diplomáticas, no se le permite dirigir nada, ni siquiera a la instrucción pública. Se puede apreciar, así, cómo la misma palabra, que para un pueblo significa la subordinación de la voluntad y de la iniciativa del individuo y la preponderancia del Estado, para el otro significa el excesivo desarrollo de la voluntad y de la iniciativa del individuo y la completa subordinación del Estado[15].

2. Ilusiones

Desde los albores de la civilización en adelante las masas siempre ha sufrido la influencia de ilusiones. A los creadores de ilusiones les han erigido más templos, más estatuas y más altares que a cualquier otra clase de hombres. Ya sean las ilusiones religiosas del pasado o las ilusiones filosóficas y sociales del presente, estos formidables poderes soberanos siempre pueden ser encontrados a la cabeza de todas las civilizaciones que sucesivamente han florecido sobre nuestro planeta. Fue en su nombre que se construyeron los templos de Caldea y de Egipto, y los edificios religiosos de la Edad Media, y esa vasta rebelión que sacudió a toda Europa hace un siglo; y no hay una sola de nuestras concepciones artísticas o sociales que se halle libre de su poderosa influencia. Ocasionalmente, al costo de terribles disturbios, el hombre las supera, pero parece estar siempre condenado a volverlas a erigir. Sin ellas nunca hubiera emergido de su primitivo estado de barbarie, y sin ellas regresaría otra vez a él. Sin duda, son huidizas sombras, pero estas hijas de nuestros sueños han forzado a las naciones a crear cualquiera de las artes que puede enorgullecerse de esplendor o de grandeza civilizatoria.

> Si se destruyesen en todos los museos y librerías (...) todos los trabajos y todos los monumentos que las religiones han inspirado ¿qué quedaría de los grandes sueños de la humanidad? El darle a los hombres esa porción de esperanza y de ilusión sin la cual no pueden vivir, ésa es la razón de existir de los dioses, los héroes y los poetas. Durante cincuenta años la ciencia pareció hacerse cargo de esta tarea. Pero la ciencia se ha visto

comprometida en corazones hambrientos de un ideal, porque no se atreve a ser suficientemente generosa en promesas, porque no puede mentir[16].

Los filósofos del siglo pasado se dedicaron con fervor a la destrucción de las ilusiones religiosas, políticas y sociales en las que vivieron nuestros antepasados por una larga serie de siglos. Al destruirlas, secaron las fuentes de la esperanza y la resignación. Detrás de las quimeras inmoladas se encontraron frente a frente con las ciegas y silenciosas fuerzas de la naturaleza, que son inexorables con la debilidad e ignoran la compasión.

A pesar de todos sus progresos, la filosofía ha sido incapaz hasta ahora de ofrecer a las masas algún ideal que las seduzca pero, como éstas deben tener ilusiones a toda costa, instintivamente se vuelven, al igual que insectos en busca de luz, hacia los retóricos que les conceden lo que quieren. No es la verdad sino el error el que ha constituido el factor principal en la evolución de las naciones, y la razón por la cual el socialismo es tan poderoso hoy en día es que constituye la última ilusión que todavía sigue siendo vital. A pesar de todas las demostraciones científicas, continúa creciendo. Su principal fuerza reside en que es liderado por mentes lo suficientemente ignorantes de cómo son las cosas en realidad como para temerariamente prometerle la felicidad a la humanidad. La ilusión social reina hoy sobre todas las ruinas amontonadas del pasado y a ella pertenece el futuro. Las masas nunca estuvieron sedientas de verdades. Se alejan de la evidencia que no es de su gusto y prefieren deificar el error si el error las seduce. Quienquiera que sea capaz de proveerlas de ilusiones será fácilmente su amo; quienquiera que atente destruir sus ilusiones será siempre su víctima.

3. Experiencia

La experiencia constituye casi el único proceso efectivo mediante el cual una verdad puede ser sólidamente establecida en la mente de las masas destruyendo ilusiones que se han vuelto demasiado peligrosas. A este fin, sin embargo, es necesario que la experiencia tenga lugar a una escala muy grande y que se repita muy frecuentemente. Las experiencias sufridas por una generación son, por regla, inútiles para la generación siguiente y por esa razón los hechos históricos citados para demostrar un punto de vista no sirven a ningún propósito. Su única utilidad es la de demostrar hasta qué punto las experiencias tienen que ser repetidas de época en época para ejercer alguna influencia o para sacudir a una opinión equivocada cuando la misma está sólidamente implantada en la mente de las masas.

Nuestro siglo y el que lo precedió indudablemente será mencionado por los historiadores como una era de curiosos experimentos que en ninguna otra época fueron intentados a esa escala.

El más gigantesco de esos experimentos fue la Revolución Francesa. Para descubrir que la sociedad no puede ser remodelada de pies a cabeza de acuerdo con los dictados de la razón pura fue necesario que varios millones de hombres fuesen masacrados y que Europa se viese profundamente perturbada por un período de veinte años. Para demostrarnos que los dictadores les salen caro a las naciones que los

aclaman, fueron necesarias dos experiencias ruinosas en cincuenta años y, a pesar de su nitidez, no parecen haber sido lo suficientemente convincentes. La primera, sin embargo, costó tres millones de hombres y una invasión; la segunda implicó la pérdida de territorio y trajo como secuela la necesidad de ejércitos permanentes. Una tercera se intentó no hace mucho y seguramente será vuelta a intentar algún día. Para forzar a toda una nación a admitir que el gran ejército alemán no era, como se alegaba comúnmente hace treinta años, una especie de inofensiva guardia nacional[17], tuvo que tener lugar la guerra que nos salió tan cara. Para imponer el reconocimiento que el proteccionismo arruina a las naciones que la adoptan, serán necesarios al menos veinte años de experiencias desastrosas. Estos ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito.

4. Razón

Al enumerar los factores capaces de impresionar la mente de las masas se podría prescindir de toda referencia a la razón si no fuese necesario destacar el valor negativo de su influencia.

Ya hemos visto que las masas no resultan influenciadas por el razonamiento y sólo pueden comprender simples asociaciones de ideas. Los oradores que saben como impresionarlas apelan en consecuencia a sus sentimientos y nunca a su razón. Las leyes de la lógica no ejercen ninguna acción sobre las masas[18]. Para producir una convicción en las masas es necesario, ante todo, comprender acabadamente los sentimientos que las animan, pretender compartir esos sentimientos y luego intentar modificarlos haciendo surgir por medio de asociaciones rudimentarias ciertas nociones eminentemente sugestivas. Hay que ser capaces, si es necesario, de regresar al punto de partida y, por sobre todo, de divinizar a cada instante los sentimientos que nuestro discurso está haciendo nacer. Esta necesidad de variar incesantemente nuestro lenguaje de acuerdo con el efecto producido en el momento de hablar le quita de entrada toda eficacia a una perorata estudiada y preparada de antemano. En un discurso como ése, el orador sigue su propia línea de pensamiento, no la de sus oyentes, y por este sólo hecho su influencia es aniquilada.

Las mentes lógicas, acostumbradas a ser convencidas por una cadena algo firme de razonamientos no pueden evitar el recurrir a este modo de persuasión cuando se dirigen a las masas, y la ineficacia de sus argumentos siempre los sorprende. «*Las consecuencias matemáticas usuales basadas en el silogismo* —esto es: en asociaciones de identidades— *son imperativas...*» escribe un experto en lógica. «*Esta imperatividad obligaría al asentimiento incluso a una masa inorgánica si la misma fuese capaz de realizar asociaciones de identidades*». Lo cual es indudablemente cierto, pero una multitud es tan incapaz como una masa inorgánica de realizar tales asociaciones, y ni hablemos de comprenderlas. Si se hiciera el intento de convencer por razonamiento a mentes primitivas —a salvajes o a niños, por ejemplo— se comprendería el escaso valor que posee este método.

Ni siquiera es necesario descender al nivel de seres primitivos para lograr una percepción de la total impotencia del razonamiento cuando éste tiene que luchar contra el sentimiento. Simplemente traigamos a la mente qué tenaces fueron, durante siglos, las supersticiones religiosas contradictorias con la más simple de las lógicas. Por casi dos mil años los genios más luminosos se han inclinado ante sus leyes y tuvieron que llegar los tiempos modernos para que su veracidad fuese apenas puesta en duda. La Edad Media y el Renacimiento tuvieron muchos hombres ilustrados, pero ni uno solo que lograra apreciar por razonamiento el aspecto infantil de sus supersticiones, o que pronunciase incluso una leve duda respecto de las fechorías del diablo o de la necesidad de quemar hechiceros.

¿Debemos lamentar que las masas nunca son guiadas por la razón? No nos aventuraríamos a afirmarlo. Sin duda la razón humana no hubiera logrado espolear a la humanidad a

lo largo del camino de la civilización con el ardor y la tenacidad con que lo hicieron sus ilusiones. Estas ilusiones, hijas de las fuerzas inconscientes que las guían, fueron indudablemente necesarias. Cada raza lleva en su constitución mental las leyes de su destino y quizás es a estas leyes que obedece con un impulso irresistible, incluso en el caso de aquellos impulsos que aparentemente son los más irracionales. A veces parece que las naciones estuviesen sometidas a fuerzas secretas, análogas a las que compelen a la bellota a convertirse en roble, o al cometa a transitar por su órbita.

La escasa noción que es posible obtener de estas fuerzas debemos buscarla en el curso general de la evolución de un pueblo y no en los hechos aislados de que esta evolución a veces parece provenir. Si fuesen tomados en consideración solamente estos factores, la historia parecería ser el resultado de una serie de chances improbables. Fue improbable que un carpintero galileo se convirtiese por dos mil años en un Dios todopoderoso en cuyo nombre se fundaron las civilizaciones más importantes; improbable también que unas pocas bandas de árabes, emergiendo de sus desiertos, conquistaran la mayor parte del antiguo mundo grecorromano y estableciesen un imperio más grande que el de Alejandro; improbable, de nuevo, que en Europa, en un avanzado momento de su desarrollo, y cuando la autoridad en ella había sido sistemáticamente jerarquizada, un oscuro teniente de artillería hubiese podido tener éxito en reinar sobre una multitud de reyes y de pueblos.

Dejemos, pues, la razón a los filósofos y no insistamos con demasiada fuerza en su intervención en el gobierno de los hombres. No es por la razón sino, mucho más frecuentemente, a pesar de ella que se crean esos sentimientos que constituyen la fuente de toda civilización —sentimientos tales co-

mo el honor, el autosacrificio, la fe religiosa, el patriotismo y la pasión por la gloria.

Capítulo III:
Los conductores de masas y sus medios de persuasión

1. Los conductores de masas

La necesidad instintiva de todos los seres que forman una masa de obedecer a un conductor – La psicología de los conductores de masas – Sólo ellos pueden conferirle fe a las masas y organizarlas – Los conductores forzosamente despóticos – Clasificación de los conductores – La parte desempeñada por la voluntad.

2. Los medios de acción de los conductores

Afirmación, repetición, contagio – La parte respectiva de estos diferentes factores – La forma en que el contagio puede expandirse desde las clases inferiores a las superiores en una sociedad – Una opinión popular pronto se convierte en una opinión general.

3. Prestigio

Definición de prestigio y clasificación de sus diferentes tipos – Prestigio adquirido y prestigio personal – Varios ejemplos – La forma en que el prestigio es destruido.

Estamos ahora familiarizados con la constitución mental de las masas y también sabemos cuales son los motivos capaces de impresionar sus mentes. Queda por investigar cómo estos motivos pueden ser puestos en acción y por quiénes pueden ser útilmente puestos en práctica.

1. Los conductores de masas

Ni bien se junta cierto número de seres vivientes, tanto sean animales como seres humanos, instintivamente se colocan bajo la autoridad de un jefe.

En el caso de las masas humanas el jefe con frecuencia no es nada más que un pandillero o un agitador, pero como jefe juega un papel importante. Su voluntad es el núcleo alrededor del cual obtienen identidad y se agrupan las opiniones de la masa. Constituye el primer elemento para la organización de masas heterogéneas y allana el camino para su organización en sectas. En el ínterin, las dirige. Una masa es un rebaño servil, incapaz de estar sin un amo.

El conductor con mucha frecuencia ha comenzado siendo uno de los conducidos. Él mismo ha sido hipnotizado por la idea en cuyo apóstol se ha convertido. Ha tomado posesión de él en tal grado que todo lo que está fuera de ella desaparece y toda opinión en contrario le parece un error o una superstición. Un ejemplo que hace al caso es el de Robespierre, hipnotizado por las ideas filosóficas de Rousseau y empleando los métodos de la Inquisición para propagarlas.

Los conductores de los cuales estamos hablando son con mayor frecuencia hombres de acción que pensadores. No están provistos de una clara capacidad de previsión, ni podrían estarlo ya que esta cualidad por lo general conduce a la duda y a la inactividad. Resultan reclutados especialmente de las filas de aquellas personas eternamente nerviosas, excitables,

medio degeneradas que bordean la locura. Por más absurda que sea la idea que sustentan o la meta que persiguen, sus convicciones son tan fuertes que todo razonamiento es tiempo perdido con ellos. El rechazo y la persecución no los afectan, o bien sólo sirven para excitarlos aún más. Sacrifican su interés personal, su familia —todo. El mismo instinto de autoconservación está completamente bloqueado en ellos, y a tal punto que con frecuencia la única recompensa que solicitan es la del martirio. La intensidad de su fe le otorga un gran poder de sugestión a sus palabras. La multitud está siempre dispuesta a escuchar al hombre de fuerte voluntad que sabe como imponérsele. Las personas reunidas en una masa pierden toda fuerza de voluntad y se dirigen instintivamente hacia la persona que posee la cualidad de la que ellos carecen.

Las naciones nunca han carecido de conductores pero de ninguna manera la totalidad de ellos ha estado animada por aquellas firmes convicciones que son las propias de los apóstoles. Estos conductores son con frecuencia sutiles retóricos, que buscan solamente su propio interés personal tratando de persuadir mediante el halago a los bajos instintos. La influencia que pueden ejercer de esta manera puede ser muy grande pero es siempre efímera. Los hombres de ardiente convicción que han inspirado el alma de las masas, los Pedro el Ermitaño, los Lutero, los Savonarola, los hombres de la Revolución Francesa, sólo han ejercido su fascinación después de haber sido ellos mismos fascinados en primer lugar por un credo. Después de ello han sido capaces de hacer emerger en las almas de sus congéneres esa formidable fuerza conocida como fe que convierte al hombre en un absoluto esclavo de su sueño.

El despertar la fe —ya sea religiosa, política o social, ya sea la fe en una tarea, una persona o una idea— ha sido siempre la función de los grandes conductores de masas y es por ello que su influencia ha sido siempre muy grande. De todas las fuerzas a disposición de la humanidad, la fe ha sido siempre una de las más tremendas y el Evangelio con justa razón le atribuye el poder de mover montañas. El dotar a una persona con fe es multiplicar su fuerza por diez. Los grandes acontecimientos de la historia fueron producidos por oscuros creyentes quienes, aparte de su fe, tenían muy poco a su favor. No es con la ayuda de los instruidos, o de los filósofos, y menos aún de los escépticos, que surgieron las grandes religiones que convirtieron al mundo o los vastos imperios que se extendieron de un hemisferio a otro.

Sin embargo, en los casos citados tenemos a grandes conductores y éstos son tan escasos que la Historia los puede reconocer con facilidad. Forman la cúspide de una serie continua que se extiende desde estos poderosos amos de hombres hasta el trabajador que en la brumosa atmósfera de una posada lentamente fascina a sus camaradas martilleándole incesantemente en los oídos un conjunto reducido de frases, cuyo propósito apenas si comprende, pero cuya aplicación, de acuerdo con él, tiene que traer consigo seguramente la realización de todos los sueños y de todas las esperanzas.

En toda esfera social, desde la alta hasta la más baja, ni bien una persona deja de estar aislada, rápidamente cae bajo la influencia de un conductor. La mayoría de las personas, especialmente entre las masas, no posee ideas claras y razonadas sobre cualquier asunto, aparte de las relacionadas con su especialidad. El conductor les sirve de guía. Es tan sólo posible que pueda ser reemplazado por las publicaciones pe-

riódicas que fabrican opiniones para sus lectores proveyéndolos de frases hechas que les evitan el trabajo de razonar.

Los conductores de masas ostentan una autoridad muy despótica y este despotismo es, verdaderamente, una condición para obtener un séquito. Con frecuencia se ha destacado la facilidad con la que imponen obediencia de la sección más turbulenta de las clases trabajadoras a pesar de carecer de todo medio que respalde su autoridad. Fijan las horas de trabajo y los salarios, y decretan huelgas que comienzan y terminan a la hora que ellos ordenan.

En la actualidad, estos líderes y agitadores tienden más y más a usurpar el lugar de las autoridades públicas en la misma medida en que estas últimas permiten ser cuestionadas y disminuidas en fuerza. La tiranía de estos nuevos amos tiene por resultado que las masas los obedecen con mucha mayor docilidad que la que han tenido para con cualquier gobierno. Si, por cualquier accidente, los conductores son removidos de la escena, la masa retorna a su estado original de colectividad sin cohesión o fuerza de resistencia. Durante la última huelga de los empleados de los ómnibus de París, el arresto de los dos líderes que la dirigían fue instantáneamente suficiente para terminarla. No es la necesidad de libertad sino la de servidumbre la que siempre predomina en el alma de las masas. Están tan inclinadas a la obediencia que instintivamente se someten a quienquiera que declare ser su amo.

Estos pandilleros y agitadores pueden ser claramente divididos en dos clases. La primera incluye a los hombres enérgicos que poseen, aunque sólo intermitentemente, mucha fuerza de voluntad; la otra a aquéllos, por lejos más escasos que los anteriores, cuya fuerza de voluntad es duradera. Los primeros son violentos, bravíos y audaces. Son especialmente más útiles para dirigir una empresa violenta decidida de

improviso, para arrastrar consigo a las masas a pesar del peligro y a transformar en héroes a los hombres que hasta ayer no más eran reclutas. Hombres de este tipo fueron Ney y Murat bajo el Primer Imperio y un hombre así en nuestro tiempo fue Garibaldi, un aventurero sin talento pero enérgico que consiguió, con un puñado de hombres, hacerse del antiguo reino de Nápoles a pesar de que estaba defendido por un ejército disciplinado.

Aún así, a pesar de que la energía de los conductores de esta clase es una fuerza a tener en cuenta, resulta transitoria y apenas si sobrevive a la causa incitante que la ha puesto en juego. Una vez que han retornado al curso natural de sus vidas, los héroes animados por esta clase de energía frecuentemente evidencian, como fue el caso de quienes acabo de citar, la más asombrosa debilidad de carácter. Parecen ser incapaces de reflexión y de conducirse bajo las circunstancias más simples a pesar de que fueron capaces de conducir a otros. Estos hombres son conductores que no pueden ejercer su función excepto bajo la condición de ser conducidos ellos mismos y continuamente estimulados, teniendo siempre por inspiración a otro hombre, o a una idea, para poder seguir teniendo una línea de conducta claramente trazada. La segunda categoría de conductores, la de los hombres con una perdurable fuerza de voluntad, tiene, a pesar de un aspecto menos brillante, una influencia mucho más considerable. En esta categoría es dado hallar a los verdaderos fundadores de religiones y grandes empresas: San Pablo, Mahoma, Cristóbal Colón y de Lesseps, por ejemplo. Que sean inteligentes o de mente estrecha no tiene importancia; el mundo les pertenece. La persistente fuerza de voluntad que poseen es una facultad tremendamente rara y tremendamente poderosa ante la cual todo cede. No siempre se aprecia adecuadamente lo

que una voluntad fuerte y continua es capaz de lograr. Nada se le resiste; ni la naturaleza, ni los dioses, ni los hombres.

El ejemplo más reciente de lo que puede lograrse por medio de una voluntad fuerte y continua nos lo ofrece el ilustre hombre que separó los mundos Occidental y Oriental, logrando lo que durante tres mil años había sido intentado en vano por los más grandes soberanos. Más tarde falló en una empresa idéntica, pero allí ya intervino la avanzada edad ante la cual todo, incluso la voluntad, sucumbe.

Cuando se desea mostrar lo que puede ser logrado a pura fuerza de voluntad, todo lo que se necesita hacer es relatar en detalle la historia de las dificultades que tuvieron que ser vencidas durante la construcción del Canal de Suez. Un testigo ocular, el Dr. Cazalis, ha resumido en algunas impactantes líneas toda la historia de esta gran trabajo citando las palabras de su inmortal autor.

> Día por día, episodio por episodio, relató la estupenda historia del canal. Relató todo lo que tuvo que vencer, lo imposible que tuvo que hacer posible, la oposición que encontró, la coalición que se formó en su contra y los desencantos, los reveses y las derrotas que no consiguieron descorazonarlo o deprimirlo. Recordó como Inglaterra lo había combatido atacándolo sin cesar, como Egipto y Francia habían vacilado, cómo el Cónsul francés se había destacado por su oposición durante las primeras etapas de la obra y la naturaleza de la oposición con la cual se encontró; del intento de hacer que sus obreros desertaran negándoles el agua fresca; cómo el Ministro de Marina y los ingenieros —todos hombres responsables y con entrenamiento científico— habían sido todos naturalmente hostiles, convencidos sobre bases científicas que el desastre era inminente, calculando su ocurrencia, prediciéndolo como se prevé el día y la hora de un eclipse.

El libro que relatase la vida de todos estos grandes conductores no contendría muchos nombres, pero estos nombres se conectan con los sucesos más importantes de la historia de la civilización.

2. Los medios de acción de los conductores: afirmación, repetición, contagio

Cuando se quiere exaltar a una masa por un corto período de tiempo, inducirla a cometer un acto de cualquier naturaleza —saquear un palacio, o morir en defensa de una fortaleza o una barricada, por ejemplo— hay que actuar sobre la masa por medio de sugestiones rápidas entre las cuales el ejemplo es el de más poderoso efecto. Para lograr este fin, sin embargo, es necesario que la masa haya sido previamente preparada por ciertas circunstancias y, sobre todo, que quien desea operar sobre ella posea la cualidad que se estudiará más adelante y a la cual le he dado el nombre de prestigio.

Sin embargo, cuando el propósito es el de imbuir la mente de una masa con ideas y creencias —por ejemplo, con teorías sociales modernas— los conductores recurren a expedientes diferentes. Los principales de ellos son tres y se definen claramente: afirmación, repetición, contagio. Su acción es algo lenta, pero sus efectos, una vez producidos, resultan muy duraderos.

La afirmación pura y simple, mantenida libre de todo razonamiento y de toda prueba, es uno de los medios más seguros de hacer que una idea entre en la mente de las masas. Mientras más concisa sea la afirmación, mientras más carente de cualquier apariencia de prueba y demostración, mayor

peso tendrá. Los libros religiosos y los códigos legales de todas las épocas siempre recurrieron a la afirmación simple. Estadistas en tren de defender una causa política y comerciantes promoviendo la venta de sus productos mediante anuncios, están todos familiarizados con el valor de la afirmación.

Sin embargo, la afirmación no tiene influencia real a menos que sea constantemente repetida y, en la medida de lo posible, en los mismos términos. Creo que fue Napoleón quien dijo que hay una sola figura en retórica que tiene verdadera importancia: la repetición. La cosa afirmada se fija por repetición en la mente de tal manera que al final es aceptada como si fuese una verdad demostrada.

La influencia de la repetición sobre las masas se hace comprensible cuando se ve el poder que ejerce sobre las mentes más ilustradas. Este poder se debe a al hecho que la afirmación repetida se incrusta a la larga en aquellas profundas regiones de nuestro ser inconsciente en las cuales se forjan las motivaciones de nuestros actos. Al cabo de cierto tiempo ya hemos olvidado quién fue el autor de la afirmación repetida y terminamos por creerla. A esta circunstancia obedece el asombroso poder de los avisos. Cuando hemos leído cien, mil veces que el chocolate X es el mejor, nos imaginamos haberlo oído en muchos lugares y terminamos adquiriendo la certeza de que así es. Después de haber leído mil veces que el polvo de Y ha curado a las personas más ilustres de las enfermedades más agudas, nos sentimos tentados por lo menos a probarlo si sufrimos una enfermedad de características similares. Si siempre leemos en los mismos diarios que A es un corrupto total y que B es un hombre absolutamente honesto, terminamos convencidos de que es verdad, a menos que, por supuesto, se nos dé a leer otro diario de tendencia

contraria en el cual las calificaciones se hallen invertidas. Sólo la afirmación y la repetición son lo suficientemente poderosas como para combatirse mutuamente.

Cuando una afirmación ha sido suficientemente repetida y hay unanimidad en esta repetición —como ha ocurrido en el caso de ciertas famosas operaciones financieras lo suficientemente ricas como para comprar todo apoyo— se forma lo que se llama una opinión establecida e interviene el poderoso mecanismo del contagio. Ideas, sentimientos, emociones y creencias poseen en las masas un poder de contagio tan intenso como el de los microbios. Este fenómeno es muy natural, ya que es observable hasta en animales cuando están juntos en gran número. Si en un establo un caballo comienza a morder a su dueño, los demás caballos lo imitarán. El pánico que ha atacado a unas pocas ovejas pronto se contagiará a todo el rebaño. En el caso de seres humanos apiñados en una muchedumbre, todas las emociones son fuertemente contagiosas, lo cual explica el carácter súbito de los pánicos. Desórdenes mentales, como la locura, son en si mismos contagiosos. Es notoria la frecuencia de la locura entre médicos que son especialistas en demencia. Más aún, hay formas de desorden mental recientemente descriptas —la agorafobia por ejemplo— que son transmisibles del hombres a los animales.

Para que los individuos sucumban al contagio no es indispensable su presencia simultánea en el mismo lugar. La acción del contagio puede hacerse sentir a la distancia bajo la influencia de eventos que le otorgan a todas las mentes una tendencia precisa y las características peculiares de las masas. Éste es especialmente el caso cuando las mentes de las personas han sido preparadas para someterse a la influencia en cuestión por aquellos factores remotos que he estudiado

más arriba. Un ejemplo de ello es el movimiento revolucionario de 1848 el cual, después de estallar en París, se extendió rápidamente por gran parte de Europa y sacudió a numerosos tronos.

La imitación, a la que tanta influencia se le atribuye en los fenómenos sociales, no es, en realidad, más que un simple efecto del contagio. Habiendo expuesto su influencia en otro lugar, me limitaré a reproducir lo que manifesté sobre el tema hace quince años. Desde entonces, mis observaciones han sido desarrolladas por otros autores en publicaciones recientes.

> El hombre, como los animales, posee una tendencia natural a la imitación. La imitación es una necesidad para él, siempre que la imitación sea bastante fácil. Es esta necesidad lo que hace tan poderosa la influencia de lo que se llama la moda. Tanto si es cuestión de opiniones, ideas, manifestaciones literarias, o simplemente de vestimentas, ¿cuántas personas son lo suficientemente audaces para ir en contra de la moda? Las masas son guiadas por ejemplos y no por argumentos. En todo período existe un pequeño número de individualidades que actúan sobre el resto y son imitados por la masa inconsciente. Es necesario, sin embargo, que estas individualidades no se hallen en un desacuerdo demasiado pronunciado con las ideas preexistentes. Si lo estuviesen, el imitarlas sería demasiado difícil y su influencia sería nula. Por esta misma razón también los europeos, a pesar de todas las ventajas de su civilización, tienen una influencia tan insignificante sobre los pueblos orientales; se diferencian de ellos en una medida demasiado grande[19].
>
> La acción dual del pasado y la imitación recíproca hacen, en el largo plazo, tan similares a todas las personas de un país y de una misma época que, incluso en el caso de individuos que parecerían destinadas a escapar de esta influencia, tales como filósofos, personas instruidas y hombres de letras, el pensamiento y el estilo presentan un aire familiar que permite reconocer inmediatamente la época a la cual pertenecen. No es necesario hablar durante mucho tiempo con un individuo para obtener un conocimiento exhaustivo sobre qué es lo que lee, sus ocupaciones habituales y el entorno en el cual vive[20].

El contagio es tan poderoso que impone a ciertos individuos no solamente determinadas opiniones sino también ciertas modas en el sentimiento. El contagio es la causa del rechazo que determinadas obras producen en cierto momento —el caso de *Tannhäuser* puede ser citado— las cuales, unos pocos años más tarde, son admiradas por la misma razón y por los mismos que más las criticaban.

Las opiniones y las creencias de las masas son especialmente propagadas por contagio, pero nunca por razonamiento. Las concepciones actualmente predominantes entre las clases trabajadoras han sido adquiridas en las tabernas y son el resultado de afirmaciones, repeticiones y contagios siendo que, en realidad, el modo en que surgen las creencias de las masas de todas las épocas apenas si ha sido jamás distinto. Renan instituye con certeza una comparación entre los primeros fundadores del cristianismo y «*los trabajadores socialistas difundiendo sus ideas de taberna en taberna*»; mientras que Voltaire ya había observado en relación con la religión cristiana que «*por más de cien años sólo fue abrazada por la chusma más vil*».

Se observará que en los casos análogos a los que acabo de citar, el contagio, después de haber operado sobre las clases populares, se extendió a las clases más altas de la sociedad. Esto es lo que vemos ocurrir actualmente con las doctrinas socialistas que están empezando a ser sostenidas por quienes serán sus primeras víctimas. El contagio es una fuerza tan poderosa que hasta el sentido del interés personal desaparece bajo su influencia.

Ésta es la explicación al hecho de que toda opinión adoptada por el populacho siempre tiende a implantarse con gran vigor en los estratos sociales más altos, por más obvia que sea la absurdidad de la opinión triunfante. Esta reacción de

las clases bajas sobre las altas es tan curiosa por la circunstancia de que las creencias de la masa siempre tienen su origen, en mayor o en menor medida, en alguna idea superior que muchas veces ha quedado sin influencia en la esfera en la cual ha surgido. Líderes y agitadores, subyugados por esta idea, se aferran a ella, la distorsionan y crean una secta que la distorsiona de nuevo, luego de lo cual la propagan entre las masas que llevan la deformación aún más lejos. Una vez convertida en verdad popular, la idea en cierto modo vuelve a sus fuentes y ejerce una influencia sobre la clase superior de una nación. A la larga es la inteligencia la que le da forma al destino del mundo, pero de un modo muy indirecto. Los filósofos que desarrollan ideas se can convertido en polvo hace rato para cuando, como resultado del proceso que acabo de describir, el fruto de sus reflexiones termina por triunfar.

3. Prestigio

Las ideas propagadas por afirmación, repetición y contagio reciben un gran poder debido a la circunstancia que, con el tiempo, adquieren esa misteriosa fuerza conocida como prestigio.

Todo lo que ha tenido poder de gobierno en el mundo, ya fuesen ideas u hombres, ha impuesto su autoridad mayormente por medio de esa fuerza irresistible expresada por la palabra «prestigio». El término es uno de ésos cuyo significado puede ser comprendido por cualquiera, pero la palabra resulta empleada de maneras demasiado diferentes como para que sea fácil definirla. El prestigio puede involucrar sentimientos tales como admiración o temor. Ocasionalmente incluso estos sentimientos constituyen su base, pero puede perfectamente existir sin ellos. La mayor medida de prestigio es la que poseen los muertos, esto es, seres a los que no tememos —Alejandro, César, Mahoma o Buda, por ejemplo. Por el otro lado, existen seres ficticios a los cuales no admiramos —las monstruosas divinidades de los templos subterráneos de la India, por ejemplo— pero que no obstante nos impactan con un gran prestigio.

El prestigio, en realidad, es una suerte de dominio ejercido sobre nuestra mente por un individuo, una obra, o una idea. Este dominio paraliza enteramente nuestra facultad crítica y llena nuestro espíritu con asombro y respeto. El sentimiento provocado es inexplicable, como todos los sentimientos, pero

parecería ser del mismo tipo que la fascinación ejercida sobre una persona hipnotizada. El prestigio es la fuente principal de toda autoridad. Ni dioses, ni reyes, ni mujeres han jamás reinado sin él.

Las distintas clases de prestigio pueden ser agrupadas bajo dos encabezamientos principales: prestigio adquirido y prestigio personal. El prestigio adquirido es el que resulta del nombre, la fortuna y la reputación. Puede ser independiente del prestigio personal. Por el contrario, el prestigio personal es algo esencialmente peculiar del individuo; puede coexistir con reputación, gloria y fortuna, o ser reforzada por ellas, pero es perfectamente capaz de existir en su ausencia.

El prestigio adquirido o artificial es, por mucho, el más común. El simple hecho de que un individuo ocupe una posición, posea cierta fortuna, u ostente ciertos títulos, lo imbuye de prestigio por más ínfimo que sea su valía personal. Un soldado uniformado, un juez con su túnica, siempre gozarán de prestigio. Pascal muy acertadamente ha notado la necesidad de que los jueces tengan túnicas y pelucas. Sin ellas estarían privados de la mitad de su autoridad. El socialista más recalcitrante siempre está algo impresionado a la vista de un príncipe o de un marqués y la usurpación de esos títulos siempre ha hecho de la estafa a los comerciantes una cuestión fácil[21].

El prestigio del cual acabo de hablar es el ejercido por personas. En forma paralela se puede considerar el ejercido por opiniones, obras literarias y artísticas, etc. El prestigio de esta última clase es muchas veces tan sólo el resultado de repeticiones acumuladas. La Historia, especialmente la Historia literaria y artística, al no ser más que la reiteración de juicios idénticos que nadie se atreve a verificar, termina siendo lo que todo el mundo repite porque lo aprendió en la escuela,

con nombres y cosas con las que nadie se atreve a meterse. Es innegable que, para el lector moderno, un estudio sobre Homero resulta tremendamente aburrido; pero ¿quién se atrevería a confesarlo? El Partenón en su estado actual es una ruina desolada, completamente carente de interés, pero está revestido de tal prestigio que no se nos aparece como realmente es sino con todo su cortejo de memorias históricas. La característica especial del prestigio es impedirnos ver las cosas como son y el paralizar por completo nuestro juicio. Las masas siempre, y los individuos por regla general, tienen necesidad de opiniones preestablecidas sobre todas las materias. La popularidad de estas opiniones es independiente de la medida de verdad o error que puedan contener y está regulada solamente por su prestigio.

Y llegamos ahora al prestigio personal. Su naturaleza es muy diferente del prestigio artificial o adquirido al que me acabo de referir. Es una facultad independiente de todos los títulos, de toda autoridad, y la posee un reducido número de personas a las cuales les permite ejercer una fascinación magnética sobre quienes las rodean, aún cuando socialmente sean sus iguales y carezcan de todos los usuales medios de dominación. Estas personas fuerzan la aceptación de sus ideas y sentimientos sobre quienes las rodean y resultan obedecidas como lo es la más mansa de las bestias salvajes por el animal que fácilmente podría devorarla.

Los grandes líderes de masas como Buda, Jesús, Mahoma, Juana de Arco y Napoleón poseyeron esta forma de prestigio en un alto grado y la posición que adquirieron se debe muy particularmente a este don. Los dioses, los héroes y los dogmas se abren camino en el mundo por su propia fuerza interior. No están para ser discutidos. Incluso desaparecen ni bien se los discute.

Los grandes personajes que acabo de mencionar poseyeron su poder de fascinación mucho antes de convertirse en ilustres y nunca se hubieran convertido en ilustres sin este poder. Es evidente, por ejemplo, que Napoleón, en la cumbre de su gloria, gozó de un enorme prestigio por el simple hecho de su poder, pero ya estaba imbuido de este prestigio cuando se hallaba sin poder y era completamente desconocido. Cuando, en calidad de oscuro general y gracias a la influencia de sus contactos, fue enviado a comandar el Ejército de Italia, se encontró con rudos generales que estaban predispuestos a darle una recepción hostil a ese joven intruso que les había sido endosado por el Directorio. Desde el mismo principio, desde la primer entrevista, sin recurrir a discursos, gestos o amenazas, a la primera vista del hombre que habría de ser grande, quedaron derrotados. Taine suministra un curioso relato de esta entrevista, tomado de memorias contemporáneas.

> Los generales de división, entre otros Augereau —especie de bucanero, incivil y heroico, orgulloso de su altura y de su coraje— arriban al cuartel general muy mal predispuestos en contra del pequeño arribista que les ha sido despachado desde París. Sobre la base de la descripción que les ha sido dada, Augereau está inclinado a ser insolente e insubordinado; es un favorito de Barras, un general que debe su rango a los eventos del Vendimiario, alguien que se ha ganado el grado con peleas callejeras, alguien que es considerado parecido a un oso porque siempre está pensando en soledad, es de pobre aspecto y tiene reputación de matemático y de soñador. Se presentan y Bonaparte los hace esperar. Por fin aparece, espada al cinto, se pone su sombrero, explica las medidas que ha tomado, da sus órdenes y los despide. Augereau ha permanecido en silencio. Sólo cuando está afuera es que vuelve en si y es capaz de proferir sus acostumbradas maldiciones. Le admite a Massena que este pequeño demonio de general lo ha llenado de pavor; no puede comprender la causa por la cual, desde el primer momento, se ha sentido apabullado.

Una vez convertido en gran hombre, su prestigio aumentó en la misma proporción en que crecía su gloria y al final terminó siendo al menos igual al de una divinidad en los ojos

de quienes le eran devotos. El general Vandamme, un rudo, típico soldado de la Revolución, aún más brutal y enérgico que Augereau, le dijo al mariscal d'Arnano en 1815 cuando en una ocasión subían juntos las escaleras de las Tullerías: «*Ese demonio de hombre ejerce sobre mi una fascinación que no puedo explicarme ni siquiera a mi mismo y en tal medida que, incluso no teniéndole miedo ni a Dios ni al diablo, cuando estoy en su presencia estoy a punto de temblar como un niño y él podría hacerme pasar por el ojo de una aguja haciendo que me arroje al fuego*».

Napoleón ejercía una fascinación similar sobre todos los que entraban en contacto con él[22].

Davoust solía decir, hablando de la devoción de Maret y de la suya propia: «*Si el Emperador nos hubiera dicho: "Es importante en el interés de mi política que París sea destruida sin dejar escapar o salir a una sola persona" Maret y yo seguramente hubiéramos mantenido el secreto, pero él no se hubiera abstenido de comprometerlo haciendo que su familia dejase la ciudad. Por el contrario yo, por miedo a dejar filtrar la verdad, hubiera dejado que mi mujer y mis hijos se quedaran*».

Es necesario tener presente el extraordinario poder ejercido por una fascinación de este orden para comprender ese maravilloso regreso de la isla de Elba, esa conquista relampagueante de Francia por un hombre aislado enfrentando todas las fuerzas organizadas de un gran país que podía suponerse cansado de su tiranía. Tuvo solamente que echar una mirada a los generales enviados para detenerlo y que habían jurado cumplir con su misión. Todos se sometieron sin discusión.

> Napoleón —escribe el general inglés Wolseley— desembarcó en Francia casi solo, como fugitivo de la pequeña isla de Elba que era su reino, y consiguió en unas pocas semanas, sin derramamientos de sangre, subvertir toda autoridad en la Francia organizada bajo su legítimo rey. ¿Es posible

para el ascendiente personal de un hombre el afirmarse de una manera más asombrosa? Pero, desde el principio hasta el final de su campaña, que fue la última, ¡qué notable que es también el ascendiente que ejerció sobre los Aliados, obligándolos a seguir su iniciativa, y qué cerca estuvo de aplastarlos!

Su prestigio le sobrevivió y continuó creciendo. Fue su prestigio que convirtió en emperador a su oscuro sobrino. El poder que su memoria tiene todavía puede verse en la resurrección de su leyenda que sigue aumentando aún al día de hoy. Maltrata a los hombres como quieras, masácralos por millones, conviértete en causa de invasión sobre invasión, todo te estará permitido si posees prestigio en un grado suficiente y el talento necesario para sostenerlo.

He invocado, sin duda, un ejemplo bastante excepcional de prestigio, pero uno que fue útil para dejar en claro la génesis de grandes religiones, grandes doctrinas y grandes imperios. Si no fuera por el poder ejercido sobre las masas por el prestigio, esos crecimientos serían incomprensibles.

Sin embargo, el prestigio no se basa solamente sobre el ascendiente personal, la gloria militar o el terror religioso. Puede tener un origen más modesto y aún así ser considerable. Nuestro siglo ofrece varios ejemplos. Uno de los más impactantes, que la posteridad recordará de época en época, será el ofrecido por la historia del ilustre hombre que modificó la cara del globo y las relaciones comerciales separando a dos continentes. Tuvo éxito en esta empresa gracias a su fuerza de voluntad, pero también debido a la fascinación que ejerció sobre todos los que lo rodeaban. Para sobreponerse a la unánime oposición que enfrentó, sólo tenía que mostrarse. Hablaría brevemente y, ante el encanto que ejercía, sus oponentes se convertían en sus amigos. Particularmente los ingleses se opusieron fuertemente a sus planes y sólo tuvo que aparecerse por Inglaterra para cosechar todos los votos. En

años posteriores, cuando pasó por Southampton, se hicieron sonar las campanas a su paso y hasta el día de hoy existe un movimiento en Inglaterra para erigir una estatua en su honor.

«*Habiendo vencido todo lo que hay para vencer, personas y cosas, pantanos, rocas y desiertos arenosos*» dejó de creer en obstáculos y deseó repetir a Suez otra vez en Panamá. Comenzó de nuevo con los mismos métodos de antaño, pero había envejecido y, aparte de ello, la fe que mueve montañas no las mueve si son demasiado altas. Las montañas resistieron y la catástrofe que sobrevino destruyó la brillante aureola de gloria que envolvía al héroe. Su vida enseña como el prestigio puede crecer y cómo puede desvanecerse. Después de rivalizar con los más grandes héroes de la Historia, fue rebajado por los magistrados de su país al nivel de los más viles criminales. Cuando murió, su féretro, desatendido, pasó por una muchedumbre indiferente. Sólo soberanos extranjeros rinden homenaje a su memoria como a uno de los más grandes hombres que la Historia ha conocido[23].

Aún así, los diversos ejemplos que acaban de ser mencionados siguen representando casos extremos. Para fijar en detalle la psicología del prestigio, sería necesario ubicarlos en el extremo de una serie que abarcaría desde los fundadores de las religiones e imperios hasta el individuo privado que consigue asombrar a sus vecinos con un nuevo sobretodo o una nueva decoración.

Entre estos límites extremos de la serie tendrían su lugar todas las formas de prestigio que resultan de los diferentes elementos que componen una civilización —ciencias, artes, literatura, etc.— y se vería que el prestigio constituye un elemento fundamental de la persuasión. Conscientemente o no, el ser, la idea o la cosa que posee prestigio es inmediatamen-

te imitada como consecuencia del contagio y obliga a toda una generación a adoptar ciertos modos de sentir o de expresar su pensamiento. Esta imitación es, además y por regla, inconsciente, lo cual explica que sea perfecta. Los pintores modernos que copian la pálida coloración y las rígidas actitudes de algunos primitivos son escasamente conscientes de las fuentes de su inspiración. Creen en su propia sinceridad mientras que, si un maestro famoso no hubiera revivido esta forma de arte, las personas hubieran permanecido ciegas a todo excepto a sus aspectos pueriles e inferiores. Aquellos artistas que, a la manera de otro ilustre maestro, inundan sus telas con sombras violetas no ven en la naturaleza más violeta que el que fue detectado en ella hace cincuenta años; pero están influenciados, «sugestionados», por las impresiones personales y especiales de un pintor que, a pesar de su excentricidad, tuvo éxito en adquirir un gran prestigio. Ejemplos similares podrían ser traídos a colación en relación con todos los elementos de la civilización.

De lo que antecede se ve que son varios los factores que pueden estar relacionados con la génesis del prestigio; entre ellos el éxito ha sido siempre uno de los más importantes. Toda persona exitosa, toda idea que se impone, cesa, *ipso facto*, de ser cuestionada. La prueba de que el éxito es uno de los principales peldaños al prestigio es que la desaparición de uno casi siempre es seguida de la desaparición del otro. El héroe a quien la masa aclamó ayer es insultado hoy si ha sido víctima del fracaso. Más aún, la reacción será proporcionalmente tanto más grande mientras más alto haya sido el prestigio. En este caso la masa considera al héroe como a un igual y se toma su venganza por haberse inclinado ante una superioridad cuya existencia ya no admite más. Mientras Robespierre impulsó la ejecución de sus colegas y la de un gran

número de sus contemporáneos, poseyó un inmenso prestigio. Cuando la transposición de unos pocos votos le quitó el poder, inmediatamente perdió su prestigio y la masa lo siguió a la guillotina con exactamente las mismas imprecaciones con las que poco antes había perseguido a sus víctimas. Los creyentes siempre rompen las estatuas de sus dioses anteriores con cada síntoma de furia.

El prestigio perdido por falta de éxito desaparece en poco tiempo. También puede gastarse, pero más lentamente, por quedar sujeto a discusión. Este último poder, sin embargo, es extremadamente seguro. Desde el momento en que el prestigio se cuestiona, deja de ser prestigio. Los dioses y los hombres que han mantenido su prestigio durante mucho tiempo jamás han tolerado la discusión. Para que la masa admire, hay que mantenerla a distancia.

Capítulo IV:
Limitaciones de la variabilidad de las creencias y las opiniones de las masas

1. Creencias fijas

La invariabilidad de ciertas creencias generales – Dan forma al curso de la civilización – La dificultad de desarraigarlas – En qué sentido la intolerancia es una virtud en un pueblo.

2. Las opiniones variables de las masas

La extrema movilidad de las opiniones que no surgen de creencias generales – Aparentes variaciones de ideas y creencias en menos de un siglo – Los verdaderos límites de estas variaciones – Las materias afectadas por la variación – La desaparición en la actualidad en el progreso de creencias generales y la extrema difusión de la prensa diaria tienen por resultado que las opiniones son hoy en día más y más cambiantes – Por qué las opiniones de las masas tienden, en la mayoría de los asuntos, hacia la indiferencia – Los gobiernos, actualmente sin el poder de dirigir la opinión como antes lo hacían – Las opiniones, impedidas de volverse tiránicas actualmente debido a su excesiva divergencia.

1. Creencias fijas

Existe un estrecho paralelo entre las características anatómicas y psicológicas de los seres vivientes. Entre estas características anatómicas se encuentran ciertos elementos invariables, o sólo levemente variables, para cuyo cambio se requiere el transcurso de eras geológicas. Al lado de estas características fijas, indestructibles, se encuentran otras extremadamente cambiantes que el arte del criador o el hortelano pueden modificar con facilidad y a veces a tal extremo de ocultar las características fundamentales a un observador completamente desprevenido.

El mismo fenómeno se observa en el caso de características morales. Al lado de los elementos psicológicos inalterables de una raza, se encuentran elementos móviles y cambiantes. Por esta razón, al estudiar las creencias y las opiniones de un pueblo, siempre se detecta la presencia de un basamento fijo sobre el cual se extienden opiniones tan cambiantes como la arena superficial sobre una roca.

Las opiniones y las creencias de las masas pueden ser divididas, entonces, en dos clases muy diferentes. Por un lado tenemos las grandes creencias permanentes que perduran por varios siglos y sobre las cuales toda una civilización puede descansar. Tales fueron en el pasado, por ejemplo, el feudalismo, la cristiandad y el protestantismo, y tales son en nuestro tiempo el principio nacional y las ideas democráticas y sociales. Por el otro lado, están las opiniones transitorias,

cambiantes, resultantes, por regla, de concepciones generales, a las cuales toda época ve nacer y desaparecer. Ejemplos de ellas son las teorías que modelan la literatura y las artes —aquéllas, por ejemplo, que produjeron el romanticismo, el naturalismo, el misticismo, etc. Opiniones de este orden son, por regla general, tan superficiales y cambiantes como la moda. Pueden ser comparadas con las ondas que incesantemente aparecen y desaparecen en la superficie de un lago profundo.

Las grandes creencias generalizadas son muy restringidas en número. Su surgimiento y caída marcan los puntos culminantes de la Historia de cada raza histórica. Constituyen el verdadero marco de la civilización.

Es fácil imbuir la mente de las masas con una opinión pasajera, pero muy difícil implantar en ellas una creencia perdurable. Sin embargo, una creencia como esta última, una vez establecida, es igualmente difícil de desarraigar. Por lo general, sólo puede ser cambiada al precio de violentas revoluciones. Y hasta las revoluciones pueden servir sólo cuando la creencia ha perdido casi completamente su influencia sobre las mentes de los hombres. En un caso así, las revoluciones sirven para terminar de barrer a un lado aquello que ya ha sido casi desechado pero que la fuerza del hábito impide abandonar por completo. El comienzo de una revolución es, en realidad, el fin de una creencia.

El momento preciso en que una gran creencia es condenada resulta fácilmente reconocible; es el momento en que su valor comienza a ser cuestionado. Toda creencia general, siendo poco más que una ficción, sólo puede sobrevivir bajo la condición de que no sea sujeta a examen.

Pero, aún cuando una creencia se halle severamente sacudida, las instituciones a las cuales ha dado lugar retienen su

fuerza y desaparecen sólo lentamente. Finalmente, cuando la creencia ha perdido completamente su poder, todo lo que descansaba sobre ella pronto se convierte en ruinas. Hasta ahora, una nación jamás fue capaz de cambiar sus creencias sin quedar al mismo tiempo condenada a transformar todos los elementos de su civilización. La nación continúa este proceso de transformación hasta que ha dado a luz y aceptado una nueva creencia general. Hasta este punto, estará forzosamente en un estado de anarquía. Las creencias generales son los pilares indispensables de las civilizaciones; determinan la tendencia de las ideas. Sólo ellas son capaces de inspirar la fe y de crear un sentido del deber.

Las naciones han sido siempre conscientes de la utilidad de adquirir creencias generales y han entendido inconscientemente que su desaparición sería la señal de su propia declinación. En el caso de los romanos, el culto fanático de Roma fue la creencia que los hizo dueños del mundo, y cuando esa creencia se desgastó, Roma quedó condenada a morir. Y en cuanto a los bárbaros que destruyeron la civilización romana, fue solamente luego de que adquirieran ciertas creencias comúnmente aceptadas que lograron una cierta medida de cohesión y emergieron de la anarquía.

Evidentemente no es por nada que las naciones siempre han manifestado intolerancia en la defensa de sus opiniones. Esta intolerancia, por más abierta que esté a la crítica desde el punto de vista filosófico, represente en la vida de un pueblo la más necesaria de las virtudes. Fue por fundar o sostener creencias generales que tantas víctimas fueron enviadas a la hoguera en la Edad Media y tantos inventores e innovadores murieron en la desesperación aún cuando hayan escapado del martirio. También es en defensa de tales creencias que el mundo ha sido el escenario de los más graves desór-

denes y que tantos millones de hombres han muerto y seguirán muriendo sobre el campo de batalla.

Existen grandes dificultades en la manera de establecer una creencia general, pero, cuando la misma está definitivamente implantada, su poder es invencible por un largo tiempo y se impone sobre las más luminosas inteligencias por más falsa que sea filosóficamente. ¿No han acaso los pueblos europeos considerado incontrovertibles por más de quince siglos leyendas religiosas que, examinadas de cerca, eran tan bárbaras[24] como las de Moloch? El pavoroso absurdo de la leyenda de un Dios que se toma venganza por la desobediencia de una de sus criaturas infligiendo horribles torturas a su hijo ha permanecido sin ser percibida durante muchos siglos. Genios tan potentes como un Galileo, un Newton y un Leibnitz nunca supusieron ni por un instante que la verdad de tales dogmas podría llegar a ser cuestionada. No hay nada que pueda ser más característico del efecto hipnótico de las creencias generales que este hecho, pero, al mismo tiempo, nada puede marcar más decisivamente las humillantes limitaciones de nuestra inteligencia.

Tan pronto como un nuevo dogma es implantado en la mente de las masas, se convierte en la fuente de inspiración de la cual evolucionan sus instituciones, sus artes y su modo de existencia. Bajo estas circunstancias, el influjo que ejerce sobre la mente de los hombres es absoluto. Los hombres de acción no tienen pensamiento alguno más allá del de realizar la creencia aceptada, los legisladores no van más allá de aplicarla mientras que filósofos, artistas y hombres de letras se ocupan solamente de expresarla bajo varias formas.

De la creencia fundamental pueden surgir ideas accesorias pasajeras, pero siempre llevarán la impronta de la creencia de la cual han surgido. La civilización egipcia, la civilización

europea de la Edad Media, la civilización musulmana de los árabes, son todas el resultado de un pequeño número de creencias religiosas que han dejado su huella hasta en los menos importantes elementos de estas civilizaciones permitiendo así su inmediato reconocimiento.

Es así que, gracias a las creencias generales, los hombres de todas las épocas están envueltos en una red de tradiciones, opiniones y costumbres que los vuelven semejantes y de cuyo yugo no pueden liberarse. Las personas son guiadas en sus conductas sobre todo por sus creencias y por las costumbres que son la consecuencia de esas creencias. Estas creencias y costumbres regulan los más pequeños actos de nuestra existencia y el espíritu más independiente no puede escapar a su influencia. La tiranía ejercida inconscientemente sobre la mente de los hombres es la única tiranía real porque no puede ser combatida. Tiberio, Gengis Khan y Napoleón fueron seguramente grandes tiranos pero, desde la profundidad de sus tumbas, Moisés, Buda, Jesús y Mahoma han ejercido sobre el alma humana un despotismo por lejos más profundo. Una conspiración puede derrocar a un tirano, pero ¿qué puede hacer contra una creencia firmemente establecida? En su violenta lucha contra el Catolicismo Romano, la Revolución Francesa ha sido derrotada y esto a pesar del hecho que la simpatía de la masa estaba aparentemente de su lado, y a pesar de haber recurrido a medidas destructivas tan despiadadas como las de la Inquisición. Los únicos verdaderos tiranos que la humanidad ha conocido han sido siempre el recuerdo de sus muertos y las ilusiones que se ha forjado.

El absurdo filosófico que con frecuencia distingue a las creencias generales nunca ha sido un obstáculo para su triunfo. Más aún: el triunfo de tales creencias parecería imposible sin la condición de ofrecer algún absurdo misterioso.

Consecuentemente, la evidente debilidad de las creencias socialistas de la actualidad no impedirá que triunfen entre las masas. Su real inferioridad frente a todas las creencias religiosas consiste solamente en que el ideal de felicidad prometido por estas últimas, al ser realizable tan sólo en una vida futura, ha estado más allá del poder de refutación de cualquiera. El ideal socialista de felicidad, al estar orientado a ser concretado sobre la tierra, hará que la vanidad de sus promesas aparezca ni bien se realicen los primeros esfuerzos por realizarlo y, simultáneamente, la nueva creencia perderá enteramente su prestigio. Su fuerza, por consiguiente, sólo crecerá hasta el día en que, habiendo triunfado, comience su realización práctica. Por esta razón, mientras la nueva religión ejerce al comienzo, como todas las que la han precedido, una influencia destructiva, en el futuro no será capaz de jugar un papel creativo.

2. Las opiniones variables de las masas

Sobre el sustrato de creencias fijas cuyo poder acabamos de demostrar, se encuentra una capa superior en la que opiniones, ideas y pensamientos surgen y mueren incesantemente. Algunas existen tan sólo por un día, otras, más importantes, apenas si sobreviven a una generación. Ya hemos destacado que los cambios que sobrevienen en las opiniones de este orden son a veces mucho más superficiales que reales y que siempre están influidos por consideraciones raciales. Al examinar, por ejemplo, las instituciones políticas de Francia mostramos como partidos en apariencia muy diferentes —realistas, radicales, imperialistas, socialistas, etc.— poseen un ideal absolutamente idéntico y que este ideal depende exclusivamente de la estructura mental de la raza francesa puesto que un ideal bastante contrario se encuentra bajo nombres análogos entre otras razas. Ni los nombres dados a las opiniones, ni sus engañosas adaptaciones alteran la esencia de las cosas. Los hombres de la Gran Revolución, saturados de literatura latina, quienes (con los ojos fijos en la república de Roma) adoptaron sus leyes, sus fasces, y sus togas, no se convirtieron en romanos por estar bajo el imperio de una poderosa sugestión histórica. La misión del filósofo es la de investigar qué es lo que subsiste de las creencias antiguas debajo de sus aparentes cambios e identificar, entre el flujo

móvil de las opiniones, la parte determinada por las creencias generales del genio de la raza.

En ausencia de esta verificación filosófica se podría suponer que las masas cambian sus creencias políticas y religiosas en forma caprichosa y a voluntad. Toda la Historia, sea ésta política, religiosa o artística, parece probar que éste es el caso.

Como ejemplo, tomemos un período muy corto de la Historia francesa, tan sólo el de 1790 hasta 1820, un período de treinta años de duración, el de una generación. En su transcurso vemos a la masa, monárquica al principio, volverse muy revolucionaria, luego muy imperialista y otra vez muy monárquica. En materia de religión oscila durante el mismo lapso de tiempo desde el catolicismo al ateísmo, luego hacia el deísmo y después regresa a las más pronunciadas formas de catolicismo. Estos cambios tienen lugar no sólo en las masas sino también entre quienes las dirigen. Observamos con asombro a los hombres prominentes de la Convención, a los enemigos jurados de los reyes, hombres que no querían tener ni dioses ni amos, convertirse en humildes sirvientes de Napoleón, y después, bajo Luis XVIII, llevar velas devotamente en procesiones religiosas.

Numerosos, también, son los cambios en las opiniones de las masas durante el transcurso de los siguientes setenta años. La «Pérfida Albión» de principios de siglo es el aliado de Francia bajo el sucesor de Napoleón. Rusia, dos veces invadida por Francia y que asistió con satisfacción a los reveses franceses, se convierte en su amiga.

En literatura, arte y filosofía, las evoluciones sucesivas de la opinión son aún más rápidas. Romanticismo, naturalismo, misticismo etc. surgen y decaen sucesivamente. El artista y

el escritor aplaudidos ayer, son tratados mañana con profundo desagrado.

Sin embargo, cuando analizamos todos estos cambios aparentemente tan extensos, ¿qué encontramos? Todos los que están en oposición con las creencias generales y los sentimientos de la raza son de duración efímera, y la corriente desviada pronto vuelve a su cauce. Las opiniones que no se vinculan con ninguna creencia general o sentimiento de la raza y que, por lo tanto, no pueden tener estabilidad, están a merced de cualquier casualidad, o bien, si se prefiere, de cualquier cambio en las circunstancias. Formadas por sugestión y contagio, son siempre momentáneas; florecen y desaparecen e veces tan rápidamente como los médanos formados por el viento en la costa del mar.

En la actualidad, las opiniones variables de las masas son más numerosas que nunca y esto por tres diferentes razones.

La primera es que las antiguas creencias están perdiendo su influencia en un grado cada vez mayor. Están dejando de formar las opiniones efímeras del momento de la manera en que lo hacían en el pasado. El debilitamiento de las creencias generales despeja el terreno para la aparición de opiniones caprichosas que no tienen ni pasado ni futuro.

La segunda razón es que el poder de las masas, estando en aumento y cada vez menos contrabalanceado, hace que la extrema variabilidad de las ideas peculiares de las masas que hemos visto, se pueda manifestar sin freno ni impedimento alguno.

Finalmente, la tercera razón es el reciente desarrollo de la prensa escrita por cuyo intermedio las opiniones más contrarias están siendo continuamente puestas ante la atención de las masas. Las sugestiones que podrían resultar de cada opinión individual son pronto destruidas por sugestiones de

un carácter opuesto. La consecuencia es que ninguna opinión consigue arraigar en forma amplia y que la existencia de todas ellas es efímera. En la actualidad, una opinión se desvanece antes de haber podido hallar una aceptación lo suficientemente amplia como para convertirse en general.

Un fenómeno bastante nuevo en la Historia del mundo, y muy característico de la era actual, ha resultado de estas diferentes causas; y me refiero a la impotencia de los gobiernos ante la opinión directa.

En el pasado, y en un pasado no muy distante, la acción de los gobiernos y la influencia de unos pocos escritores y de un número muy pequeño de diarios, constituía el reflejo real de la opinión pública. Hoy en día, los escritores han perdido toda influencia y los diarios sólo reflejan opiniones. En cuanto a los estadistas, lejos de dirigir la opinión, su único afán es el de seguirla. Tienen temor a la opinión, en una medida que a veces se convierte en terror, lo cual hace que adopten una línea de conducta esencialmente inestable.

La opinión de las masas tiende, así, más y más a convertirse en el supremo principio orientador de la política. Hoy en día llega tan lejos como para forzar alianzas, tal como ha sido recientemente el caso de la alianza franco-rusa, que es tan sólo el resultado de un movimiento popular. Un síntoma curioso de los tiempos actuales es el observar como papas, reyes y emperadores consienten en ser entrevistados a fin de tener un medio para someter sus opiniones sobre un asunto determinado al juicio de las masas. Antes podrá haber sido correcto decir que la política no era una cuestión de sentimientos. ¿Puede lo mismo decirse en la actualidad cuando la política está cada vez más al arbitrio de masas cambiantes a las que no es posible influenciar por la razón y que sólo pueden ser guiadas por sentimientos?

En cuanto a la prensa que antes solía dirigir a la opinión, se ha tenido que humillar, al igual que los gobiernos, ante el poder de las masas. Detenta, sin duda, una influencia considerable pero sólo porque es exclusivamente el reflejo de las opiniones de las masas y de sus incesantes variaciones. Convertida en mera agencia de suministro de información, la prensa ha renunciado a todo intento de imponer una idea o una doctrina. Sigue todos los cambios del pensamiento público, obligada a hacerlo por las necesidades de la competencia so pena de perder a sus lectores. Los antiguos y formales órganos influyentes del pasado, tales como el *Constitutionnel*, el *Debats*, o el *Siècle*, que fueron aceptados como oráculos por la generación anterior, o bien han desaparecido o bien se han convertido en diarios típicamente modernos en los cuales un máximo de noticias se halla comprimido entre artículos livianos, chismes sociales y nebulosas financieras. No podría ni pensarse en la actualidad de un diario lo suficientemente adinerado como para permitir a sus columnistas el ventilar sus opiniones personales y esas opiniones tendrían escaso peso para lectores que sólo piden ser informados o entretenidos y que sospechan de toda afirmación que está sugerida por motivos especulativos. Incluso los críticos han cesado de ser capaces de asegurar el éxito de un libro o de una obra de teatro. Son capaces de hacer daño, pero no de brindar un servicio. Los diarios son tan conscientes de la inutilidad de cualquier cosa que tenga la forma de crítica o de opinión personal, que han llegado al punto de suprimir la crítica literaria limitándose a citar el título del libro, agregando un «copete» de dos o tres líneas[25]. Dentro de veinte años, el mismo destino le sobrevendrá probablemente a la crítica teatral.

La observación atenta del curso de la opinión se ha convertido, no casualmente, en la principal preocupación de la prensa y de los gobiernos. Lo que desean saber inmediatamente es el efecto producido por un acontecimiento, una propuesta legislativa, un discurso; y la tarea no es fácil porque nada hay más móvil y cambiante que el pensamiento de las masas, y nada más frecuente que el verlas execrar hoy lo que han aplaudido ayer.

Esta total ausencia de cualquier clase de dirección de la opinión y, simultáneamente, la destrucción de creencias generales tiene por resultado final una extrema divergencia de convicciones de toda índole y una indiferencia creciente de parte de las masas hacia todo lo que no toca claramente sus intereses inmediatos. Las cuestiones de doctrina, tales como el socialismo, solamente reclutan campeones que peroran convicciones genuinas entre las clases bastante iletradas; entre los trabajadores de las minas y de las fábricas, por ejemplo. Los miembros de la clase media baja y los trabajadores que poseen algún grado de instrucción, se han vuelto o bien profundamente escépticos, o bien extremadamente inestables en sus opiniones.

La evolución que ha tenido lugar en esta dirección durante los últimos veinticinco años es impactante. Durante el período anterior, por más cerca de nosotros que esté, las opiniones todavía tenían una tendencia general; tenían su origen en la aceptación de alguna creencia fundamental. Por el simple hecho de ser monárquico, un individuo poseía inevitablemente ciertas ideas claramente definidas en materia de Historia así como de ciencia, mientras que por el sólo hecho de ser republicano sus ideas eran bastante opuestas. Un monárquico era bien consciente de que los hombres no descienden del mono y un republicano no era menos consciente de

que ése era el verdadero origen del hombre. Era el deber de todo monárquico hablar con horror y el de todo republicano el hablar con veneración de la Gran Revolución. Había ciertos nombres, como los de Robespierre y de Marat, que debían ser pronunciados con un aire de religiosa devoción, y otros nombres, como los de César, Augusto o Napoleón, que jamás debían ser nombrados sin el acompañamiento de un torrente de invectivas. Hasta en la Sorbona francesa estuvo generalizada esta infantil moda de concebir la Historia[26].

En la actualidad, como resultado de la discusión y el análisis, todas las opiniones están perdiendo su prestigio; sus características distintivas se gastan rápidamente y pocas sobreviven con capacidad de despertar nuestro entusiasmo. El hombre de los tiempos modernos es más y más presa de la indiferencia.

El desgaste general de las opiniones no debería deplorarse demasiado. No es posible rebatir que constituye un síntoma de decadencia en la vida de un pueblo. Es cierto que los hombres dotados de una visión inmensa, casi sobrenatural, que apóstoles, líderes de masas —en una palabra: hombres de convicciones fuertes y genuinas— ejercen una influencia mucho mayor que los hombres que niegan, que critican o que son indiferentes. Pero no debe olvidarse que, dado el poder detentado actualmente por las masas, si una única opinión adquiriese tanto prestigio como para forzar su aceptación general, pronto estaría dotada de un poder tan tiránico que todo tendría que inclinarse ante ella y la era de la libre discusión se cerraría por largo tiempo. Las masas ocasionalmente son amos condescendientes, como lo fueron Heliogábalo y Tiberio, pero también son violentamente caprichosas. Una civilización, llegado el momento en que las masas se le imponen, se encuentra a merced de demasiados riesgos para

durar por mucho tiempo. Si habría algo que puede posponer por un tiempo la hora de su ruina, esto sería precisamente la extrema inestabilidad de las opiniones de las masas y su creciente indiferencia respecto de todas las creencias generales.

LIBRO III:
La clasificación y descripción de las diferentes clases de masas

Capítulo I:
La clasificación de las masas

La división general de las masas – Su clasificación.

1. Masas heterogéneas

Diferentes variedades de las mismas – La influencia de la raza – El espíritu de la raza es débil en la proporción en que el espíritu de la raza es fuerte – El espíritu de la raza representa el estado civilizado y el espíritu de la masa al estado bárbaro.

2. Masas homogéneas

Sus diferentes variedades – Sectas, castas y clases.

Hemos trazado en esta obra las características generales, comunes a las masas psicológicas. Nos resta indicar las características particulares que acompañan a las de orden general en las diferentes categorías de colectividades cuando éstas se transforman en una masa bajo la influencia de causas incitantes adecuadas. Ante todo, procederemos brevemente a la clasificación de las masas.

Nuestro punto de partida será la simple multitud. Su forma más inferior se encuentra cuando la muchedumbre está compuesta por individuos pertenecientes a diferentes razas. En este caso, el único lazo de unión es la voluntad, más o menos respetada, de un jefe. Los bárbaros de muy diverso origen que durante siglos invadieron el Imperio Romano pueden ser citados como un espécimen de multitudes de este tipo.

En un nivel superior al de las multitudes compuestas por razas diferentes están aquellas que bajo ciertas influencias

han adquirido características comunes y han terminado por formar una sola raza. Presentan a veces las características propias de las masas, pero estas características se hallan dominadas en mayor o menor medida por consideraciones raciales.

Bajo ciertas circunstancias investigadas aquí, estas dos clases de multitudes pueden ser transformadas en masas psicológicas u organizadas. Subdividiremos a estas masas organizadas en las siguientes divisiones:

A. Masas heterogéneas:

1. Masas anónimas (por ejemplo, masas callejeras).

2. Masas no anónimas (por ejemplo, jurados, asambleas parlamentarias).

B. Masas homogéneas:

1. Sectas (sectas políticas, religiosas y otras).

2. Castas (militares, clericales, obreras, etc.).

3. Clases (Burgueses, Campesinos etc.).

Describiremos brevemente las características distintivas de estas diferentes categorías de masas.

1. Masas heterogéneas

Son las colectividades cuyas características han sido estudiadas en el presente volumen. Se componen de individuos de cualquier descripción, de cualquier profesión y de cualquier grado de inteligencia.

Somos conscientes ahora de que, en cuanto a las personas, por el sólo hecho de formar parte de una masa volcada a la acción, su psicología colectiva difiere esencialmente de su psicología individual y su inteligencia resulta afectada por esta diferenciación. Hemos visto que la inteligencia no influye sobre las colectividades siendo que éstas están solamente bajo el influjo de sentimientos inconscientes.

Un factor fundamental, el de la raza, permite una diferenciación tolerablemente precisa de las distintas masas heterogéneas.

Ya nos hemos referido con frecuencia a la parte desempeñada por la raza y la hemos expuesto como el más poderoso de los factores capaces de determinar las acciones de los hombres. También se la puede rastrear en el carácter de las masas. Una masa compuesta por individuos reunidos al azar, pero todos ellos ingleses o chinos, se diferenciará ampliamente de otra masa también compuesta por individuos de cualquier descripción pero pertenecientes a otras razas —rusos, franceses o españoles, por ejemplo.

Las amplias divergencias que la constitución mental hereditaria crea en los modos de sentir y de pensar de las perso-

nas se pone inmediatamente en evidencia cuando, como rara vez ocurre, las circunstancias reúnen en la misma masa y en proporciones relativamente iguales, a individuos de diferentes nacionalidades. Y esto ocurre por más idénticos que hayan sido los intereses que provocaron la reunión. Los esfuerzos realizados por los socialistas de reunir en grandes congresos a representantes de la clase trabajadora de la población de diferentes países siempre han terminado en el más profundo desacuerdo. Una masa latina, por más revolucionaria o conservadora que se la suponga, invariablemente apelará a la intervención del Estado para realizar sus demandas. Siempre se distingue por una marcada tendencia a la centralización y por inclinarse, de un modo más o menos pronunciado, a favor de una dictadura. Una masa inglesa o norteamericana, por el contrario, no pone ninguna carga sobre el Estado y apela tan sólo a la iniciativa privada. Estas diferencias de raza explican como es que hay casi tantas diferentes formas de socialismo y de democracia como naciones.

El genio de la raza, pues, ejerce una influencia suprema sobre las predisposiciones de la masa. Es la poderosa fuerza subyacente que limita sus cambios de humor. Debería ser considerada como una ley esencial que *las características inferiores de las masas son tanto menos acentuadas cuanto más fuerte es el espíritu de la raza*. El estado de masas y la dominación de masas es equivalente al estado de barbarie o a un retorno al mismo. Es por la adquisición de un espíritu sólidamente constituido que la raza se libera, en mayor o menor medida, del poder subyacente de las masas irracionales y emerge del estado de barbarie.

La única clasificación importante a hacer en las masas heterogéneas, aparte de la basada en consideraciones raciales, es el de separarlas en masas anónimas, tales como masas ca-

llejeras, y masas no anónimas —asambleas deliberantes y jurados, por ejemplo. El sentido de responsabilidad, ausente de las masas de la primera categoría y desarrollada en las de la segunda, con frecuencia otorga una tendencia muy diferente a sus respectivas acciones.

2. Masas homogéneas

Las masas homogéneas incluyen: 1) Sectas; 2) Castas; 3) Clases.

La *secta* representa el primer paso en el proceso de organización de masas homogéneas. Una secta incluye a individuos que difieren mucho en cuanto a su educación, sus profesiones y la clase social a la que pertenecen pero que tienen un vínculo de conexión en sus creencias comunes. Ejemplos a citar serían sectas políticas y religiosas.

La *casta* representa el más alto grado de organización del cual una masa es capaz. Mientras las sectas incluyen a individuos de muy diferentes profesiones, grados de educación y entornos sociales, vinculados entre si por las creencias que afirman en común, la casta se compone de individuos de la misma profesión y, por lo tanto, de una educación similar y de un *status* social bastante igual. Ejemplos a citar serían las castas militares y sacerdotales.

La *clase* está formada por individuos de diverso origen, vinculados entre si, no por una comunidad de creencias como los miembros de una secta, ni por ocupaciones profesionales comunes como los de una casta, sino por ciertos intereses y ciertos hábitos de vida y educación casi idénticos. Los ejemplos son la clase media y la clase agrícola.

Estando interesados en esta obra solamente en masas heterogéneas, y reservando el estudio de las masas homogéneas (sectas, castas y clases) para otro volumen, no insistiré

aquí en las características de las masas de la segunda clase. Concluiré el estudio de las masas heterogéneas con el examen de unas pocas típicas y distintivas categorías de masas.

Capítulo II:
Masas denominadas criminales

Masas denominadas criminales – Una masa puede ser legalmente pero no psicológicamente criminal – La absoluta inconsciencia de las acciones de las masas – Varios ejemplos – Psicología de los autores de las masacres de Septiembre – Su razonamiento, su sensibilidad, su ferocidad y su moralidad.

Debido al hecho que las masas, luego de un período de excitación, pasan a un estado puramente automático e inconsciente en el cual resultan guiadas por sugestión, parece difícil calificarlas en cualquier caso como criminales. Retengo esta calificación errónea sólo porque ha sido definitivamente puesta de moda por investigaciones psicológicas recientes. Ciertos actos de las masas son seguramente criminales cuando se los considera meramente en si mismos, pero criminales en todo caso de la misma forma en que lo es el acto de un tigre devorándose a un hindú después de haberle permitido a sus cachorros el despedazarlo por diversión.

El motivo usual de los crímenes de las masas es una sugestión poderosa, y los individuos que participan de tales crímenes están después convencidos de que actuaron obedeciendo a su deber, algo que está lejos de ser el caso del criminal común.

La historia de los crímenes cometidos por las masas ilustra lo que antecede.

El asesinato de M. de Launay, el gobernador de la Bastilla, puede ser citado como un ejemplo típico. Después de la toma

la fortaleza, el gobernador, rodeado por una masa muy excitada, recibió golpes desde todas las direcciones. Se propuso colgarlo, cortarle la cabeza o atarlo a la cola de un caballo. Mientras forcejeaba, accidentalmente le dio un puntapié a uno de los presentes. Alguien propuso, y la sugerencia fue inmediatamente aceptada por la masa, con aclamación, que el individuo que había recibido el puntapié le cortara la garganta al gobernador.

> El individuo en cuestión, un cocinero sin trabajo, cuya principal razón de estar en la Bastilla fue mera curiosidad por enterarse de lo que sucedía, estima que, puesto que ésta es la opinión general, la acción es patriótica y hasta cree que merece una medalla por haber destruido a un monstruo. Con una espada que le prestan, asesta un golpe al cuello desnudo, pero el arma está algo mellada y desafilada por lo que saca de su bolsillo un pequeño cuchillo de mango negro y (en su calidad de cocinero tendría experiencia en cortar carne) ejecuta la operación con éxito.

El desarrollo del proceso arriba indicado se ve claramente en este ejemplo. Tenemos obediencia a una sugestión que es tanto más fuerte cuanto que procede de un origen colectivo y la convicción del asesino de que ha cometido un acto muy meritorio, una convicción tanto más natural al ver que goza de la aprobación unánime de sus conciudadanos. Un acto de este tipo puede ser considerado criminal legalmente pero no psicológicamente[27].

Las características generales de las masas criminales son precisamente las mismas que aquellas que hemos encontrado en todas las masas: apertura a la sugestión, credulidad, variabilidad, exageración de buenos o malos sentimientos, la manifestación de ciertas formas de moral, etc.

Hallaremos todas estas características presentes en una masa que ha dejado tras de si en la Historia francesa las memorias más siniestras —la masa que perpetró las masacres de Septiembre. De hecho, ofrece muchas similaridades con la masa que cometió las masacres de San Bartolomé. Tomo

prestados los detalles de la narración de M. Taine quien las extrajo de fuentes contemporáneas.

No se sabe exactamente quien dio la orden o hizo la sugerencia de vaciar las prisiones masacrando a los prisioneros. Si fue Danton, como es probable, o algún otro no importa, ya que el único factor de interés para nosotros es la poderosa sugestión recibida por la masa encargada de esta masacre.

La masa de asesinos ascendía a unas trescientas personas y era una masa heterogénea perfectamente típica. Con la excepción de un muy pequeño número de delincuentes profesionales, estaba mayormente compuesta por comerciantes y artesanos de todos los oficios: zapateros, herreros, peluqueros, albañiles, oficinistas, mensajeros, etc. Bajo la influencia de la sugestión recibida, estaban perfectamente convencidos —de la misma manera que el cocinero antes citado— de que debían ejecutar un deber patriótico. Desempeñan la doble función de juez y verdugo pero ni por un momento se consideran criminales.

Profundamente conscientes de la importancia de su deber, comienzan formando una especie de tribunal y, en relación con este acto, se observa inmediatamente la ingenuidad de las masas y su rudimentaria concepción de la justicia. Considerando el gran número de los acusados, se decide que, para empezar, los nobles, los sacerdotes, los oficiales y los miembros del servicio doméstico del rey —en una palabra: todos los individuos cuya simple profesión es prueba de su culpabilidad a los ojos de un buen patriota— serán aniquilados en masa no habiendo necesidad de una decisión especial en sus casos. El resto será juzgado en base a su apariencia personal y su reputación. En esta forma la conciencia rudimentaria de la masa queda satisfecha. Podrá ahora proceder legalmente con la masacre y dar rienda suelta a aquellos instintos cuya

génesis he indicado en otra parte y que las colectividades siempre tienen la capacidad de desarrollar en alto grado. Estos instintos, sin embargo —como es reiteradamente el caso de las masas— no impedirán la manifestación de otros sentimientos contrarios, tales como ternura, frecuentemente tan extremas como la ferocidad.

«Poseen la simpatía expansiva y la espontánea sensibilidad del trabajador parisino. En el Abbaye, uno de los federados, al enterarse de que los prisioneros han sido dejados sin agua por veintiséis horas, estuvo a punto de matar al guardia cárcel y lo hubiera hecho de no haber sido por el ruego de los propios prisioneros. Cuando un prisionero es declarado inocente (por el improvisado tribunal) todo el mundo, guardias y verdugos incluidos, lo abraza con raptos de alegría y aplaude frenéticamente», después de lo cual recomienza la masacre masiva. Durante su transcurso, nunca cesa de reinar una agradable alegría. Se baila y se canta alrededor de los cadáveres y se colocan bancos «para las damas», encantadas de ser testigos de la muerte de aristócratas. Más aún, continúa la exhibición de una especial forma de justicia.

En el Abbaye, un verdugo se queja de que las damas colocadas un poco lejos no veían bien y que sólo pocas de las presentes han tenido el placer de golpear a los aristócratas. La justicia de la observación es admitida y se decide que las víctimas deberán pasar lentamente entre dos filas de verdugos que tendrán la obligación de golpearlas con el dorsos de sus espadas solamente tanto como para prolongar la agonía. En la prisión de la Force las víctimas son completamente desnudadas y literalmente «grabadas» durante media hora, después de lo cual, cuando todo el mundo ha tenido una buena visión, se los liquida con un golpe que pone al descubierto sus entrañas.

Los verdugos también tienen sus escrúpulos y exhiben un sentido moral cuya existencia en las masas ya hemos señalado. Se rehúsan a apropiarse del dinero y las joyas de sus víctimas y llevan estas pertenencias a la mesa de los comités.

Estas rudimentarias formas de razonar, características de la mente de las masas, son siempre rastreables en todos sus actos. Así, después de la masacre de 1200 o 1500 enemigos de la nación, alguien hace el comentario —y su sugerencia es adoptada de inmediato— que los demás prisioneros, aquéllos entre quienes se encuentran mendigos, vagabundos y prisioneros jóvenes, en realidad constituyen bocas inútiles de las que sería útil librarse. Además, entre ellos seguramente habrá enemigos del pueblo, una mujer de nombre Delarue, por ejemplo, la viuda de un envenenador: «*Debe estar furiosa por hallarse en prisión; si podría, incendiaría a París: debe haber dicho eso; ha dicho eso. Otra de la que es bueno librarse*». La demostración parece convincente y los prisioneros son masacrados sin excepción, incluyendo en la cantidad a unos cincuenta niños de entre doce y diecisiete años de edad, quienes, por supuesto, pueden convertirse en enemigos de la nación y de quienes, en consecuencia, era claramente mejor librarse.

Al final de una semana de trabajo, finalizadas todas estas operaciones, los verdugos pueden pensar en reponerse. Profundamente convencidos de que han servido bien a su país, se dirigieron a las autoridades demandando una recompensa. Los más ardientes llegaron tan lejos como para reclamar una medalla.

La historia de la Comuna de 1871 ofrece varios hechos análogos a los que anteceden. Dada la creciente influencia de las masas y las sucesivas capitulaciones ante ellas por parte

de quienes detentaban la autoridad, estamos destinados a ser testigos de muchos otros de similar naturaleza.

Capítulo III:
Jurados penales

Jurados penales – Características generales de los jurados – Las estadísticas demuestran que sus decisiones son independientes de su composición – La forma en que se puede impresionar a los jurados – El estilo y la influencia de la argumentación – Los métodos de persuasión – La naturaleza de los crímenes ante los cuales los jurados son indulgentes o severos respectivamente – La utilidad del jurado como institución y el peligro que resultaría de que su lugar fuese ocupado por magistrados.

No pudiendo aquí estudiar cada categoría de jurados examinaré tan sólo la más importante —la de los jurados de la Corte de Asís. Estos jurados ofrecen un excelente ejemplo de la masa heterogénea que no es anónima. Hallaremos que demuestran tener sugestionabilidad y tan sólo una leve capacidad de raciocinio, mientras que se hallan abiertas a la influencia de los líderes de masas, estando guiadas mayormente por sentimientos inconscientes. En el transcurso de esta investigación tendremos ocasión de observar algunos ejemplos interesantes de los errores que pueden ser cometidos por personas no familiarizadas con la psicología de las masas.

Los jurados, en primer lugar, nos ofrecen un buen ejemplo de la escasa importancia que tiene el nivel mental de los diferentes elementos que componen una masa en lo concerniente a las decisiones que toman. Hemos visto que, cuando se convoca a una asamblea deliberativa para dar su opinión sobre una cuestión cuyo carácter no es enteramente técnico, la inteligencia no sirve de nada. Por ejemplo, una asamblea

de científicos o de artistas, debido al mero hecho de formar una asamblea, no producirá, sobre asuntos generales, juicios sensiblemente diferentes de los que produciría una asamblea de albañiles o verduleros. Durante varios períodos, particularmente antes de 1848, la administración francesa instituyó una selección cuidadosa de las personas convocadas a formar un jurado, eligiendo a los jurados de entre las clases ilustradas; designando profesores, funcionarios, hombres de letras, etc. En la actualidad los jurados se reclutan en su mayor parte de entre pequeños comerciantes, pequeños capitalistas y empleados. Sin embargo, para gran asombro de los escritores especializados, las decisiones de los jurados han sido idénticas cualesquiera que fuese su composición. Incluso los magistrados, hostiles como son a la institución del jurado, han tenido que reconocer la exactitud de esta afirmación. M. Berard des Glajeux, un expresidente de la Corte de Asís, se manifiesta sobre el asunto en sus *Memorias* en los siguientes términos:

> La selección de las personas del jurado está actualmente en realidad en las manos de los consejeros municipales, quienes agregan personas a la lista o las eliminan de ella de acuerdo con las preocupaciones políticas y electorales inherentes a su situación... La mayoría de los jurados designados son personas dedicadas al comercio, pero también personas de menor importancia y empleados pertenecientes a ciertas ramas de la administración... Ambas profesiones no cuentan para nada una vez asumido el papel de juez. Muchos de los jurados tienen el ardor de los neófitos y los hombres de las mejores intenciones, al estar similarmente dispuestos en situaciones humildes, ha hecho que el espíritu del jurado no haya cambiado: *sus veredictos han permanecido siendo los mismos.*

En el pasaje que acabamos de citar, hay que retener en la mente las conclusiones, que son correctas, y no las explicaciones, que son débiles. No debemos sorprendernos demasiado ante esta debilidad ya que, por regla, tanto consejeros como magistrados parecen ser igualmente ignorantes de la psicología de las masas y, consecuentemente, de la de los jura-

dos. Encuentro una prueba de esta afirmación en un hecho relatado por el autor recientemente citado. Hace notar que Lachaud, uno de los más ilustres abogados de la Corte de Asís, hizo un sistemático uso de su derecho a objetar a todos los jurados inteligentes de la lista. Sin embargo, la experiencia —y solamente la experiencia— terminó haciéndonos conocer la total inutilidad de estas objeciones. Esto está probado por el hecho que hasta el día de hoy, los fiscales y los abogados —en todo caso aquellos que pertenecen al distrito de París— han renunciado enteramente a su derecho de objetar un jurado y a pesar de ello, como indica M. des Glajeux, los veredictos no han cambiado; «*no son, ni mejores ni peores*».

Al igual que las masas, los jurados se impresionan muy fuertemente por consideraciones sentimentales y muy levemente por argumentos. «*No pueden resistir la vista* —escribe un abogado— *de una madre dándole el pecho a su hijo, o el de los huérfanos*». «*Es suficiente que una mujer tenga una presencia agradable* —dice M. des Glajeux— *para ganarse la benevolencia del jurado*».

Carentes misericordia por crímenes de los cuales parecería posible que ellos mismos podrían terminar siendo víctimas —estos crímenes, por lo demás, son los más peligrosos para la sociedad— los jurados, en contrapartida, son muy indulgentes en el caso de violaciones a la ley cuyo motivo es la pasión. Son muy raramente severos en casos de infanticidio cometidos por niñas-madres, o duros con la mujer que arroja ácido sulfúrico al hombre que la ha seducido y abandonado, porque instintivamente sienten que la sociedad corre muy poco peligro por tales crímenes[28] y que en un país en el cual la ley no protege a las mujeres abandonadas, el crimen de una joven que toma venganza resulta más beneficioso que dañino, por cuanto disuade a futuros seductores.

Los jurados, al igual que las masas, se dejan impresionar profundamente por el prestigio y el Presidente des Gajeux destaca muy adecuadamente que por más democráticos que sean los jurados en su composición, resultan ser muy aristocráticos en sus filias y sus fobias. «*Nombre, cuna, gran fortuna, celebridad, la asistencia de un defensor ilustre, cualquier cosa de naturaleza distinguida o que otorgue brillo al acusado, lo pone en una posición extremadamente favorable*».

La principal preocupación de una buena defensa debería ser la de trabajar sobre los sentimientos del jurado y, como con todas las masas, argumentar lo menos posible, o bien emplear tan sólo modos rudimentarios de razonamiento. Un abogado inglés, famoso por sus éxitos en las cortes, ha establecido muy bien la línea de acción a seguir:

> Durante el alegato observará atentamente al jurado. La oportunidad más favorable ha llegado. Basado en su conocimiento y experiencia, el abogado lee el efecto de cada frase en las caras de los miembros del jurado y saca sus conclusiones en consecuencia. El primer paso es asegurarse de cuales miembros ya son favorables a su caso. Hace falta poco trabajo para ganar definitivamente su adhesión y, habiéndolo logrado, enfoca su atención sobre los miembros que, por el contrario, parecen mal predispuestos y se dispone a descubrir por qué son hostiles al acusado. Ésta es la parte delicada de su tarea puesto que puede haber una infinidad de razones para condenar a una persona, aparte del sentimiento de justicia.

Estas pocas líneas resumen todo el mecanismo del arte de la oratoria y vemos por qué el discurso preparado de antemano tiene un efecto tan escaso, siendo necesario poder modificar los términos empleados de un momento a otro, de acuerdo con la impresión producida.

El orador no necesita convertir a su opinión a todos los miembros del jurado sino solamente a los espíritus lideradores del mismo quienes determinarán la opinión general. Como en todas las masas, también en los jurados hay un reducido número de individuos que sirven de guía al resto. «*He*

hallado por experiencia —dice el abogado antes citado— *que una o dos personas enérgicas bastan para arrastrar el resto del jurado con ellas*». Es a esos dos o tres que es necesario convencer por medio de hábiles sugestiones. Ante todo y por encima de todo es necesario agradarles. La persona que forma parte de una masa a la cual uno ha tenido éxito en agradar está a punto de ser convencida y está bastante dispuesta a aceptar como excelente cualquier argumento que se le ofrezca. Extraigo la siguiente anécdota de un interesante informe sobre M. Lachaud al que aludo más arriba:

> Es bien sabido que durante los discursos que pronunciaba en el transcurso de una sesión, Lachaud nunca perdía de vista a los dos o tres jurados de quienes sabía o presentía que eran influyentes pero obstinados. Por regla general tenía éxito en ganarse a estos jurados refractarios. En una ocasión, sin embargo, en las provincias, tuvo que vérselas con un hombre del jurado al cual le alegó en vano durante tres cuartos de hora con sus más punzantes argumentos. El hombre era el séptimo jurado, el primero sobre el segundo banquillo. El caso era desesperado. De pronto, en medio de una apasionada demostración, Lachaud se detuvo bruscamente y, dirigiéndose al Presidente de la corte le dijo: «¿Podría dar instrucciones para correr las cortinas allá enfrente? El séptimo miembro del jurado está siendo encandilado por el sol». El hombre del jurado se ruborizó, sonrió y expresó su agradecimiento. Había sido conquistado por la defensa.

Muchos escritores, algunos de ellos muy distinguidos, han iniciado recientemente una fuerte campaña en contra de la institución del jurado a pesar de que es la única protección de la cual disponemos contra los errores, realmente muy frecuentes, de una casta que no se halla bajo ningún control[29]. Una parte de estos escritores aboga por un jurado reclutado exclusivamente de entre las filas de las clases ilustradas; pero ya hemos probado que aún en este caso los veredictos serían idénticos a los producidos por el actual sistema. Otros escritores, basándose en los errores cometidos por los jurados, los abolirían reemplazándolos por jueces. Es difícil de ver como estos supuestos reformadores pueden olvidar que los errores

por los cuales se critica a los jurados fueron cometidos en primera instancia por los jueces y que, cuando una persona llega ante un jurado, ya ha sido hallado culpable por varios magistrados; por el juez de instrucción, por el fiscal y por la Corte de Acusación. De este modo debería quedar en claro que si el acusado fuese definitivamente juzgado por jueces en lugar de serlo por un jurado, perdería su única oportunidad de ser declarado inocente. Los errores de los jurados han sido siempre, antes que nada, errores de los magistrados. Es sólo a los magistrados, pues, a quienes se debería culpar cuando aparecen errores judiciales particularmente monstruosos como, por ejemplo, la reciente condena del Dr. L... quien, juzgado por un juez de instrucción de excesiva estupidez, sobre la base de la acusación de una joven semiidiota quien acusó al doctor de haber cometido una operación ilegal sobre ella por treinta francos, hubiera sido enviado a la cárcel si no hubiese sido por la explosión de la indignación pública que tuvo por resultado el que fuese inmediatamente liberado por el Jefe de Estado. El carácter honorable reconocido al hombre condenado por parte de todos sus conciudadanos hizo autoevidente la magnitud del error. Los propios magistrados lo admitieron y, aún así, por consideraciones de casta, hicieron todo lo que estuvo a su alcance para impedir que se firmara el indulto. En todos los casos similares, el jurado, enfrentado con detalles técnicos que es incapaz de comprender, naturalmente escucha al fiscal pensando en que, después de todo, el asunto fue investigado por magistrados adiestrados para desentrañar las situaciones más complicadas. ¿Quiénes, entonces, son los verdaderos autores del error: los miembros del jurado o los magistrados? Deberíamos aferrarnos vigorosamente a los jurados. Constituyen, quizás, la única categoría de masa que no puede ser reempla-

zada por ninguna individualidad. Sólo ellos pueden atemperar la severidad de la ley, la cual, igual para todos, debería en principio ser ciega y no tomar conocimiento de casos particulares. Inaccesible a la piedad y sosteniendo nada más que el texto de la ley, el juez en su severidad profesional le aplicaría la misma pena al ladrón culpable de homicidio y a la pobre muchacha a la cual la pobreza y el abandono de su seductor han llevado al infanticidio. El jurado, por el otro lado, instintivamente siente que la muchacha seducida es mucho menos culpable que el seductor quien, sin embargo, no es alcanzado por la ley, y que es ella la que merece toda indulgencia.

Estando bien familiarizado con la psicología de las castas y también con la psicología de otras clases de masas, no veo ningún caso en el cual, falsamente acusado de un crimen, no preferiría tener que vérmelas con un jurado antes que con magistrados. Tendría alguna chance de que mi inocencia fuese reconocida por el primero y ni la más mínima de que fuese admitida por los segundos. El poder de las masas ha de ser temido, pero el poder de ciertas castas es de temer mucho más. Las masas pueden estar abiertas a la persuasión; las castas nunca lo están.

Capítulo IV:
Masas electorales

Características generales de las masas electorales – La manera de persuadirlas – Las cualidades que debería poseer un candidato – Necesidad de prestigio – Por qué trabajadores y campesinos tan raramente eligen a candidatos de su propia clase – La influencia de palabras y fórmulas sobre el elector – El aspecto general de la oratoria electoral – Cómo se forman las opiniones del elector – El poder de los comités políticos – Representan la más formidable forma de tiranía – Los comités de la Revolución – El sufragio universal no puede ser reemplazado a pesar de su escaso valor psicológico – Por qué es que los votos registrados permanecerían siendo los mismos aún si el derecho del sufragio fuese restringido a una limitada clase de ciudadanos – Lo que el sufragio universal expresa en todos los países.

Masas electorales —es decir: colectividades investidas del poder de elegir a los ejecutores de ciertas funciones— constituyen masas heterogéneas pero, como su acción queda confinada a una sola y claramente determinada cuestión y que consiste en optar entre diferentes candidatos, presentan solamente algunas de las características previamente descriptas. De las características peculiares de las masas presentan sólo la escasa aptitud para razonar, la ausencia de espíritu crítico, irritabilidad, credulidad y simplicidad. Más allá de ello, en su decisión puede rastrearse la influencia de los conductores de masas y la parte que juegan los factores que hemos enumerado: afirmación, repetición, prestigio y contagio.

Examinemos los métodos por los cuales las masas electorales han de ser persuadidas. Será fácil deducir su psicología de los métodos que han sido más exitosos.

Es de importancia primordial que el candidato posea prestigio. El prestigio personal sólo puede ser reemplazado por el que resulta de la fortuna. Talento y hasta genialidad no son elementos exitosos seriamente importantes.

Por el contrario, es de capital importancia la necesidad que el candidato tiene de poseer prestigio, esto es, de ser capaz de imponerse al electorado sin discusión. La razón por la cual los electores —de quienes la mayoría son obreros o campesinos— tan raramente eligen a un hombre de entre sus propias filas para representarlos es la de que una persona así no goza de prestigio entre ellos. Cuando, por casualidad, eligen a un hombre que es su igual, por regla general esto es por razones secundarias; por ejemplo, para humillar a un hombre eminente, o bien a un influyente empleador de quien el elector depende cotidianamente y sobre el cual, de este modo, tiene la ilusión de enseñorearse por un momento.

Sin embargo, la posesión de prestigio no es suficiente para asegurar el éxito de un candidato. El elector es sensible, en particular, al halago de su codicia y de su vanidad. Tiene que ser cubierto de adulonerías y no debe haber vacilación alguna en hacerle las más fantásticas promesas. Si es un obrero, será imposible ir demasiado lejos en el insulto y en la estigmatización de los empleadores. En cuanto al candidato rival, se deberá hacer un esfuerzo para destruir sus posibilidades estableciendo, por medio de afirmaciones, repeticiones y contagio, que es un absoluto rufián, siendo que es de conocimiento público que es culpable de varios crímenes. Por supuesto, es inútil tomarse el trabajo de ofrecer cualquier cosa parecida a una prueba. Si el adversario no está bien familiarizado con la psicología de las masas, tratará de justificarse con argumentos en lugar de replicar a una serie de afirma-

ciones con otra, y no tendrá oportunidad alguna de tener éxito.

El programa escrito del candidato no debería ser demasiado categórico puesto que, más adelante, sus adversarios podrían esgrimirlo en su contra; en su programa verbal, sin embargo, no puede haber demasiada exageración. Las reformas más importantes pueden ser audazmente prometidas. En el momento en que son hechas, estas exageraciones producen un gran efecto y no resultan comprometedoras para el futuro siendo que es un hecho de observación reiterada que el elector nunca se toma el trabajo de averiguar en qué medida el candidato elegido ha ejecutado el programa que el elector aplaudió y en virtud del cual se supone que ganó la elección.

En lo que precede, todos los factores de persuasión que hemos descripto deben ser respetados. Nos encontraremos con ellos nuevamente en la acción ejercida por las palabras y las fórmulas sobre cuyo mágico efecto ya hemos insistido. Un orador que sabe utilizar estos medios de persuasión puede hacer lo que se le antoja con una masa. Expresiones tales como capitalismo infame, viles explotadores, el admirable obrero, la socialización de la riqueza, etc., siempre producen el mismo efecto aún cuando estén algo gastadas por el uso. Pero el candidato que esgrime una nueva fórmula, tan carente como sea posible de un significado preciso e indicada, por consiguiente, para halagar a las más variadas aspiraciones, infaliblemente obtendrá éxito. La sanguinaria revolución española de 1873 se produjo por una de esta frases mágicas de significado complejo en la que cada uno puso su propia interpretación. Un escritor contemporáneo describió el lanzamiento de esa frase en términos que merecen ser citados:

> Los radicales hicieron el descubrimiento de que una república centralizada es una monarquía disfrazada y, para burlarse de ellos, las Cortes unánimemente proclamaron una *república federal*, a pesar de que ninguno de los votantes podría haber explicado qué era lo que había acabado de votar. Esta fórmula, sin embargo, encantó a todos; la alegría fue intoxicante, delirante. El reino de la virtud y de la felicidad acababa de ser instaurado sobre la tierra. Un republicano cuyo oponente le negaba el título de federalista se consideraba mortalmente insultado. Las personas se saludaban en la calle con las palabras «¡Viva la República Federal!». Después de lo cual se cantaban loas a la mística virtud de la ausencia de disciplina en el ejército y a la autonomía de los soldados. ¿Qué se entendió bajo «república federal»? Hubo quienes dieron en entender que significaba la emancipación de las provincias, instituciones similares a las de los Estados Unidos, y la descentralización administrativa; otros tenían a la vista la abolición de toda autoridad y el rápido comienzo de la gran liquidación social. Los socialistas de Barcelona y de Andalucía estaban por la soberanía absoluta de sus comunas; propusieron endosarle a España diez mil municipios independientes, legislar por cuenta propia y hacer que su creación fuese acompañada por la supresión de la policía y del ejército. En las provincias del Sur pronto se vio a la insurrección extenderse de pueblo en pueblo y de villorrio en villorrio. Después de que un pueblucho había hecho su "pronunciamiento", su primer preocupación consistió en destruir los cables telegráficos y las líneas de ferrocarril tanto como para destruir toda comunicación con sus vecinos y con Madrid. El caserío más lamentable estaba determinado a erguirse sobre su propio trasero. La federalización había dado lugar al cantonalismo, marcado por masacres, incendios, más toda clase de brutalidades, y sangrientas saturnalias se celebraron a lo largo y a lo ancho del país.

En cuanto a la influencia que puede ser ejercida por el razonamiento sobre las mentes de los electores, el albergar la menor duda sobre este aspecto sólo puede ser el resultado de no haber leído jamás los informes sobre un mitin electoral. En estas reuniones se intercambian afirmaciones, invectivas y a veces golpes, pero nunca argumentos. Si el silencio se establece por un momento es porque alguno de los presentes, con reputación de ser un «duro contendiente» ha anunciado que está por importunar al candidato con una de esas preguntas incómodas que siempre son para regocijo de la audiencia. Sin embargo, la satisfacción del partido opositor tie-

ne corta vida porque la voz del que pregunta muy pronto queda ahogada en el rugido proferido por sus adversarios. Los siguientes relatos de actos públicos, elegidos de entre cientos de ejemplos similares y tomados de las páginas de la prensa diaria, pueden ser considerados como típicos:

> Uno de los organizadores del acto solicita a la asamblea que elija un presidente y se desata la tormenta. Los anarquistas saltan a la plataforma para tomar la mesa del comité por asalto. Los socialistas se defienden enérgicamente. Se intercambian golpes y cada facción acusa a la otra de ser espías pagados por el gobierno y etc. etc. Un ciudadano abandona la sala con un ojo negro.
>
> A la larga, el comité se instala lo mejor que puede en medio del tumulto y el derecho de hacer uso de la palabra es concedido al «Camarada» X.
>
> El orador inicia un vigoroso ataque contra los socialistas quienes lo interrumpen con gritos de «¡Idiota! ¡Tramposo! ¡Impostor!» etc. —epítetos a los cuales el Camarada X replica exponiendo su teoría según la cual los socialistas son «imbéciles» o «payasos».
>
> El partido Allemanista había organizado ayer por la tarde, en la Sala de Comercio de la Rue du Faubourg-du-Temple, un gran acto, preliminar a la festividad obrera del 1° de Mayo. La consigna del acto era «Calma y Tranquilidad».
>
> El Camarada G... alude a los socialistas llamándolos «idiotas» e «hipócritas».
>
> Ante estas palabras se produce un intercambio de insultos y tanto los oradores como la audiencia se lían a golpes. Sillas, mesas, bancos resultan convertidos en armas, y etc. etc.

No debe suponerse ni por un momento que esta descripción de discusiones es propia de determinada clase de electores y dependiente de su posición social. En cualquier clase de asamblea anónima, aún la compuesta exclusivamente por personas altamente educadas, las discusiones siempre toman la misma forma. Ya he expuesto que, cuando las personas se reúnen en una masa, opera una tendencia a su nivelación mental y la prueba de ello se encuentra a cada vuelta de esquina. Tómese, por ejemplo, el siguiente extracto de un in-

forme sobre un acto al que asistieron exclusivamente estudiantes y que tomo de prestado del Temps del 13 de Febrero de 1895:

> El tumulto sólo aumentó a medida que avanzaba la tarde. No creo que ningún orador haya podido pronunciar dos frases sin ser interrumpido. A cada instante surgían gritos de una dirección, o de la otra, o de todas las direcciones al mismo tiempo. El aplauso se entremezclaba con los chistidos, se producían violentas discusiones entre miembros individuales de la audiencia, se blandían garrotes en forma amenazadora, se pataleaba rítmicamente sobre el piso y quienes interrumpían eran saludados con gritos de «¡Échenlo!» o bien «¡Que hable!».
>
> El Sr. C... volcó epítetos tales como odiosa, cobarde, monstruosa, vil, venal y vengativa, sobre la Asociación que había declarado querer destruir, etc. etc.

¿Cómo, se pregunta uno, podría un elector formarse una opinión bajo tales condiciones? Pero el hacer esa pregunta es hacerse extrañas ilusiones en cuanto a la medida de libertad que puede gozar una colectividad. Las masas tienen opiniones que les han sido impuestas, pero nunca profieren opiniones razonadas. En el caso bajo consideración la opinión y los votos de los electores se hallan en las manos de los comités electorales, cuyos espíritus conductores son, por regla, los dueños de tabernas, teniendo estas personas gran influencia sobre los obreros a quienes les otorgan créditos. «*¿Sabe Usted qué es un comité electoral? —escribe M. Scherer, uno de los más valientes campeones de la democracia actual—. No es ni más ni menos que la piedra angular de nuestras instituciones, la pieza maestra de la maquinaria política. Francia está gobernada hoy en día por comités electorales*[30]».

Ejercer una influencia sobre estos comités no es difícil, siempre y cuando el candidato sea, en si, aceptable y posea adecuados recursos financieros. De acuerdo a la confesión de

los donantes, tres millones de francos fueron suficientes para asegurar las reiteradas elecciones del General Boulanger.

Tal es la psicología de las masas electorales. Es idéntica a la de otras masas: ni mejor ni peor.

En consecuencia, no extraigo de lo que precede ninguna conclusión en contra del sufragio universal. Si yo tuviese que decidir su destino, lo mantendría tal como está por razones prácticas que, de hecho, pueden ser deducidas de nuestra investigación sobre la psicología de las masas y que expondré después de haber señalado sus desventajas.

Sin duda alguna, la debilidad del sufragio universal es demasiado obvia como para pasarla por alto. No puede negarse que la civilización ha sido la obra de una pequeña minoría de inteligencias superiores constituyendo la cúspide de una pirámide cuyas gradas, ensanchándose en la misma proporción en que merma el poder mental, representan a las masas de una nación. La grandeza de una nación seguramente no puede depender de los votos emitidos por elementos inferiores que detentan solamente la fuerza del número. Indudable es, también, que los votos emitidos por las masas con frecuencia son muy peligrosos. Ya nos han costado varias invasiones y, en vista del triunfo del socialismo para el cual están preparando el camino, es probable que las veleidades de la soberanía popular todavía nos saldrán aún más caras.

Sin embargo, por más excelentes que sean estas objeciones en teoría, en la práctica pierden toda fuerza, como se admitirá si se recuerda la invencible fuerza que tienen las ideas convertidas en dogmas. El dogma de la soberanía de las masas es tan poco defendible desde el punto de vista filosófico como los dogmas religiosos de la Edad Media, pero en la actualidad goza del mismo poder absoluto que aquéllos gozaron en el pasado. Consecuentemente, es tan inatacable como

en el pasado lo fueron nuestras ideas religiosas. Imagínense a un librepensador moderno milagrosamente transportado a plena Edad Media. ¿Suponen ustedes que, después de haber constatado el poder soberano de las ideas religiosas que en aquél entonces estaban en vigor, estaría tentado de atacarlas? Habiendo caído en las manos de un juez dispuesto a mandarlo a la hoguera bajo la imputación de haber hecho un pacto con el diablo, o de haber estado presente en el aquelarre de las brujas ¿se le ocurriría poner en duda la existencia del demonio o de la brujería? El oponerse a las creencias de las masas con discusiones es tan inocuo como oponerse a los ciclones con argumentos. El dogma del sufragio universal posee hoy en día el mismo poder que tuvieron otrora los dogmas cristianos. Oradores y escritores aluden al mismo con un respeto y una adulación que jamás conoció Luis XIV. En consecuencia, se debe adoptar para con él la misma posición que la pertinente frente a todos los dogmas religiosos. Sólo el tiempo puede actuar sobre ellos.

Aparte de ello, sería de lo más inútil tratar de socavar este dogma en la medida en que posee una apariencia de racionabilidad en su favor. «*En una era de igualdad* —destaca acertadamente Tocqueville— *los hombres no tienen fe los unos en los otros por el hecho de ser todos similares; sin embargo esta misma similitud les otorga una casi ilimitada confianza en el juicio del público, siendo la razón de ello que no parece ser probable que, al estar todos los hombres igualmente ilustrados, la verdad y la superioridad numérica no vayan de la mano*».

¿Debemos creer que con un sufragio restringido —un sufragio restringido a los intelectualmente capaces, si se quiere — se produciría una mejora en los votos de las masas? No puedo admitir ni por un momento que éste sería el caso y esto por las razones ya dadas en relación con la inferioridad

mental de todas las colectividades, cualesquiera que sea su composición. En una masa, todos los hombres tienden hacia un mismo nivel y, sobre cuestiones genéricas, un voto emitido por cuarenta académicos no es mejor que el de cuarenta aguateros. No creo en lo más mínimo que los votos por los cuales se critica al sufragio universal —el restablecimiento del Imperio, por ejemplo— hubiera tenido un resultado diferente si los votantes hubiesen sido reclutados de entre personas instruidas y liberalmente educadas. Por el hecho de que alguien sepa griego o matemáticas, sea un arquitecto, un veterinario, un doctor o un abogado, no necesariamente se halla dotado de una inteligencia superior en materia de cuestiones sociales. Todos nuestros economistas políticos están altamente educados, y aún así ¿hay acaso una sola cuestión general —proteccionismo, bimetalismo etc.— sobre la cual hayan conseguido ponerse de acuerdo? La explicación está en que su ciencia es sólo una forma muy atenuada de nuestra ignorancia universal. Respecto de problemas sociales, dado el número de cantidades desconocidas que presentan, todos los hombres son sustancialmente igual de ignorantes.

En consecuencia, si el electorado estuviese compuesto por personas abarrotadas de ciencias, sus votos no serían mejores que los emitidos hasta el presente. Estarían mayormente guiados por sus sentimientos y por espíritu partidario. No nos veríamos libres de ninguna de las dificultades con las que hoy tenemos que luchar y seguramente quedaríamos sujetos a la opresiva tiranía de las castas.

Tanto si el sufragio de las masas es restringido o general, tanto si es ejercido bajo una república o una monarquía, en Francia, en Bélgica, en Grecia, en Portugal o en España, en todas partes es idéntico; y cuando todo está dicho, resulta ser la expresión de las aspiraciones inconscientes y de las nece-

sidades de la raza. En cada país el promedio de las opiniones de quienes resultan elegidos representa el genio de la raza y se encontrará que no cambia sensiblemente de una generación a la otra.

Se ve, pues, que nos enfrentamos una vez más con la noción fundamental de la raza, con la que nos hemos encontrado tan a menudo, y también con la otra noción, que es consecuencia de la primera, que nos indica que las instituciones y los gobiernos juegan sólo un pequeño papel en la vida de un pueblo. Los pueblos resultan guiados mayormente por el genio de su raza, esto es, por el cúmulo heredado de cualidades de las cuales el genio es la suma total. La raza y la esclavitud de nuestras necesidades cotidianas son las misteriosas causas maestras que gobiernan nuestro destino.

Capítulo V:
Asambleas parlamentarias

Las masas parlamentarias presentan la mayoría de las características propias de las masas heterogéneas no anónimas – La simplicidad de sus opiniones – Su sugestionabilidad y sus límites – Sus opiniones fijas indestructibles y sus opiniones cambiantes – La razón del predominio de la indecisión – El papel de los líderes – La razón de su prestigio – Son los verdaderos amos de una asamblea cuyos votos, además, son meramente los de una pequeña minoría – El poder absoluto que ejercen – Los elementos de su arte oratorio – Frases e imágenes – La necesidad psicológica que padecen sus líderes de ser, en un sentido general, de mente estrecha y de convicciones obstinadas – Para un orador sin prestigio, es imposible obtener el reconocimiento de sus argumentos – La exageración de los sentimientos, tanto malos como buenos, en que caen las asambleas – En cierto momento se vuelven automáticas – Las sesiones de la Convención – Casos en los que una asamblea pierde las características de una masa – La influencia de los especialistas cuando surgen cuestiones técnicas – Las ventajas y los peligros de un sistema parlamentario en todos los países – Está adaptado a las necesidades modernas, pero implica un despilfarro financiero y el progresivo cercenamiento de todas las libertades – Conclusión.

En las asambleas parlamentarias tenemos un ejemplo de masas heterogéneas que no son anónimas. A pesar de que el modo de elegir a sus miembros varía de época en época, y de nación en nación, las asambleas presentan características muy similares. En este caso, la influencia de la raza se hace sentir, para debilitar o para exagerar las características comunes a todas las masas, pero no impide su manifestación. Las asambleas parlamentarias de los países más diversos, tales como Grecia, Portugal, España, Francia y América presentan grandes analogías en sus debates y en sus votos, de-

jando a sus respectivos gobiernos cara a cara con las mismas dificultades.

Más aún, el sistema parlamentario representa el ideal de todos los pueblos civilizados modernos. Este sistema es la expresión de la idea, psicológicamente errada pero generalmente admitida, que una gran reunión de personas es mucho más capaz que una pequeña de arribar a una decisión sabia e independiente sobre un asunto determinado.

Las características generales que se pueden encontrar en las asambleas parlamentarias son: simplicidad intelectual, irritabilidad, sugestionabilidad, la exageración de los sentimientos y la influencia preponderante de unos pocos líderes. Sin embargo, como consecuencia de su especial composición, las masas parlamentarias presentan algunos caracteres distintivos que veremos brevemente.

La simplicidad de sus opiniones es una de sus más importantes características. En todos los partidos, y más especialmente entre los pueblos latinos, en masas de esta clase existe una tendencia invariable a resolver los más complicados problemas sociales con los principios abstractos más simples y con leyes genéricas aplicables a todos los casos. Naturalmente, los principios varían con el partido; pero puesto que los miembros individuales son parte de una masa, siempre están inclinados a exagerar el valor de sus principios y a llevarlos al extremo. En consecuencia, los parlamentos son más bien representantes de opiniones extremas.

El ejemplo más perfecto de la ingenua simplificación de las opiniones características de las asambleas lo ofrecen los jacobinos de la Revolución Francesa. Dogmáticos y consecuentes hasta el último hombre, con sus cerebros repletos de vagas generalidades, se concentraron en la aplicación de ideas fijas sin ocuparse de los acontecimientos. Se ha dicho

de ellos, con razón, que pasaron por la Revolución sin darse cuenta de ella. Con la ayuda de dogmas muy simples que les servían de guía, se imaginaron que podrían transformar a la sociedad de arriba hacia abajo y conseguir que una civilización altamente refinada regresara a una fase muy anterior de la evolución social. Los métodos a los que recurrieron para realizar su sueño llevaron el sello de una absoluta ingenuidad. En realidad, se limitaron a destruir lo que encontraron a su paso. Más aún, todos ellos —girondinos, los hombres de la Montaña, los termidorianos, etc.— estuvieron animados por el mismo espíritu.

Las masas parlamentarias se hallan muy abiertas a la sugestión y, como es el caso en todas las masas, la sugestión proviene de líderes que poseen prestigio; pero la sugestionabilidad de las asambleas parlamentarias tiene límites muy claramente definidos que es importante señalar.

Sobre todas las cuestiones de interés local o regional, cada miembro de una asamblea tiene opiniones fijas e inalterables que no pueden ser conmovidas por ningún argumento. El talento de un Demóstenes sería impotente para cambiar el voto de un diputado sobre cuestiones tales como el proteccionismo o el privilegio de destilar alcohol, es decir, cuestiones en las que están involucrados los intereses de electores influyentes. La sugestión emanada de estos electores y hecha sentir antes de que se proceda a votar, es suficiente para contrabalancear y anular sugestiones de cualquier otra fuente, manteniéndose así una absoluta invariabilidad en la opinión[31].

Frente a cuestiones generales —el derrocamiento del Gabinete, la imposición de un impuesto, etc.— ya no hay invariabilidad en las opiniones y las sugestiones de los líderes puede ejercer cierta influencia, aunque no exactamente en la

misma medida que en una masa ordinaria. Cada partido tiene sus líderes quienes, ocasionalmente, poseen una influencia semejante. El resultado es que el diputado se encuentra colocado entre dos sugestiones contrarias e, inevitablemente, cae en la vacilación. Esto explica cómo es que con frecuencia se lo puede ver votar de distintas maneras dentro del lapso de un cuarto de hora, o agregarle a una ley un artículo que la anula; por ejemplo, quitarle a los empleadores el derecho de elegir y despedir a sus obreros, y luego, agregar una enmienda que casi anula esta medida.

Es por la misma razón que toda cámara, durante cualquier período electoral, siempre tiene algunas opiniones muy estables y otras que varían en gran medida. En promedio, al ser las cuestiones generales las más numerosas, lo que predomina en la Cámara es la indecisión —alimentada por el siempre presente miedo al elector, cuya sugestión se halla siempre latente, y que tiende a ser contrabalanceado por la influencia de los líderes.

Sin embargo, aún así, son los líderes quienes definitivamente dominan las discusiones que tienen que ver con asuntos sobre los cuales los miembros de una asamblea no tienen fuertes opiniones preconcebidas.

La necesidad de estos líderes es evidente desde el momento en que, bajo la denominación de jefes de bancada o jefes de fracción, se los encuentra en las asambleas de todos los países. Son los verdaderos gobernantes de una asamblea. Las personas que forman una masa no pueden estar sin un jefe, de lo cual resulta que los votos de una asamblea sólo representan, por regla general, las opiniones de una ínfima minoría.

La influencia de los líderes se debe en una muy pequeña medida a los argumentos que emplean y en una medida muy

grande a su prestigio. La mejor prueba de esto es que, cuando por cualquier circunstancia pierden su prestigio, su influencia desaparece.

El prestigio de estos líderes políticos es individual e independiente de su nombre o celebridad; un hecho del que M. Jules Simon nos ofrece algunos ejemplos muy curiosos en sus comentarios sobre los hombres prominentes de la Asamblea de 1848 de la cual fue miembro:

> Dos meses antes de ser todopoderoso, Luis Napoleón no tenía la más mínima importancia.
>
> Víctor Hugo subió a la tribuna. Fracasó. Se lo escuchó tanto como a Felix Pyat, pero no obtuvo tantos aplausos. «No me gustan sus ideas —me dijo Vaulabelle refiriéndose a Felix Pyat— pero es uno de los más grandes escritores y el mejor orador de Francia». Edgar Quinet, a pesar de su excepcional y poderosa inteligencia, no gozaba de ninguna estima en absoluto. Había sido popular por un tiempo antes de la apertura de la Asamblea; en la Asamblea no gozaba de popularidad alguna.
>
> «El esplendor del genio se hace sentir en asambleas políticas menos que en cualquier otro lado. Éstas sólo rinden culto a la elocuencia apropiada al tiempo y lugar, y a servicios partidarios; no a los servicios prestados al país. Para rendirle homenaje a Lamartine en 1848 y a Thiers en 1871 hizo falta el estímulo de un interés urgente, inexorable. Ni bien pasó el peligro, el mundo parlamentario olvidó al instante tanto su gratitud como su miedo».

He citado el pasaje precedente por los hechos que contiene, no por las explicaciones que ofrece, siendo que su psicología es algo pobre. Una masa perdería inmediatamente su carácter de tal si le concediera crédito a sus líderes sobre la base de sus servicios, ya fuesen éstos de naturaleza partidaria o patriótica. La masa que obedece a un líder se halla bajo la influencia de su prestigio y su sumisión no está dictada por ningún sentimiento de interés ni de gratitud.

En consecuencia, el líder provisto de suficiente prestigio detenta un poder casi absoluto. La inmensa influencia ejerci-

da, gracias a su prestigio, durante una larga serie de años por un célebre diputado[32], derrotado en la última elección general como consecuencia de ciertos hechos financieros, es bien conocida. Sólo tenía que dar la señal y caían los Gabinetes. Un escritor ha claramente indicado los alcances de su acción con las siguientes líneas:

> Es mayormente gracias a M. C... que pagamos por Tonkin el triple de lo que debíamos haber pagado; que quedamos en una posición tan precaria en Madagascar; que nos dejamos robar un imperio en la región del bajo Níger y que hemos perdido la posición preponderante que solíamos tener en Egipto. Las teorías de M. C... nos han costado más territorios que los desastres de Napoleón I.

No debemos guardar un rencor demasiado amargo en contra de este líder en cuestión. Es evidente que nos ha costado muy caro pero una gran parte de su influencia se debió al hecho que seguía a la opinión pública la cual, en materia de cuestiones coloniales, estaba lejos de ser en aquél tiempo lo que se va vuelto hoy. Un líder sólo rara vez se halla por delante de la opinión pública; casi siempre todo lo que hace es seguirla y abrazar todos sus errores.

Los medios de persuasión de los líderes que estamos tratando, aparte de su prestigio, consisten en los factores que ya hemos enumerado varias veces. Para hacer un empleo hábil de estos recursos un líder tiene que haber llegado a comprender, aunque sea inconscientemente, la psicología de las masas y debe saber cómo dirigirse a ellas. Tendría que conocer, en particular, la influencia fascinadora de las palabras, las frases y las imágenes. Debería poseer una forma especial de elocuencia, compuesta de enérgicas afirmaciones —sin la carga de la prueba— e impresionantes imágenes, acompañadas de argumentos muy resumidos. Ésta es la clase de elocuencia que se puede encontrar en todas las asambleas, el

Parlamento inglés incluido, por más que se piense que es el más serio de todos.

> Es posible leer debates en la Cámara de los Comunes —dice el filósofo inglés Maine— en los cuales toda la discusión se resume a un intercambio de generalidades más bien débiles, proferidas por personalidades más bien violentas. Fórmulas generales de esta clase ejercen una influencia prodigiosa sobre la imaginación de una democracia pura. Siempre será fácil hacerle aceptar a una masa afirmaciones genéricas, presentadas en términos impactantes, a pesar de que nunca fueron verificadas y, quizás, ni siquiera son susceptibles de verificación.

No se puede exagerar la importancia de los «términos impactantes» mencionados en la cita arriba indicada. Hemos insistido ya en varias ocasiones sobre el especial poder de palabras y fórmulas. Deben ser elegidas de tal modo que evoquen imágenes muy vívidas. La siguiente frase, tomada del discurso de uno de los líderes de nuestras asambleas nos ofrece un excelente ejemplo:

> Cuando el mismo barco transporte a las pantanosas regiones de nuestras cárceles tanto al político corrupto como al anarquista asesino, los dos podrán sentarse a conversar y se darán cuenta de que no son sino las dos caras del mismo sistema social.

El cuadro que de esta manera se evoca es claro y certero, y todos los adversarios del orador se darán por aludidos. Ha conjurado una doble visión de la prisión en el pantano y el barco que puede llegar a transportarlos por cuanto ¿no sería posible que se los incluya en la algo indefinida categoría de políticos mencionada? Habrán experimentado el miedo cerval que debieron sentir los hombres de la Convención ante los nebulosos discursos con los que Robespierre amenazaba con la guillotina y quienes, bajo la influencia de este miedo, invariablemente se le doblegaban.

Es del más alto interés de los líderes el lanzarse a las más improbables exageraciones. El orador de quien acabo de citar tan sólo unas palabras fue capaz de afirmar, sin provocar violentas protestas, que banqueros y sacerdotes habían sub-

sidiado a los tirabombas y que los directores de las grandes compañías financieras merecían el mismo castigo que los anarquistas. Afirmaciones de este tipo siempre son efectivas para con las masas. La afirmación nunca será demasiado violenta, la declamación nunca demasiado amenazadora. Nada intimida más a la audiencia que esta clase de elocuencia. Los presentes tienen miedo de que, si protestan, se los eliminará por traidores y cómplices.

Como ya he señalado, este peculiar estilo de elocuencia ha tenido siempre un efecto soberano en todas las asambleas. Los discursos de los grandes oradores de las asambleas de la Revolución Francesa constituyen una lectura muy interesante desde este punto de vista. A cada instante se creían obligados a detenerse, a fin de denunciar el crimen y exaltar a la virtud, después de lo cual seguían profiriendo imprecaciones contra los tiranos y jurando que vivirían como hombres libres o sucumbirían. Los presentes se ponían de pié y aplaudían furiosamente y luego, ya calmados, volvían a tomar asiento.

En ocasiones, el líder puede ser inteligente y altamente educado, pero la posesión de estas cualidades, por regla, le hace más daño que bien. Mostrando lo complejas que son las cosas, permitiéndose explicaciones y promoviendo la comprensión, la inteligencia siempre hace que su dueño se vuelva indulgente y así, bloquea en gran medida esa intensidad y violencia de convicción que necesitan los apóstoles. Los grandes líderes de masas de todos los tiempos, y los de la Revolución en particular, han sido personas de un intelecto lamentablemente estrecho y precisamente quienes tuvieron la inteligencia más restringida fueron los que lograron la mayor influencia.

Los discursos del más célebre entre ellos, Robespierre, frecuentemente asombran por su incoherencia. Al leerlos simplemente, no se encuentra ninguna explicación plausible para el gran papel desempeñado por este poderoso dictador:

> Los lugares comunes y las redundancias de elocuencia pedagógica y cultura latina al servicio de una mente más infantil que vulgar, y limitada en sus nociones de ataque y defensa, recuerda la postura desafiante de colegiales. Ni una idea; ni un giro feliz; ni una ocurrencia sagaz: una tempestad de declamaciones que nos deja aburridos. Después de una dosis de esta lectura tediosa uno está tentado de exclamar «¡Oh!» con el simpático Camille Desmoulins.

A veces es terrible pensar en el poder que le otorga a un hombre con prestigio, una fuerte convicción combinada con una estrechez mental extrema. Sin embargo, es necesario que se satisfagan estas condiciones para que un hombre ignore los obstáculos y haga gala de una alta medida de fuerza de voluntad. Las masas instintivamente reconocen en los hombres enérgicos y convencidos a los amos que siempre necesitan.

En una asamblea parlamentaria, el éxito de un discurso depende casi exclusivamente del prestigio que posee el orador y en absoluto de los argumentos que esgrime. La mejor prueba de esto es que, cuando por una causa u otra un orador pierde su prestigio, simultáneamente pierde también toda su influencia, es decir: el poder de influir en los votos a voluntad.

Cuando un orador desconocido se levanta con un discurso conteniendo buenos argumentos, pero sólo argumentos, las chances son que ni siquiera será escuchado. M. Desaubes, un diputado que también es un psicólogo sagaz, ha dibujado en las siguientes líneas el retrato del diputado que carece de prestigio:

Al ocupar su lugar en la tribuna, extrae un documento de su portafolios, lo despliega metódicamente ante si y comienza a hablar con seguridad.

Se halaga a si mismo creyendo que implantará en las mentes de su audiencia la misma convicción que le anima. Ha sopesado y revisado sus argumentos; está bien equipado de cifras y pruebas; está seguro de que convencerá a su audiencia. En vista de la evidencia que presentará, toda resistencia sería en vano. Comienza, confiado en la justicia de su causa y confiando en la atención de sus colegas cuya preocupación, por supuesto, es la de apoyar a la verdad.

Habla e inmediatamente se sorprende de la inquietud que se manifiesta en la sala y un poco molesto por el ruido que se está haciendo.

¿Cómo es que no se mantiene silencio? ¿Por qué esta general falta de atención? ¿Qué se piensan esos diputados enzarzados en una conversación privada? ¿Qué motivo urgente ha inducido a éste o aquél diputado a dejar su asiento?

Una expresión de inseguridad cruza su rostro. Frunce el ceño y se detiene. Alentado por el Presidente, comienza de nuevo, levantando la voz. Se lo escucha menos todavía. Le imprime énfasis a sus palabras, y gesticula: el ruido a su alrededor sólo aumenta. Ya no puede escucharse ni a si mismo y vuelve a detenerse. Finalmente, temeroso de que su silencio pueda provocar el temido anuncio de «¡Se cierra la sesión!» vuelve a comenzar otra vez. El bullicio se vuelve insoportable.

Cuando las asambleas parlamentarias alcanzan cierto grado de excitación, se vuelven idénticas a las masas heterogéneas comunes y, por consiguiente, sus sentimientos presentan la peculiaridad de ser siempre extremos. Se las verá cometer actos del mayor heroísmo o del mayor de los excesos. El individuo ya no es él mismo, y tanto es así que votará las medidas más contrarias a sus propios intereses personales.

La historia de la Revolución Francesa muestra hasta qué extremos las asambleas son capaces de perder la conciencia de si mismas y de obedecer a las sugestiones más contrarias a sus intereses. Fue un enorme sacrificio para la nobleza el renunciar a sus privilegios. Sin embargo, lo hizo sin vacilar una famosa noche durante las sesiones de la Asamblea Constituyente. Al renunciar a su inviolabilidad, los hombres de la

Convención se colocaron bajo una perpetua amenaza de muerte y, a pesar de ello, dieron ese paso sin impedir el diezmar sus propias filas y aunque fuesen perfectamente conscientes de que el patíbulo al cual estaban enviando a sus colegas hoy podría ser su propio destino mañana. La verdad es que habían llegado a ese estado completamente automático que he descripto en otra parte, y no había consideración que les impidiera obedecer a las sugestiones que los hipnotizaban. El siguiente pasaje de las memorias de uno de ellos, Billaud-Varennes, es absolutamente típico en este sentido: «*Las decisiones que tanto se nos han reprochado* —nos dice— *no fueron deseadas por nosotros dos días, ni un solo día antes de ser tomadas: fue la crisis y sólo ella lo que las hizo surgir*». Nada más cierto.

El mismo fenómeno de inconsciencia se observó durante todas las tumultuosas sesiones de la Convención.

> Aprobaban y decretaban medidas —dice Taine— que consideraban horrorosas —medidas que no sólo eran estúpidas y torpes, sino hasta criminales— el asesinato de hombres inocentes, el asesinato de amigos. La izquierda, apoyada por la derecha, unánimemente y en medio de grandes aplausos, envió al patíbulo a Danton, su jefe natural y gran promotor y conductor de la Revolución. Unánimemente y en medio del mayor de los aplausos, la derecha, apoyada por la izquierda, vota los peores decretos del gobierno revolucionario. Unánimemente y en medio de gritos de admiración y entusiasmo, en medio de demostraciones de apasionada simpatía por Collot d'Herbois, Couthon y Robespierre, la Convención, por medio de reiteradas reelecciones mantiene en funciones al gobierno homicida que el Llano detesta porque es homicida y la Montaña detesta porque es diezmada por él. El Llano y la Montaña, la mayoría y la minoría, terminan por consentir en ayudar a su propio suicidio. El 22 de Prairial, la totalidad de la Convención se ofreció al verdugo y el 8 de Termidor, durante el primer cuarto de hora que siguió al discurso de Robespierre, hizo lo mismo de nuevo.

Este cuadro puede parecer sombrío. Sin embargo, es exacto. Las asambleas parlamentarias, suficientemente excitadas e hipnotizadas, presentan justamente esas características. Se

convierten en un rebaño inestable, obediente a cualquier impulso. La siguiente descripción de la Asamblea de 1848 es de M. Spuller, un parlamentario cuya fe en la democracia está más allá de toda sospecha. La tomo aquí de la Revue Litteraire y es absolutamente típica. Ofrece un ejemplo de todos los exagerados sentimiento que he descripto como característicos de las masas y de esa excesiva inestabilidad que le permite a las asambleas pasar, de un momento a otro, de una serie de sentimientos a otra serie totalmente opuesta.

> El partido Republicano fue llevado a su perdición por sus divisiones, sus celos, sus sospechas y, a la vez, por su ciega confianza y sus ilimitadas esperanzas. Su ingenuidad y candor sólo se equipararon con su desconfianza universal. Una ausencia de todo sentido de legalidad, de toda comprensión por la disciplina, junto con ilimitados terrores e ilusiones; el campesino y el niño están al mismo nivel a este respecto. Su calma es tan grande como su impaciencia; su ferocidad es igual a su docilidad. Esta condición es la consecuencia natural de un temperamento que no ha sido formado y de la carencia de educación. Nada asombra a tales personas y todo las desconcierta. Temblando de miedo o valientes hasta el heroísmo, serían capaces de pasar por el fuego o huir de una sombra.
>
> Ignoran causas y efectos, y el vínculo que conecta las cosas entre si. Se descorazonan tan rápidamente como se exaltan, son presa de toda clase de pánico, están siempre ya sea demasiado tensos o demasiado abatidos pero nunca del ánimo o de la medida que la situación requeriría. Más fluidos que el agua, reflejan cualquier línea y adoptan cualquier forma. ¿Qué clase de base se puede esperar que ofrezcan para un gobierno?

Por fortuna, todas estas características que pueden encontrarse en asambleas parlamentarias, de ninguna manera se encuentran exhibidas constantemente. Estas asambleas sólo constituyen masas en ciertos momentos. Los individuos que las componen retienen su individualidad en un gran número de casos, lo cual explica cómo es que una asamblea es capaz de producir excelentes leyes técnicas. Es cierto que el autor de estas leyes es un especialista que las ha preparado en la calma de su estudio, y que en realidad la ley votada es el tra-

bajo de un individuo y no de una asamblea. Naturalmente, estas leyes son las mejores. Sólo están expuestas a producir resultados desastrosos cuando una serie de enmiendas las ha convertido en el resultado de un esfuerzo colectivo. El trabajo de una masa, cualquiera que sea su naturaleza, es siempre inferior al de un individuo aislado. Son los especialistas los que salvan a las asambleas de aprobar medidas desaconsejables o inviables. La asamblea no tiene influencia sobre ellos pero ellos tienen influencia sobre la asamblea.

A pesar de todas las dificultades de su funcionamiento, las asambleas parlamentarias son la mejor forma de gobierno que la humanidad ha descubierto hasta el presente y, más especialmente, el mejor medio que ha encontrado para escapar del yugo de las tiranías personales. Constituyen seguramente el gobierno ideal para los filósofos, pensadores, escritores, artistas y hombres instruidos —en una palabra: para todos los que forman la mejor parte de la civilización.

Más aún, en realidad presentan sólo dos peligros serios: el primero es el inevitable despilfarro financiero y el segundo, la progresiva restricción de la libertad individual.

El primero de estos peligros es la consecuencia necesaria de las exigencias y de la falta de previsión de las masas electorales. Si el miembro de una asamblea propusiera una medida satisfaciendo aparentemente las ideas democráticas, si, por ejemplo, propusiera una ley para asegurar la jubilación de todos los obreros ancianos y aumentar el sueldo de todos los empleados estatales, los demás diputados, víctimas de la sugestión y del temor a sus electores, no se atreverían a aparecer como desinteresándose de los intereses de sus mandantes aún cuando estuviesen bien conscientes de que estarían imponiendo una nueva carga al presupuesto con lo que necesitarían crear nuevos impuestos. Les sería imposible vaci-

lar al momento de dar sus votos. Las consecuencias del aumento de gastos son remotas y no traerán consecuencias desagradables para ninguno de ellos personalmente, mientras que un voto negativo puede claramente ser expuesto el día que se presenten a la reelección.

Además de esta primera causa de gastos exagerados hay otra no menos imperativa: la necesidad de votar partidas para propósitos locales. Un diputado es impotente para oponerse a partidas de este tipo porque, una vez más, representan las exigencias de los electores y porque cada diputado sólo puede obtener lo que requiere para su propio distrito con la condición de acceder a demandas similares de parte de sus colegas[33].

El segundo peligro arriba mencionado —las inevitables restricciones de la libertad consumadas por las asambleas parlamentarias— es aparentemente menos obvio pero no por ello menos real. Las restricciones son el resultado de las innumerables leyes —que siempre tienen un efecto restrictivo — que los parlamentos se consideran obligados a votar y ante cuyas consecuencias son ciegos en gran medida debido a su miopía.

El peligro ciertamente debe ser por demás inevitable ya que hasta Inglaterra misma, que por cierto ofrece el tipo de régimen parlamentario más popular, el tipo en el cual el representante es más independiente del elector, ha sido incapaz de escapar de él. Herbert Spencer ha mostrado, en una obra ya vieja, que el incremento de libertad aparente, por fuerza debe ser seguido de una merma en la libertad real. Volviendo sobre el argumento en su reciente libro *El Individuo versus el Estado* se expresa de este modo respecto del parlamento inglés:

> La legislación desde este período ha seguido el curso que yo había señalado. Medidas dictatoriales rápidamente multiplicadas han tendido continuamente a restringir las libertades individuales, y esto de dos maneras. Cada año se han establecido regulaciones en cantidades crecientes, imponiendo una restricción sobre el ciudadano en cuestiones en las que sus acciones antes habían sido completamente libres, y forzándolo a realizar acciones que antes era libre de realizar —o no— a su voluntad. Al mismo tiempo, cargas públicas, especialmente locales, cada vez más pesadas, han restringido aún más su libertad disminuyendo la porción de las ganancias que puede gastar como le plazca y aumentando la porción que le es quitada para ser gastada como le place a las autoridades.

Esta restricción progresiva de las libertades emerge en todos los países también de una forma especial que Herbert Spencer no ha señalado. La promulgación de estas innumerables series de medidas legislativas, todas ellas de un orden restrictivo en general, conduce necesariamente a aumentar el número, el poder, y la influencia de los funcionarios encargados de su aplicación. De esta forma, dichos funcionarios tienden a convertirse en los verdaderos amos de los países civilizados. Su poder es tanto más grande cuanto que, en medio de esta incesante transferencia de autoridad, la casta administrativa es la única que permanece intocada por las modificaciones, es la única que posee irresponsabilidad, impersonalidad y perpetuidad. No hay forma más opresiva de despotismo que la que se presenta bajo esta triple forma.

Esta incesante creación de leyes y regulaciones restrictivas que rodean las más pequeñas acciones de la existencia con las formalidades más complejas, tiene inevitablemente por resultado el confinamiento dentro de límites más y más estrechos a la esfera en la cual el ciudadano puede moverse con libertad. Víctimas de la fantasía según la cual la igualdad y la libertad estarían mejor garantizadas por medio de la multiplicación de leyes, las naciones consienten todos los días en imponer cargas cada vez más pesadas. No aceptan esta legislación impunemente. Acostumbradas a ponerse

cualquier yugo, pronto terminan por desear la servidumbre y pierden toda espontaneidad y energía. Con lo que se convierten en sólo vanas sombras, autómatas pasivos, inermes e impotentes.

Una vez que se ha llegado a este punto, el individuo está obligado a buscar fuera de si las fuerzas que ya no encuentra en si mismo. Las funciones de los gobiernos necesariamente aumentan en la proporción en que aumentan la indiferencia y la impotencia de los ciudadanos.

Son los gobiernos los que, necesariamente, deben exhibir el espíritu de iniciativa, de empresa y de liderazgo que no tienen las personas privadas. Es sobre los gobiernos que recae el peso de emprenderlo todo, dirigirlo todo y ponerlo todo bajo su protección. El Estado se convierte en un dios todopoderoso. Y aún así, la experiencia demuestra que el poder de tales dioses jamás ha sido ni duradero, ni muy fuerte.

La progresiva restricción de todas las libertades en el caso de ciertos pueblos, a pesar de la licencia aparente que les otorga la ilusión de que aún poseen estas libertades, parece ser por lo menos tan consecuencia de su avanzada edad como de cualquier sistema en particular. Constituye uno de los primeros síntomas de esa fase decadente de la cual hasta ahora ninguna civilización ha escapado.

A juzgar por las lecciones del pasado, y por los síntomas que llaman la atención desde todas partes, varias de nuestras civilizaciones modernas ha llegado a la fase de esa extrema ancianidad que precede a la decadencia. Parece ser inevitable que todos los pueblos pasen por idénticas fases de existencia, desde el momento en que con tanta frecuencia la Historia parece repetir su curso.

Es fácil anotar brevemente estas fases comunes de la evolución de las civilizaciones y terminaré esta obra con un re-

sumen de ellas. Este rápido esquema quizás arroje alguna luz sobre las causas del poder que actualmente detentan las masas.

Si examinamos en sus grandes líneas generales la génesis de la grandeza y de la caída de las civilizaciones que precedieron a la nuestra ¿qué vemos?

En los albores de la civilización un enjambre de seres humanos de diversos orígenes, agrupados por el azar de las migraciones, invasiones y conquistas. De diferente sangre y de lenguas y credos igualmente diferentes, el único lazo común de unión entre estos hombres es la ley de un jefe reconocida a medias. Las características psicológicas de las masas están presentes en alto grado en estas confusas aglomeraciones. Tienen la cohesión transitoria de las masas, su heroísmo, sus debilidades, su impulsividad y su violencia. Nada es estable en relación a ellos. Son bárbaros.

A la larga, el tiempo hace su trabajo. La identidad del medio, el reiterado entrecruzamiento de razas, las necesidades de la vida en común ejercen su influencia. El ensamblaje de unidades disímiles comienza a amalgamarse en un todo, a formar una raza; esto es, un conjunto que posee características y sentimientos comunes a todo lo cual la heredabilidad dará mayor y mayor firmeza. La masa se ha convertido en un pueblo y este pueblo es capaz de emerger de su estado bárbaro. Sin embargo, emergerá por completo de ese estado cuando, luego de largos esfuerzos, luchas necesariamente reiteradas e innumerables recomienzos, haya adquirido un ideal. La naturaleza de este ideal tiene poca importancia; ya sea el culto de Roma, la grandeza de Atenas, o el triunfo de Alá, será suficiente para otorgarle a todos los individuos de la raza en formación una perfecta unidad de sentimiento y pensamiento.

En esta etapa, puede nacer una civilización, con sus instituciones, sus creencias y sus artes. En la persecución de su ideal, la raza adquirirá sucesivamente las cualidades necesarias para darle esplendor, vigor y grandeza. A veces, sin duda, seguirá siendo una masa, pero de allí en más, bajo las características inestables y cambiantes de las masas, se encuentra un sustrato sólido, el genio de la raza que confina dentro de límites estrechos las transformaciones de una nación y sustituye el papel del azar.

Después de haber ejercido su acción creativa, el tiempo comienza su trabajo de destrucción del cual no pueden escapar ni los dioses ni los hombres. Habiendo alcanzado cierto nivel de poder y complejidad, una civilización cesa de crecer y, habiendo cesado de crecer, está condenada a una rápida declinación. Ha llegado la hora de la edad avanzada.

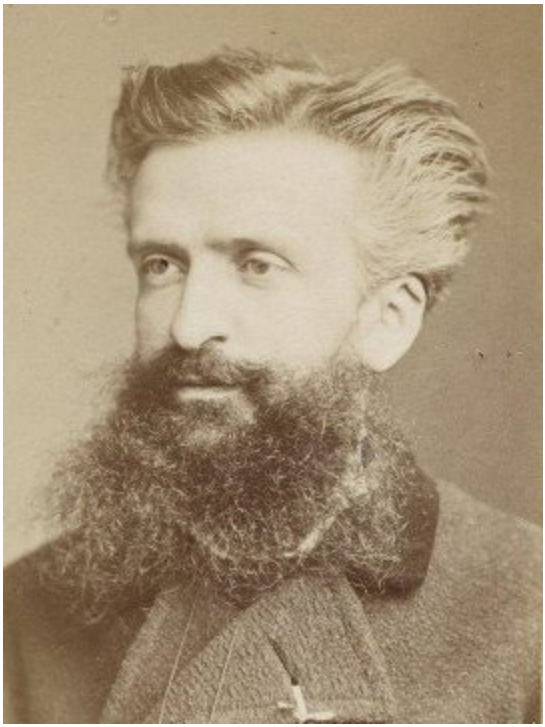
Esta hora siempre está marcada por el debilitamiento del ideal que fuera el fundamento de la raza. En la medida en que este ideal empalidece, todas las estructuras religiosas, políticas y sociales inspiradas en él comienzan a resquebrajarse.

Con la progresiva desaparición de su ideal, la raza pierde más y más las cualidades que le otorgaban su cohesión, su unidad, y su fuerza. La personalidad y la inteligencia del individuo pueden aumentar, pero al mismo tiempo el egoísmo colectivo de la raza es reemplazado por un excesivo desarrollo del egoísmo del individuo acompañado por un debilitamiento de su carácter y una merma de su capacidad de acción. Lo que constituía un pueblo, una unidad, un todo, se convierte al final en una aglomeración de individualidades carentes de cohesión, artificialmente mantenidas juntas por un tiempo gracias a sus tradiciones e instituciones. Es en esta etapa que los hombres, divididos por sus intereses y aspi-

raciones, y ya incapaces de autogobernarse, requieren una dirección para hasta el más pequeño de sus actos y el Estado ejerce una influencia absorbente.

Con la definitiva pérdida de su antiguo ideal, el genio de la raza desaparece por completo; queda un mero enjambre de individuos aislados que regresa a su estado original —el de una masa. Sin consistencia y sin futuro, posee todas las características transitorias de la masa. Su civilización carece ahora de estabilidad y queda a merced de cualquier azar. El populacho es soberano y la marea de la barbarie sube. La civilización todavía puede parecer brillante porque posee una fachada externa, fruto del trabajo de un largo pasado, pero en realidad es un edificio derrumbándose, con nada que lo sostenga, y destinado a caer con la primer tormenta.

El pasar del estado de barbarie al de la civilización en la persecución de un ideal y luego, cuando este ideal ha perdido su virtud, declinar y morir, ése es el ciclo vital de un pueblo.



GUSTAVE LE BON (Nogent-le-Rotrou, Francia, 1841 - Marnes-la-Coquette, Francia, 1931). Fue un psicólogo social francés, físico aficionado y sociólogo. Fue autor de numerosos trabajos en los que expuso teorías sobre los rasgos nacionales, la superioridad racial, el comportamiento y la psicología de las masas.

Su trabajo sobre las masas cobró importancia en la primera mitad del siglo xx cuando algunos investigadores de medios de comunicación masivos lo utilizaron para describir reacciones de grupos subordinados a los medios.

Le Bon Estudió medicina y recorrió Europa, Asia y el norte de África entre los años 1860 y 1880 mientras escribía sobre arqueología y antropología; ganaba dinero diseñando aparatos científicos. Su primer gran éxito, sin embargo, fue la publicación de *Les lois psychologiques de l'évolution des*

peuples (Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, 1894); y *La psychologie des foules* (La psicología de las masas), el primer libro en el cual empezó a incidir en un estilo que le ganó una reputación segura. Éste fue su libro más exitoso y popular.

Después de estas publicaciones, Le Bon gozó de una considerable seguridad en el centro de la vida intelectual francesa. En 1902, promovió una serie de almuerzos semanales (les déjeuners du mercredi) donde prominentes figuras de diferentes profesiones fueron invitadas a discutir sobre temas de actualidad. La fortaleza de sus redes personales se hace evidente al observar la lista de invitados, que incluía a los primos Henri y Raymond Poincaré (físico y presidente de Francia, respectivamente), Paul Valéry y Henri Bergson.

Notas

[1] Hans J. Eysenck, *Decadencia y Caída del Imperio Freudiano*, 1985, Cap. 1. Disponible en La Editorial Virtual.<<

[2] Sus más sutiles consejeros, sin embargo, tampoco entendieron mejor esta psicología. Talleyrand le escribió que «España recibirá vuestros soldados como libertadores». Los recibió como bestias depredadoras. Un psicólogo familiarizado con los instintos hereditarios de la raza española habría previsto fácilmente esta acogida.<<

[3] El autor se refiere obviamente a 1893.<<

[4] El autor se refiere al General Boulanger.<<

[5] Las personas que pasaron por el sitio de París han visto numerosos ejemplos de esta credulidad de las masas. Una vela encendida en un piso superior era vista inmediatamente como una señal dada a los sitiadores, aún cuando resultaba evidente, después de un momento de reflexión, que era totalmente imposible ver la vela en cuestión a una distancia de varias millas de París.<<

[6] *L'Eclair*, Abril 21, 1895<<

[7] ¿Sabemos de alguna batalla concreta exactamente cómo transcurrió? Lo dudo mucho. Sabemos quienes fueron los vencedores y quienes los vencidos; pero probablemente esto es todo. Lo que M. D'Hancourt ha dicho respecto de la batalla de Solferino que él presenció y en la que estuvo personalmente involucrado, puede ser aplicado a todas las batallas:

«Los generales (informados, por supuesto, por la evidencia de cientos de testigos) entregan sus informes oficiales; los puntillosos oficiales modifican estos documentos y redactan una narración definitiva; el jefe del Estado Mayor hace objeciones y lo reescribe todo sobre una nueva base. El resultado es elevado al Mariscal quien exclama: "¡Están completamente equivocados!" y confecciona una nueva edición que sustituye a la anterior. Del informe original apenas si queda algo». M. D'Hancourt relata este hecho como prueba de la imposibilidad de establecer la verdad en relación con los hechos más patentes y mejor observados.<<

[8] Se comprende por esta razón por qué a veces sucede que obras rechazadas por empresarios teatrales obtienen un éxito prodigioso cuando, en virtud de un golpe de suerte, son puestas sobre el escenario. El reciente éxito de la obra *Pour la Couronne* de Francois Coppee es bien conocido y sin embargo, a pesar del renombre del autor, fue rechazada durante diez años por los dueños de los principales teatros de París. <<

[9] Georges Boulanger (1837 – 1891). General francés, ministro de guerra, líder de un efímero pero muy influyente movimiento político autoritario que estuvo a punto de derrocar a la Tercera República Francesa durante la década de los '80 del Siglo XIX. (N. del T.)<<

[10] Siendo la novedad de esta proposición todavía considerable y siendo la historia bastante incomprensible sin ella, dediqué cuatro capítulos a demostrarla en mi último libro *Las Leyes Psicológicas de la Evolución de los Pueblos.* Del mismo, el lector podrá apreciar que, a pesar de apariencias falaces, ni el lenguaje, ni la religión, ni las artes, ni, en una palabra, elemento alguno de una civilización puede pasar intacto de un pueblo a otro.<<

[11] Las repúblicas más avanzadas, incluso los Estados Unidos, reconocen este hecho. La revista americana *The Forum*, recientemente ha expresado manifiestamente la misma opinión en términos que reproduzco aquí tomados del *Review of Reviews*, de Diciembre de 1894: «No debería olvidarse nunca, ni por los más ardientes enemigos de una aristocracia, que Inglaterra es en la actualidad el país más democrático del universo; el país en el cual los derechos del individuo son más respetados y en el cual el individuo posee la mayor libertad».<<

[12] Si se hiciese una comparación de las profundas divergencias religiosas y políticas que separan a los diferentes partidos en Francia, y que son más especialmente el resultado de cuestiones sociales, con las tendencias separatistas que se manifestaron por la época de la Revolución y que comenzaron a mostrarse otra vez hacia el fin de la guerra franco-prusiana, se vería que las razas representadas en Francia se encuentran lejos de haberse amalgamado por completo. La vigorosa centralización de la Revolución y la creación de departamentos artificiales destinada a producir la fusión de antiguas provincias fue ciertamente su obra más útil. Si fuese posible lograr esa descentralización que hoy preocupa a mentes carentes de previsión, el logro rápidamente tendría por consecuencia los más sanguinarios desórdenes. El no ver este hecho implica dejar de considerar la totalidad de la historia de Francia.<<

[13] Este fenómeno, además, no es peculiar de los pueblos latinos. Se observa igualmente en China que también es un país en manos de una sólida jerarquía de mandarines o funcionarios y dónde, como en Francia, se obtiene un puesto por medio de exámenes competitivos en los cuales la única prueba es la recitación imperturbable de gruesos manuales.

El ejército de personas educadas sin empleo se considera actualmente en China como una verdadera calamidad nacional. Es lo mismo en la India en dónde, desde que los ingleses han abierto escuelas, no con propósitos educativos como en la propia Inglaterra, sino para proveer instrucción a los habitantes indígenas, se ha formado una clase especial de personas educadas, los Baboos, quienes —cuando no consiguen trabajo— se vuelven por regla general enemigos irreconciliables de los ingleses. En el caso de todos los Baboos, ya sea provistos de empleo o no, el primer efecto de su instrucción ha sido el de bajar su nivel de moralidad. Éste es un hecho sobre el cual he insistido extensamente en mi libro *La Civilización en la India* —y es un hecho que también ha sido observado por todos los demás autores que han visitado aquella gran península.<<

[14] Taine, *Le Regime Moderne*, Vol. II, 1894. Estas páginas están entre las últimas que Taine escribió. Resumen admirablemente los resultados de la larga experiencia del filósofo. Por desgracia, en mi opinión resultan totalmente incomprensibles para esos profesores universitarios que no han vivido en el extranjero. La educación es el único medio a nuestra disposición para influir en alguna medida sobre la mente de una nación y es profundamente triste tener que pensar que apenas si hay alguien en Francia que puede llegar a comprender que nuestro actual sistema de enseñanza es grave causa de una rápida decadencia, siendo que, en lugar de elevar a nuestra juventud, la rebaja y la pervierte.<<

[15] En mi libro *Las Leyes de la Evolución Psicológica de los Pueblos* insistí en detalle sobre las diferencias que distinguen el ideal democrático latino del ideal democrático anglosajón. Independientemente y como resultado de sus viajes, M. Paul

Bourguet, en su bastante reciente libro *Outre-mer* ha llegado a conclusiones casi idénticas a las mías.<<

[16] Daniel Lesueur.<<

[17] La opinión de la masa fue formada en este caso por esas asociaciones rudimentarias de cosas disímiles cuyo mecanismo ya he explicado anteriormente. Para la guardia nacional francesa de ese período, compuesta por pacíficos comerciantes, completamente carentes de disciplina y bastante incapaces de ser tomados en serio, cualquier cosa que tuviese un nombre similar evocaba la misma concepción y, consecuentemente, terminaba siendo considerada inofensiva. El error de la masa fue compartido en aquél tiempo por sus líderes, como sucede tan frecuentemente en relación con opiniones que tienen que ver con generalizaciones. En un discurso pronunciado en la Cámara el 31 de Diciembre e 1867 y citado en un libro por M. E. Ollivier que ha aparecido recientemente, un estadista que con frecuencia siguió la opinión de la masa pero que nunca se le adelantó —me refiero a M. Thiers— declaró que Prusia sólo poseía una guardia nacional, análoga a la de Francia y consecuentemente sin importancia, en adición a un ejército regular aproximadamente igual al ejército regular francés. Fue una afirmación casi igual de certera como las predicciones del mismo estadista referidas al insignificante futuro de los ferrocarriles.<<

[18] Mis primeras observaciones relacionadas con el arte de impresionar multitudes y referidas a la escasa ayuda que puede derivarse en este sentido de las reglas de la lógica se remontan al sitio de Paris y al día en que vi como era conducido al Louvre, dónde residía entonces el gobierno, al Mariscal V... a quien una muchedumbre furiosa supuestamente había sorprendido en el acto de robar los planos de las fortificaciones para vendérselos a los prusianos. Un miembro del

Parlamento (G. P...), muy célebre por su retórica, salió a hablarle a la masa. Yo había esperado que el orador señalaría que el Mariscal acusado era positivamente uno de los que habían construido las fortificaciones cuyos planos, para más datos, se hallaban a la venta en todas las librerías. Para mi inmenso asombro —era muy joven en aquél tiempo— el discurso fue sobre lineamientos bastante diferentes. «Se hará justicia —exclamó el orador avanzando hacia el prisionero— y será una justicia sin misericordia. Dejen que el Gobierno de la Defensa Nacional termine vuestra investigación. Mientras tanto, mantendremos al prisionero bajo custodia». Calmada inmediatamente por esta aparente concesión, la masa se disolvió y un cuarto de hora después el Mariscal pudo regresar a su casa. Lo hubieran hecho pedazos inevitablemente si el orador le hubiese ofrecido a la masa furiosa los argumentos lógicos que mi extrema juventud me inducía a considerar como muy convincentes.<<

[19] Los orientales copiaron nuestra tecnología y no nuestra cultura sencillamente porque nuestra tecnología era más útil y más fácil de copiar. Ahora algunas modas en Occidente tratan de copiar la cultura de ellos porque, en nuestra decadencia cultural, la de ellos nos resulta más simple, más sencilla y más fácil a nosotros (N. del T.).<<

[20] Gustave Le Bon, *L'Homme et les Societes* (El Hombre y las Sociedades), 1881, Vol II, pág. 116.<<

[21] La influencia de títulos, decoraciones y uniformes sobre las masas se puede rastrear en todos los países, incluso en aquellos en los que el sentimiento de la independencia personal está más fuertemente desarrollada. En relación a esto, cito un curioso pasaje de un reciente libro de viajes, respecto del prestigio que gozan en Inglaterra los personajes importantes.

He observado bajo circunstancias variadas la peculiar suerte de intoxicación que se produce en los ingleses más razonables ante el contacto o la vista de un «peer» inglés.

Siempre y cuando su fortuna le permita mantener su rango, está seguro de su afecto de antemano y puestos en contacto con él se muestran tan encantados como para hacer cualquier cosa que esté a su alcance. Puede vérselos enrojecer de placer cuando se acerca y, si les habla, su gozo reprimido aumenta su rubor ocasionando que sus ojos resplandezcan con inusual brillo. El respeto por la nobleza está en sus sangres, por decirlo así, al igual que entre los españoles el amor a la danza, entre los alemanes el amor a la música y entre los franceses el gusto por las revoluciones. Su pasión por los caballos y por Shakespeare es menos violenta. La satisfacción y el orgullo que obtienen de estas fuentes es menos una parte integral de su ser. Hay una considerable venta de libros que tratan sobre los «peers» y vaya uno adónde vaya se los encuentra, como la Biblia, en todas las manos.<<

[22] Profundamente consciente de su prestigio, Napoleón tenía en claro que lo aumentaba tratando a los grandes personajes que lo rodeaban de un modo casi peor que si fuesen peones de establo. Y eso que entre estos personajes figuraban algunos de aquellos celebrados hombres de la Convención que habían aterrorizado a Europa. Los chismes de la época abundan en ilustraciones de este hecho. Un día, en medio de un Consejo de Estado, Napoleón insulta groseramente a Beugnot, tratándolo como uno trataría a un valet mal educado. Una vez logrado el efecto, se le acerca y le dice: «Y bien, estúpido, ¿has vuelto a encontrar tu cabeza?». Ante lo cual Beugnot, alto como un tambor mayor, hace una reverencia muy profunda y el pequeño hombre alza su mano, toma al larguirucho por la oreja con un «intoxicante signo de favor, —escribe Beugnot— el gesto familiar de un Señor que derrama gracia». Estos ejemplos dan una clara idea del grado de vulgar banalidad que el prestigio puede provocar. Nos permiten comprender el inmenso desprecio del gran déspota

por las personas de su entorno —personas a las cuales consideraba meramente como «carne de cañón».<<

[23] Un diario austríaco, el *Neue Freie Presse* de Viena, se ha dedicado al tema del destino de Lesseps con reflexiones caracterizadas por una muy certera comprensión psicológica. Debido a ello las reproduzco aquí:

> Después de la condena de Ferdinand de Lesseps uno ya no tiene derecho a asombrarse del triste fin de Cristóbal Colón. Si Ferdinad de Lesseps fue un criminal, entonces toda noble ilusión es un crimen. La antigüedad hubiera coronado la memoria de de Lesseps con una aureola de gloria y le habría hecho beber de la fuente de néctar en medio del Olimpo, porque ha alterado el rostro de la tierra y logrado obras que han hecho más perfecta a la Creación. El Presidente de la Corte de Apelación se ha inmortalizado condenando a Ferdinand de Lesseps porque las naciones siempre demandarán saber el nombre del hombre que no tuvo miedo de humillar su siglo imponiéndole la capa de convicto a un anciano cuya vida redundó en la gloria de sus contemporáneos.
>
> Que en el futuro no se hable más de justicia inflexible allí en dónde reina el odio burocrático por las conquistas audaces. Las naciones necesitan de hombres audaces que tienen fe en si mismos y se sobreponen a todo obstáculo sin consideraciones por su seguridad personal. Los genios no pueden ser prudentes. Por medio de la prudencia jamás se podrá agrandar la esfera de la actividad humana.
>
> … Ferdinand de Lesseps conoció la intoxicación del triunfo y la amargura de la desilusión —Suez y Panamá. En este punto el corazón se rebela ante la moral del éxito. Cuando de Lesseps tuvo éxito en juntar dos mares, príncipes y naciones le rindieron su homenaje. Hoy, cuando se encuentra con el fracaso entre las rocas de las Cordilleras, no es más que un vulgar canalla… En este resultado vemos una guerra entre las clases de la sociedad, el descontento de los burócratas y empleados que se toman su venganza con la ayuda del código penal sobre quienes se alzarían por sobre sus semejantes… Los legisladores modernos se llenan de embarazo cuando deben enfrentarse con las elevadas ideas propias del genio humano. El público comprende aún menos esas ideas, y es fácil para cualquier abogado haciendo de fiscal, probar que Stanley es un asesino y que de Lesseps es un estafador.<<

[24] Quiero decir bárbaras, hablando en términos filosóficos. En la práctica han creado una civilización completamen-

te nueva y por quince siglos le han dado a la humanidad una visión de esas regiones encantadas de sueños generosos y de esperanza que ya no superará.<<

[25] Esto se refiere a la prensa escrita francesa. (Nota del traductor de la versión inglesa).<<

[26] Hay páginas en los libros de los profesores oficiales franceses de Historia que son muy curiosos desde este punto de vista. Prueban lo poco que se desarrolla el espíritu crítico por el sistema de educación universitaria de moda en Francia. Como ejemplo, citaré los siguientes extractos de *Revolución Francesa* de M. Rambaud, profesor de Historia en la Sorbona: «La toma de la Bastilla fue un acontecimiento culminante en la Historia, no sólo de Francia sino de toda Europa, e inauguró una nueva época en la Historia del mundo».

Respecto de Robespierre, nos enteramos con asombro que «su dictadura estuvo basada más especialmente en opinión, persuasión y autoridad moral; fue una especie de pontificado *en las manos de un hombre virtuoso*» (págs. 91 y 220).<<

[27] Un detalle que acaso merezca ser destacado es que la Bastilla nunca fue tomada en realidad. El Gobernador de Launay, se rindió a los sitiadores, corriendo luego la suerte relatada por el autor (N. del T.)<<

[28] Sea dicho de paso que esta división de crímenes peligrosos y no peligrosos para la sociedad, que los jurados hacen bien e instintivamente, está lejos de ser injusta. El objeto del código penal evidentemente es el de proteger a la sociedad de los criminales peligrosos y no el de vengarla. Por el otro lado, el código francés y, por sobre todo, las mentes de los magistrados franceses, todavía están profundamente imbuidos con el espíritu de venganza característico de la antigua primitiva ley y el término de «reivindicar» (proveniente del latín *vindicta*, es decir: venganza) sigue siendo diaria-

mente utilizado. Una prueba de esta tendencia de parte de los magistrados se encuentra en la negativa de muchos de ellos a aplicar la Ley de Berenger que permite a una persona condenada a no cumplir la sentencia a menos que reincida en su crimen. Sin embargo, ningún magistrado puede ignorar, ya que el hecho está probado por las estadísticas, que la aplicación de un castigo infligido por la primera vez infaliblemente conduce a un crimen subsiguiente por parte de la persona castigada. Cuando los jueces dejan en libertad a una persona sentenciada siempre les parece que la sociedad no ha sido vengada. En lugar de renunciar a esta venganza, prefieren crear un peligroso y confirmado criminal.<<

[29] De hecho, la magistratura es la única administración cuyos actos no se hallan bajo ningún control. A pesar de todas sus revoluciones, la Francia democrática no posee ese derecho de *habeas corpus* del cual Inglaterra está tan orgullosa. Hemos desterrado a todos los tiranos, pero hemos instituido una magistratura en cada ciudad que dispone a voluntad del honor y de la libertad de los ciudadanos. Un insignificante juez de instrucción, recién salido de la universidad, posee el desagradable poder en enviar caprichosamente al presidio a personas de la más considerada posición, sobre la base de una simple suposición de culpabilidad de su parte y sin estar obligado a justificar sus actos ante nadie. Bajo el pretexto de realizar su investigación puede mantener a estas personas en prisión por seis meses y hasta por un año, y liberarlas por fin sin deberles ni una indemnización ni una disculpa. La orden de allanamiento en Francia es el exacto equivalente de la orden de cateo, con la diferencia de que esta última, cuyo empleo le fue tan justamente reprochado a la monarquía, sólo podía ser emitida por personas que ocupaban una muy alta posición, mientras que la orden de allana-

miento es un instrumento que está en manos de toda una clase de ciudadanos que está muy lejos de pasar por muy ilustrada o muy independiente.<<

[30] Los comités de cualquier nombre, sean clubes, sindicatos, etc., representan quizás el más formidable peligro emergente del poder de las masas. Constituyen en realidad la más impersonal y, en consecuencia, la más opresiva forma de tiranía. Los líderes que dirigen a los comités, siendo que se supone que hablan y actúan en nombre de una colectividad, resultan liberados de toda responsabilidad y se encuentran en posición de hacer lo que les place. El más salvaje tirano no se atrevió siquiera a soñar con resoluciones como las ordenadas por los comités de la Revolución. Barras declaró que diezmaban la Convención, cercenando sus miembros a placer. Mientras fue capaz de hablar en su nombre, Robespierre detentó un poder absoluto. Al momento en que este temible dictador se separó de ellos por razones de orgullo personal, estuvo perdido. El reino de las masas es el reino de los comités, esto es, el de los líderes de las masas. Un despotismo más severo no puede ser imaginado.<<

[31] La siguiente reflexión de un parlamentario inglés de larga experiencia es, sin duda, aplicable a estas opiniones prefijadas de antemano y convertidas en inalterables por necesidades electorales: «Durante los cincuenta años que estuve sentado en Westminster, he escuchado miles de discursos; pero muy pocos de ellos consiguieron hacerme cambiar de opinión y ni uno solo consiguió cambiar mi voto.»<<

[32] El autor se refiere a Clemenceau (N. del T.)<<

[33] En su ejemplar del 6 de Abril de 1895, el Economiste publicó una curiosa reseña de las cifras a las que se puede llegar por gastos ocasionados puramente por consideraciones electorales; específicamente con la construcción de vías

férreas. Para poner a Langayes (un pueblo de 3000 habitantes, ubicado sobre una montaña) en comunicación con Puy, se vota un ferrocarril que costará 15 millones de francos. Siete millones se gastarán para comunicar Beaumont (3500 habitantes) con Caste-Sarrazin; 7 millones para comunicar Oust (un villorrio de 523 habitantes) con Seix (1200 habitantes); 6 millones para poner a Prade en comunicación con la comunidad de Olette (747 habitantes), etc. Tan sólo en 1895, se votaron unos 90 millones de francos para ferrocarriles de utilidad exclusivamente local.

Hay otro gasto no menos importante que también obedece a consideraciones electorales. La ley que instituye pensiones para los obreros pronto implicará una erogación anual mínima de 165 millones, de acuerdo con el Ministro de Finanzas y de 800 millones de acuerdo con el académico M. Leroy-Beaulieu. Es evidente que el continuo crecimiento de los gastos de este tipo tiene que terminar en bancarrota. Muchos países europeos —Portugal, Grecia, España, Turquía— ya han llegado a esta situación o otros, tales como Italia, pronto se verán reducidos al mismo extremo. Sin embargo, no hay que alarmarse demasiado ante este estado de cosas ya que el público ha progresivamente consentido en una reducción de 80% del valor de los papeles públicos de estos gobiernos. La bancarrota, bajo estas ingeniosas condiciones, se pueden equilibrar presupuestos difíciles de balancear en forma instantánea. Además, las guerras, el socialismo y los conflictos económicos nos aseguran una profusión de otras catástrofes en este período de desintegración universal por el que estamos atravesando y será necesario resignarse a vivir al día, sin demasiadas preocupaciones por un futuro que no podemos controlar.<<

ÍNDICE

Psicología de las masas 3
Prólogo del traductor 5
Gustave Le Bon 5
Los conceptos 6
Prólogo 11
Introducción 16
La era de las masas 17
LIBRO I: La Mente de las Masas 27
Capítulo I: Características generales de las masas. Ley psicológica de su unidad mental 28
Capítulo II: Los sentimientos y la moral de las masas 39
1. Impulsividad, movilidad e irritabilidad de las masas 41
2. La sugestionabilidad y la credulidad de las masas 45
3. La exageración y la ingenuidad de los sentimientos de las masas 55
4. La intolerancia, la dictatorialidad y el conservativismo de las masas 59
5. La moralidad de las masas 63
Capítulo III: Las ideas, el poder de raciocinio y la imaginación de las masas 67
1. Las ideas de las masas 68
2. El poder de raciocinio de las masas 74
3. La imaginación de las masas 76
Capítulo IV: La forma religiosa que toman todas las convicciones de las masas 81
LIBRO II: Las opiniones y creencias de las Masas 88

Capítulo I: Factores remotos de la opinión y de las creencias de las masas 89
1. Raza 92
2. Tradiciones 93
3. Tiempo 96
4. Instituciones políticas y sociales 98
5. Instrucción y educación 102
Capítulo II: Los factores inmediatos de la opinión de las masas 111
1. Imágenes, palabras y fórmulas 113
2. Ilusiones 120
3. Experiencia 122
4. Razón 124
Capítulo III: Los conductores de masas y sus medios de persuasión 128
1. Los conductores de masas 129
2. Los medios de acción de los conductores: afirmación, repetición, contagio 135
3. Prestigio 141
Capítulo IV: Limitaciones de la variabilidad de las creencias y las opiniones de las masas 150
1. Creencias fijas 151
2. Las opiniones variables de las masas 157
LIBRO III: La clasificación y descripción de las diferentes clases de masas 165
Capítulo I: La clasificación de las masas 166
1. Masas heterogéneas 168
2. Masas homogéneas 171
Capítulo II: Masas denominadas criminales 173
Capítulo III: Jurados penales 179
Capítulo IV: Masas electorales 186

Capítulo V: Asambleas parlamentarias 196
Autor 215
Notas 217